

EL LEÓN ENFERMO Y LOS ZORROS

LA CRISIS Y EL ESTADO DE DERECHO EN
CHILE ANTES Y DESPUÉS DEL 18/O

GABRIEL ZALIASNIK



EDICIONES
EL LIBERO

EL LEÓN ENFERMO Y LOS ZORROS

LA CRISIS Y EL ESTADO DE DERECHO EN
CHILE ANTES Y DESPUÉS DEL 18/O

GABRIEL ZALIASNIK



EDICIONES
EL LIBERO

El león enfermo y los zorros

*La crisis y el estado de
Derecho en Chile antes y
después del 18/O*

Gabriel Zaliasnik

EDICIONES
EL LIBERO

De la presente edición

El Líbero

1ª edición, julio de 2022



Dirección de Publicaciones

Av. El Bosque Central 69, oficina 201

Las Condes, Santiago Chile

Teléfono (56-2) 29066113

www.ellibero.cl

ISBN: 978-956-9981-28-9

ISBN digital: 978-956-9981-29-6

Diseño & diagramación: Huemul Estudio / www.huemulestudio.cl

El uso de las columnas de opinión de Gabriel Zaliasnik en La Tercera fue autorizado por Copesa S.A. exclusivamente para este libro.

Esta publicación no puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema — electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de recuperación o de almacenamiento de información — sin la expresa autorización de El Líbero.

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

El león enfermo y los zorros

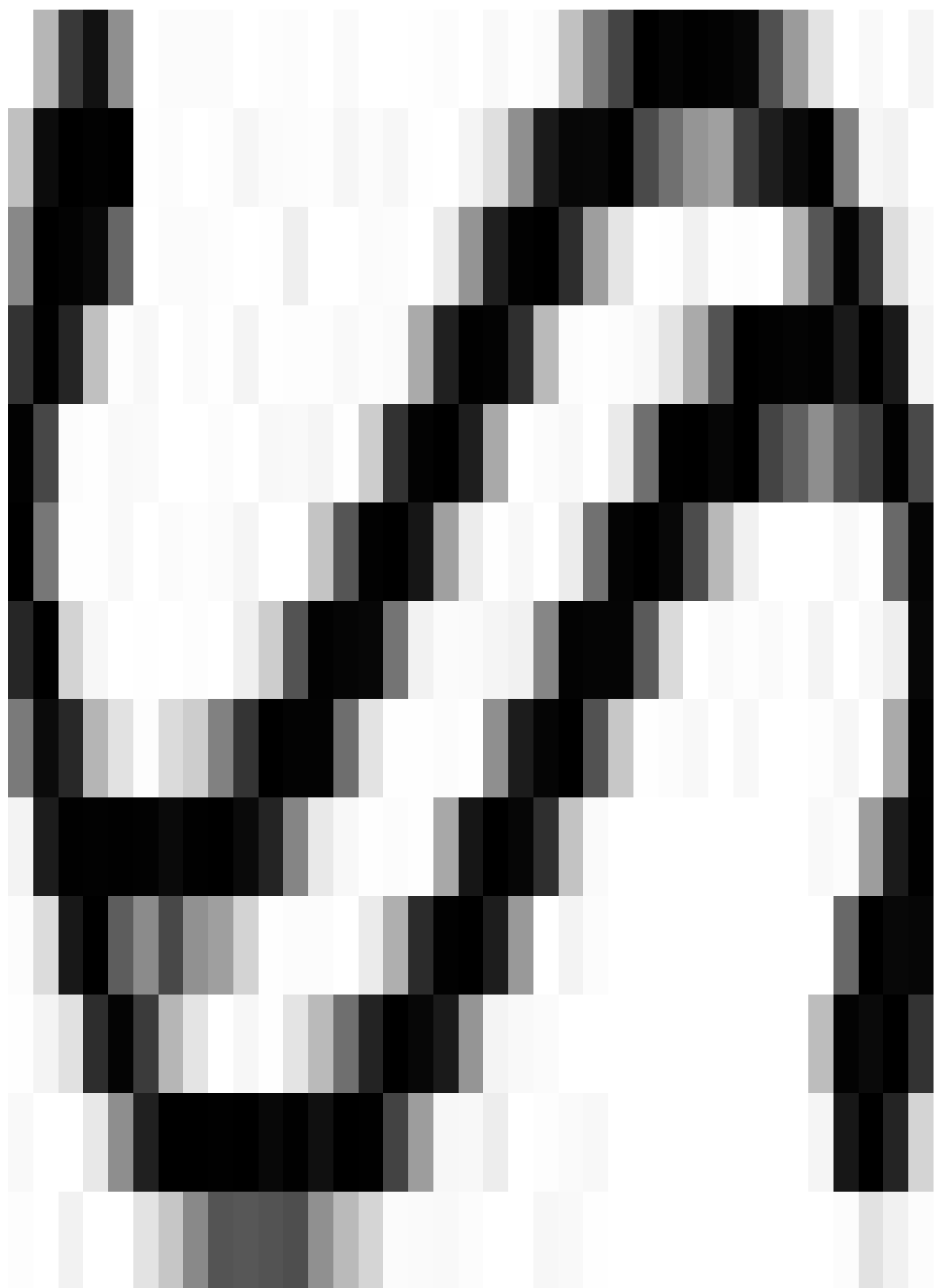
*La crisis y el estado de
Derecho en Chile antes y
después del 18/O*

Gabriel Zaliasnik

EDICIONES
EL LIBERO

*Para Lizzy, quien con inagotable paciencia me apoya y silenciosamente revisa
cada una de mis columnas; mis padres, que abrieron el camino; y mis amigos,
que escuchan y controvierten mis ideas.*

Índice



Prólogo

Apuntes portugueses

La crisis institucional pre 18/O

Estado de Derecho y magia negra

Guía para perplejos

Nombramientos supremos

De Bach a las bacterias

Chernobyl y desafíos del sistema de justicia penal

Presunción de inocencia

Imprescriptibilidad penal

Bombas, palabras y justicia

Perro muerto

Terrorismo y cuentos de hadas

Momento espectral y acusación constitucional

La tregua

El 18/O y la violencia sincronizada

El escudo de la ciudad

Black block

[Reconciliación constitucional](#)

[Casa de papel](#)

[Niños en primera línea](#)

[Portonazo](#)

[Primera línea y Ministerio Público](#)

Pandemia y crisis institucional

[Pensar el mañana](#)

[Zoom a la muerte](#)

[La democracia y la margarita](#)

[Gulag](#)

[Suicidio](#)

[20-21](#)

[Sonámbulos](#)

[¿Inmunidad de rebaño o mentalidad de rebaño?](#)

[Cepa chilena](#)

[Las veinticuatro perdices](#)

[Chispeza](#)

[El corazón de las tinieblas](#)

[El hechizo totalitario](#)

[Libertad en tiempos de cólera](#)

[Pandemia y fronteras](#)

[*El proceso constituyente*](#)

[Incertidumbre y democracia](#)

[La muerte del comendador](#)

[Mensaje en la botella](#)

[El mundo de ayer](#)

[En el mismo barco](#)

[La rana hervida](#)

[De topos y castores](#)

[Milagro secreto](#)

[Inquisición digital y los idiotas](#)

[La caja de Pandora](#)

[Fascismo de izquierda](#)

[¿Cuentos de hadas o bolsas de gatos?](#)

[“We the People”](#)

[Saranguaco](#)

[Chile en un nuevo año](#)

[Bastardo sin gloria](#)

[Democracia extrema](#)

[Poder judicial y democracia](#)

[La deconstrucción](#)

[El simulacro](#)

[Anatevka](#)

[El reloj de reb Nujem](#)

[Descenso al Maelström](#)

[Desasosiego](#)

[Trampa \(o carambola\) constitucional](#)

[El proceso electoral](#)

[Pastoral chilena: ¿mediocracia o miedocracia?](#)

[Los jueces y la torre de Babel](#)

[Reír llorando](#)

[Juan Guzmán Tapia](#)

[La rebelión de los jueces](#)

[Abracadabra](#)

[El día después](#)

[Chile invertebrado](#)

[En el campo de batalla](#)

[La máscara de la muerte roja](#)

[Terremoto del tiempo](#)

[Tengo miedo torero](#)

[País de la ausencia](#)

[El tiempo en las bastillas](#)

[**Otras columnas. No se vive solo de política y derecho**](#)

[**Análisis internacionales**](#)

[La caída de Ícaro](#)

[Por Ruth Bader Ginsburg](#)

[**Antisemitismo**](#)

[El fantasma de Diana Aron](#)

[Del fantasma de Diana Aron al fantasma de Proskurov](#)

[Boric y el antisemitismo](#)

[Auschwitz](#)

[Iom Ha'Shoa](#)

[La bitácora antisemita de Jadue](#)

[La judeofobia de Jadue](#)

[#WeRemember/#Recordemos](#)

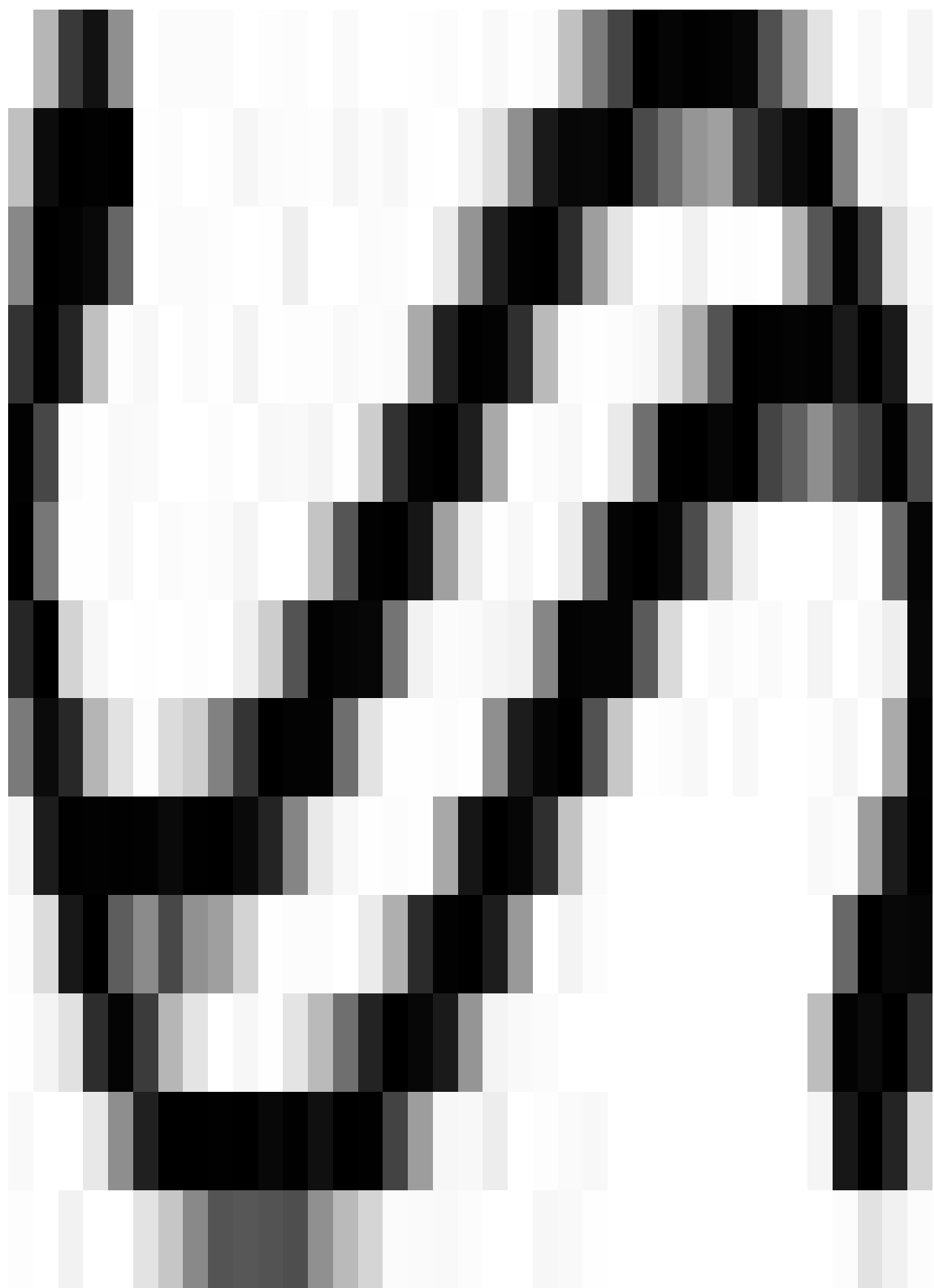
[**Homenaje a mi padre Naum \(Z.L.\)**](#)

[Gauchos Judíos](#)

Epílogo

Pensar al límite

Prólogo



Apuntes portugueses

Quiso el destino que este prólogo lo escribiera de paso en Portugal. Mientras recorro el Monasterio de San Vicente de Fora en Lisboa, descubro los maravillosos azulejos que contienen 38 de las famosas fábulas de Jean de La Fontaine, testigo de su época que en un conjunto de narraciones en verso protagonizadas principalmente por animales ofrecía enseñanzas o intentaba dilucidar algún tema. A fin de cuentas, desde tiempos de Esopo, las fábulas han tenido por finalidad el instruir. Nos ofrecen un relato, una experiencia, una observación o una reflexión en la que los animales, cuales seres racionales, nos invitan al cuestionamiento.

Inevitable me resulta por lo mismo considerar un tenue paralelo al revisar la recopilación de columnas personales publicadas durante estos últimos tres años en el diario La Tercera, medio que generosamente me facilitó sus páginas para ello. En algunas he apelado al paralelo con algunos animales, poemas e historias, y he invitado al lector, en el reducido espacio que implica circunscribir ideas a 2.800 caracteres, a reflexionar desde una perspectiva racional -acompañado siempre de alguna analogía literaria o alguna mención a la historia o filosofía, no exenta de crítica y en ocasiones de alguna ironía, sobre situaciones que a mi juicio, equivocado o no, han ido marcando el momento y rumbo político de Chile. Con todo, estas columnas no se agotan con su publicación quincenal. Su revisión posterior permite formar una pequeña crónica de los tiempos. Lamentablemente, más de una de ellas tiene hasta cierto punto un anticipo premonitorio de eventos que se han sucedido en la reciente historia política de Chile y, más aún, en un tema que es de mi especial preocupación dado mi carácter de abogado y profesor de Derecho Penal de la Universidad de Chile por casi 30 años: la prevalencia del Estado de Derecho y el respeto por el ordenamiento jurídico.

Por lo mismo, al subir al techo de este maravilloso monasterio portugués donde se representaron parte de las fábulas de La Fontaine, y ver el inmenso río Tajo, imagino a las expediciones que salieron de este y otros puertos de Europa y descubrieron rutas y continentes, entre ellos América. Siglos después algunas de

esas tierras están sumidas en el desorden, en el caos propio de la falta de gobernanza, en maximalistas reivindicaciones indigenistas, en un limbo donde la convivencia social se deteriora a tal punto que resulta difícil predecir un buen futuro. Los peligros acechan y solo una temprana alerta o una reacción oportuna pueden permitir superarlos.

De ahí que La Fontaine y sus fabulas estén más presentes que nunca cuando queremos pensar en Chile. Hay en ellas experiencias compartidas de la naturaleza humana. En este contexto, la fábula “El león enfermo y los zorros” es ilustrativa. Ella narra la historia de un majestuoso león, rey de la sabana africana, que, encontrándose enfermo, debe guardar reposo. Aburrido, un día le solicita a su hermano comunicar a los restantes animales del reino que cada tarde recibiría a un integrante de cada especie para conversar tranquilamente, asegurándoles que nada debían temer pues no les atacaría. En cuestión de horas, los animales se organizaron en turnos y escogieron sus representantes para que acudieran a la cita. Primero fue una cebra, luego un puma, una gacela, un hipopótamo, y así hasta que correspondió el turno a los zorros. En ese momento, uno de ellos -el más joven-, presuroso, le pidió al resto prudencia. “No se precipiten”, exclamó. “Llevo unos días husmeando junto a la cueva del león y he descubierto que el camino que lleva a la entrada está lleno de huellas de diferentes animales”. Los zorros, sorprendidos, le respondieron que ello era lógico pues el sendero era de tierra y el león había recibido la visita de las restantes especies. Sin embargo el joven zorro, inquieto explicó: “¡Ese no es el dilema! Lo que me preocupa es que todas las huellas van en dirección a la entrada, pero ninguna en dirección opuesta. ¡Quien entró, nunca salió! [...] Sé que el león prometió no atacar a nadie, pero su palabra no sirve. ¡Al fin y al cabo, es un león y se alimenta de otros animales!”.

Al igual que el león enfermo, muchos de quienes tienen en sus manos el futuro de Chile son incapaces de reprimir sus instintos salvajes. Sus pulsiones totalitarias, sus causas identitarias, sus historias, sus visiones ideológicas y su propia naturaleza son más fuertes y les impiden abrazar la posibilidad de reconstruir las fracturas de nuestra sociedad. Al mismo tiempo, si hubiéramos estado atentos a las señales, como aquel joven zorro, si alguien nos hubiera advertido por ejemplo aquel 15 de noviembre de 2019, cuando se firmó el Acuerdo por la Paz y una nueva Constitución, que solo se veían huellas de entrada pero ninguna de salida, o si hubiéramos estado mejor dispuestos a escuchar al otro, superar diferencias, construir puentes, tender la mano, resguardar el estado de derecho... tal vez el futuro sería más optimista.

En este sentido, si bien estas columnas no son una recopilación de fábulas, hay en ellas una mixtura entre la realidad política observada y la ilusión propia de la literatura, que fueron la forma en que intenté en cada momento alertar los riesgos del camino y la existencia de huellas en una sola dirección. Palabras y sueños que intentaron tomarle el pulso a una sociedad inquieta y a un momento histórico de Chile. Quizás por eso para el escritor y poeta portugués Fernando Pessoa, en su notable “Libro del desasosiego”, la literatura sea “el arte casado con el pensamiento y la realización sin la mancha de la realidad”, en tanto la historia “en su inmenso panorama deslucido” sea solo “una sucesión de interpretaciones, un consenso confuso de testimonios descuidados”. He intentado en alguna medida ejercitar el pensamiento y revisar un conjunto de testimonios descuidados que configuraron en estos años la historia de Chile. Sin quererlo me impuse la tarea del novelista que narra en breves pasajes cuanto ve -aunque ver sea un ejercicio complejo-, y me aboqué a un esfuerzo tal vez estéril de arqueología del presente, buscando discernir los cortocircuitos propios del desarrollo en su coexistencia con un sistema democrático en crisis.

Ello, en un país cuyas noveles generaciones ignoran los traumas de la dictadura y del experimento revolucionario que le antecedió, y que por lo mismo sólo han conocido los logros del progreso, la integración global, y las ventajas de la vida en libertad. Cuánta verdad lleva el propio Pessoa cuando afirma que “no siente la libertad aquel que no vivió nunca oprimido”.

De esta forma, creí decisivo aportar para que la fascinación narcisista propia de estos tiempos en que reinan las redes sociales y en que la opinión se forma en base a mensajes de pocos caracteres, o con la circulación de información falsa, no nublara ni asfixiara la capacidad de pensar y reflexionar de la ciudadanía. Cada columna fue un intento mínimo, circunscrito a los límites de mis propias capacidades, por descorrer el velo o manto totalitario que se escondía en el ánimo y estado político imperante en Chile.

Por lo mismo, aquí a la distancia, en la primavera de Lisboa, recorriendo sus calles con adoquines y mosaicos, sus tranquilos cafés que alguna vez frecuentaron escritores y poetas como Fernando Pessoa, José María E

ç

a de Queiroz o José Saramago; con la saudade, esa nostalgia o melancolía propia de los portugueses reflejada en el entrañable fado lusitano, no puedo dejar de

pensar que otro Chile era posible. No me resigno a que Chile se aproxime peligrosamente a un nuevo momento totalitario de su historia.

Espero por ello, con este libro, reunir en una visión de conjunto mi modesto intento por desmontar mitos y visualizar realidades, advertir peligros y forjar añoranzas, permitiendo al lector revisitar huellas asentadas en momentos y acontecimientos que le permitan reflexionar con calma y a partir de ello colaborar para asegurar la vigencia del estado de derecho, la democracia y la preservación de nuestras libertades. Mal que mal, en palabras de Claudio Magris, “el totalitarismo no se confía ya a las fallidas ideologías fuertes, sino a las gelatinosas ideologías débiles, promovidas por el poder de las comunicaciones”. Está en nuestras manos el futuro de Chile.

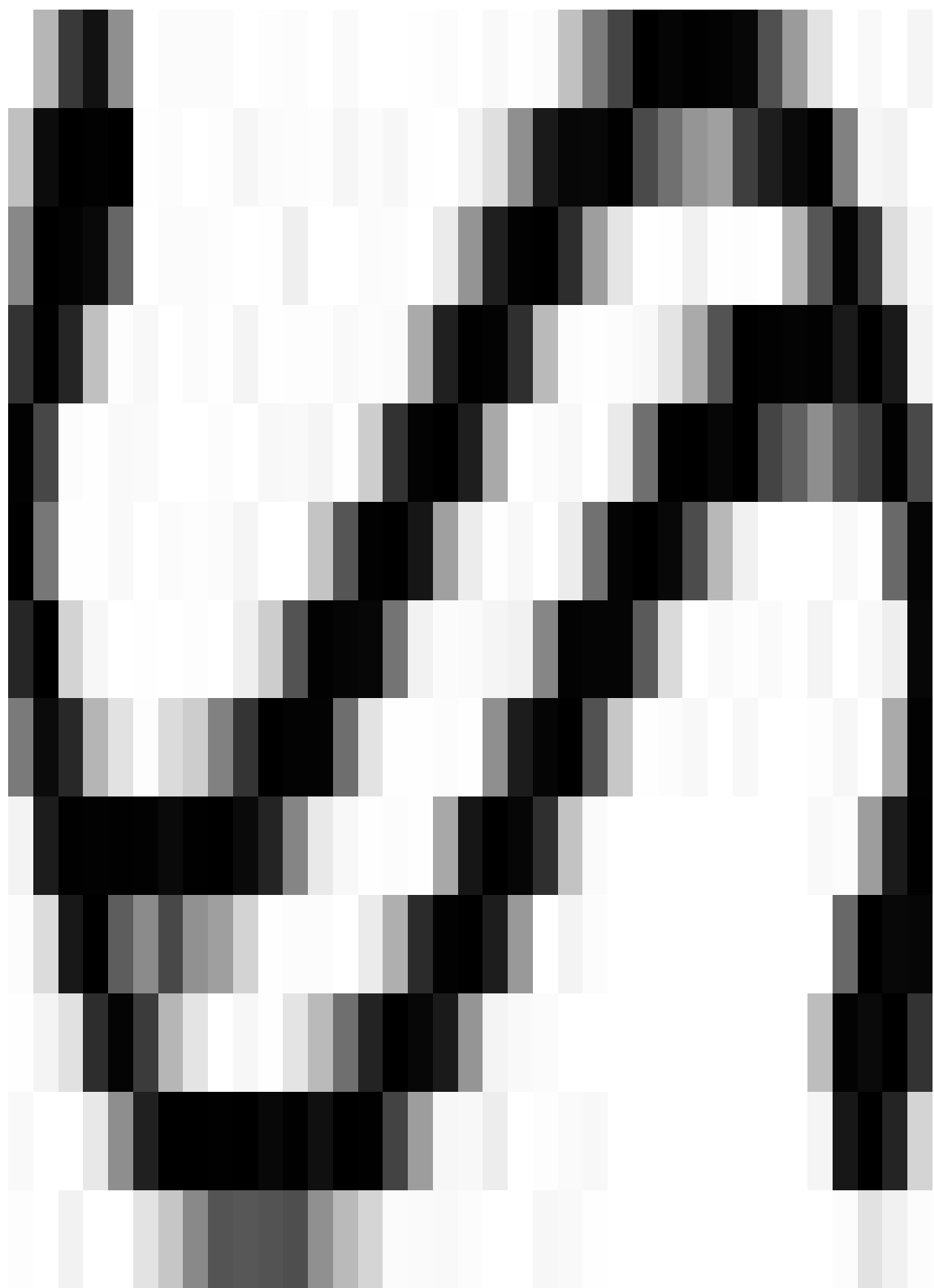
Gabriel Zaliasnik

Profesor de Derecho Penal

Facultad de Derecho Universidad de Chile

Mayo de 2022

La crisis institucional pre 18/O



Estado de derecho y magia negra

9 de abril de 2019

El estado de derecho, a ratos, parece no gozar de buena salud en Chile. Ello, como consecuencia de la débil comprensión que algunos actores tienen de los principios de juridicidad y legalidad, en especial en aquella parte en que nuestra Constitución establece que nadie puede atribuirse, ni aún a pretexto de circunstancias extraordinarias, otra autoridad o derechos que los que expresamente les confieren la Constitución o las leyes.

Solo ello explica la tensión institucional que se ha ido instalando con el accionar de quienes están llamados a velar por la preservación del estado de derecho. Los síntomas aparecieron hace tiempo, pero muchos cerraron los ojos, privilegiando ventajas políticas circunstanciales. Así, la existencia de investigaciones del Ministerio Público en materias de delitos tributarios sin una denuncia o querrella del SII, conforme exigía el Código Tributario, permitió por años cuestionar ilegalmente el financiamiento de la política y dañar la confianza ciudadana. El uso frívolo de herramientas constitucionales, primero contra el Fiscal Nacional Jorge Abbott y luego contra tres miembros de la Corte Suprema, no hizo más que instalar la idea que una pretensión meramente voluntarista podía primar por sobre la vigencia del derecho. Poco importaba el mérito de las acusaciones, solo interesaba la señal política y el amedrentamiento implícito. En ese contexto se reveló la ilegal práctica policial de la implantación de pruebas, tanto en la operación Huracán como con la reciente formalización de una fiscal en San Fernando. A fin de cuentas, el fin parecía comenzar a justificar los medios.

Por lo mismo, solo era cosa de tiempo para que el proceso de erosión institucional alcanzara a la Contraloría y posiblemente a nuestro Poder Judicial. En el caso de la primera, el voluntarismo se evidenció en la ilegal remoción de la subcontralora, que enmendó la Corte Suprema, y ahora al constatar los serios defectos en las auditorías practicadas en diversos municipios del país, utilizando

criterios caso a caso y no criterios contables, unificados y verificables.

En cuanto al Poder Judicial, los hechos acaecidos en la Corte de Apelaciones de Rancagua resumen en su propia trama la magnitud del problema. No solo es preocupante la posible existencia de tráfico de influencias, sino que también parece inquietante que la Fiscalía arremeta contra jueces llamados a fallar los casos que le interesan. Con todo, el insólito corolario es la filtración de antecedentes sobre la supuesta práctica de magia negra por un ministro indagado. Cómo no recordar el primer acto de Macbeth de Shakespeare, en el cual las brujas afirman "fair is foul, foul is fair", es decir, en una traducción libre, "lo justo es turbio, y lo turbio es justo", exiliando al derecho y la razón. El voluntarismo y la magia negra no son el camino para Chile; solo lo es el irrestricto apego al estado de derecho.

Guía para perplejos

7 de mayo de 2019

Los hechos develados en Rancagua con ocasión de la pugna entre dos fiscales resultan para muchos desconcertantes. La institución que debe dirigir la investigación y perseguir delitos en forma autónoma y con objetividad, aparece sumida en una confusa trama de acusaciones que darían cuenta de la posible existencia de delitos al interior de la misma, socavando la confianza de la que es depositaria. La ciudadanía presencia perpleja.

Para entender cómo se llegó a esta situación, hay que recordar algunos hechos de larga data en relación con el accionar del Ministerio Público, que fueron desatendidos en su momento.

Primeramente, el excesivo protagonismo comunicacional que emplearon algunos fiscales, sin que la autoridad superior del Ministerio Público impusiera los límites que aconsejan tanto la prudencia como las obligaciones de objetividad y resguardo propias de una investigación penal.

En segundo término, el uso de la simpatía ciudadana -en lugar del propio mérito de los antecedentes- como brújula orientadora de las pesquisas, lapidando al imputado ante la opinión pública. Seamos claros: se toleró el uso del procedimiento penal para perseguir no solo responsabilidades penales, sino también morales. Más aún, se iniciaron investigaciones al solo calor de la denuncia pública, sin reparar en que ésta diera cuenta de hechos que podrían revestir el carácter de delito, o sin satisfacer exigencias procesales mínimas exigidas en la ley.

En tercer lugar, el empleo ilegal de filtraciones de antecedentes de la investigación. No solo es una práctica artera tendiente a dañar la defensa de los imputados, sino que la incapacidad del Ministerio Público para sancionar los casos denunciados, da cuenta de la impunidad de dicha práctica. El mismo

Ministerio Público, que es tan eficiente para investigar a terceros, demuestra nula capacidad cuando se trata de posibles actuaciones de sus integrantes.

Por último, el individualismo de algunos fiscales al desconocer mínimos deberes de jerarquía y lealtad, tanto para con sus superiores como con la propia institución. La falta de respeto interno más temprano que tarde se tenía que traducir en falta de respeto externo.

El filósofo judío Maimonides, en su obra "Guía de los Perplejos", buscaba orientar a quienes se encontraban en estado de confusión o perplejidad, sin saber si debían atender a la ley por sobre la razón o hacer primar a la razón renunciando a la ley. Aún es posible conciliar la ley y la razón, pero para ello se requiere que, junto con las indispensables reformas, el Ministerio Público se haga cargo de sus propias deficiencias internas, aplique la ley de ser necesario también a sus miembros, y, por sobre todo, haga del principio de objetividad el principio basal de su accionar. Solo así la ciudadanía pasará del actual estado de perplejidad al de confianza, que nuestro estado de derecho requiere.

Nombramientos supremos

21 de mayo de 2019

La actividad política muchas veces es ingrata y mezquina. Quienes participan de ella se ven expuestos a críticas injustas o a cuestionamientos por las decisiones que adoptan. Sin embargo, la política es necesaria e indispensable para ordenadamente canalizar las necesidades que surgen en la vida de un país en los distintos momentos históricos. Por lo mismo, los acuerdos y la negociación para alcanzar consensos son una parte esencial de la buena política. En palabras de Hannah Arendt, cierto grado de responsabilidad y moderación a la hora de perseguir el interés propio debe siempre primar en una clase política madura.

El proceso de selección de ministros de nuestra Corte Suprema nos ofreció en las últimas semanas una rara oportunidad de constatar lo que ocurre cuando se pierde esa necesaria responsabilidad, y comienzan a primar todo tipo de intereses subalternos. La política se transforma entonces en una insensible máquina utilitaria que arrasa con todo a su paso.

No me quiero detener en las razones que puedan explicar el retiro de la nominación de una destacada ministra de la Corte de Apelaciones de Santiago para integrar nuestro máximo tribunal. Sin lugar a dudas ella, pese a su vasta trayectoria, fue la ocasional víctima del desenfado de la política, desenfado al que la mayoría de los ciudadanos, incluido los jueces, no están acostumbrados.

Prefiero por lo mismo enfocarme en la rara oportunidad que este momento institucional nos ha ofrecido de corregir con coraje y decisión la promiscua y perturbadora intervención de la política en el proceso de selección de quienes están llamados a servir en el máximo Tribunal de la República. En este sentido, la rápida acción del ministro de Justicia y del Presidente de la República en orden a nominar de inmediato a la ministra de la Corte de Valparaíso Ana María Repetto, sin someter previamente su nombre a validaciones políticas y acuerdos

que privilegian cuotas o parcelas de poder en el Senado, es un acto de inmenso valor republicano. Se trata sin lugar a dudas de un gesto político, naturalmente criticado por algunos ante la ausencia de cabildeo previo a la formulación de la propuesta, pero que precisamente por lo mismo restituye algo que nunca se debió abandonar en este tipo de materias: la exclusiva ponderación del mérito y carrera de quien pueda integrar el tribunal supremo. Cualquier otra consideración enloda el proceso de designación y erosiona la necesaria confianza que, en un estado de derecho, todos los ciudadanos depositamos en la Corte Suprema.

Es tiempo que ejercitemos la reflexión y actuemos con decisión. En palabras del filósofo Jorge Millas, es hora de ejercitar el pensamiento en el límite de sus posibilidades. Replantearnos de cara al futuro, y resguardar la fortaleza institucional que el Poder Judicial de Chile requiere.

De Bach a las bacterias

4 de junio de 2019

El filósofo Daniel Dennett, en su libro "De las bacterias a Bach", defiende la tesis que la selección natural en base a genes culturales ha desempeñado un rol esencial en la evolución de la mente humana. Aplicando la "inversión de Darwin", esto es, cuestionando el diseño inteligente de la vida, postula que lo vivo puede proceder de algo no vivo, y lo consciente de algo no consciente. De ahí el sugestivo título de su obra y de ahí que el ser humano siga siendo único, alcanzando evolutivamente un nivel de comprensión que supera al de cualquier otra especie.

Sin embargo, nuestro país parece desafiar a Dennett. El desarrollo de nuestra conciencia nacional lejos de seguir este camino evolutivo, parece querer desandararlo. La política de trinchera y el obstruccionismo se han tomado la agenda legislativa. Nuestra supuesta fortaleza institucional hoy es cuestionada. Parecemos comportarnos como bacterias inconscientes, agrupadas azarosamente y colisionando unas con otras. Somos avatares anónimos en redes sociales en las que nuestra identidad está precedida de una potente "@" y armados de ella confrontamos coléricamente a quien postule una idea o apoye un argumento con el que no coincidimos. De allí que baste una mera denuncia anónima en Facebook para destruir a un postulante a presidir la FEUC u otra similar para descarrilar la elección del Presidente de la Cámara de Diputados. Basta la decisión de formalizar en el marco de un proceso penal para destruir el principio de presunción de inocencia. Y por cierto basta una decisión judicial contraria a nuestro personal prejuizgamiento, para que nos movilizemos en las mismas redes sociales cuestionando a nuestros jueces. Es más fácil leer los fallos a la luz de nuestras odiosidades y bajo eslóganes de ricos versus pobres, poderosos versus débiles, que bajo el prisma objetivo del derecho.

Se ha impuesto el terror subyugante de lo políticamente correcto. Día a día

escuchamos la voz de modernos inquisidores que quieren convertir nuestro país en un seminario de moralidad, silenciando a la ciudadanía ante la falta de liderazgos que los confronten. Ante la impericia o cobardía de quienes tienen la responsabilidad de liderar, impera la lógica de la servidumbre irreflexiva. La ley sobre imprescriptibilidad retroactiva en los delitos sexuales contra menores de edad es una viva demostración de ello.

Ciertamente hemos involucionado. Estamos abandonando el repertorio de las habilidades humanas que formaron grandes mentes como la de Bach, y retomando el mundo de la competencia sin comprensión propio de las bacterias. Sin embargo, en palabras de Stefan Zweig, no hay nada que tenga un valor más convincente sobre un pueblo que el valor personal de sus dirigentes. Es tiempo que estos así lo demuestren.

Chernobyl y desafíos del sistema de justicia penal

18 de junio de 2019

En estos días la serie televisiva “Chernobyl” sobre el accidente nuclear en la ex Unión Soviética en 1986, acapara la atención de millones de personas en todo el mundo. Como se recordará, con ocasión de una explosión de hidrógeno, el núcleo del reactor quedó al descubierto, liberando al ambiente los isótopos radioactivos. Para controlar el peligro, se construyó una estructura de concreto y acero llamada “sarcófago”, que con los años resultó insuficiente para contener el desastre.

Traigo a colación esta serie pues en el último tiempo diversas materias inherentes a nuestro sistema judicial han comenzado a presentar deficiencias y existe la tentación de meterlas también en un sarcófago.

Durante años evitamos enfrentar estos problemas, en la creencia que algunas soluciones menores permitirían soslayar los mismos. Es así como frente a diagnósticos que muchos compartían en relación a la forma en que opera la formalización en el proceso penal y la paulatina erosión del principio de presunción de inocencia, se optó por ignorar las peligrosas señales. Solo ante sentencias absolutorias de los tribunales algunos han empezado a abrir los ojos. El desafío radica entonces en conjugar la formalización de una investigación, en cuanto acto de garantía que permite a una persona tomar conocimiento de la investigación penal, sin con ello afectar su presunción de inocencia.

Otro desafío importante es la proliferación de querellantes. En este sentido, nuestro modelo acusatorio, introducido en el año 2000, permitió la participación de querellantes particulares e institucionales a la par del propio Ministerio Público. Ello se ha traducido en la afectación de otro principio esencial del sistema, cual es la igualdad de armas, y con ello la garantía de debido proceso. La idea que subyace es que las partes deben poder debatir en igualdad de

condiciones ante el respectivo Tribunal.

En su tiempo, el ex ministro de la Corte Suprema Carlos Cerda objetó la múltiple representación del Estado en una causa en que intervenían el SII, el Consejo de Defensa del Estado, y el propio Ministerio Público. En sus palabras, era inaceptable la persecución penal por parte de un Estado bicéfalo. Yo me atrevo a decir tricéfalo.

Finalmente, un tercer desafío es aquel que salió a la luz pública con ocasión de la disputa entre fiscales en Rancagua y La Araucanía. Todo el mecanismo de balances y controles del Ministerio Público enfrenta hoy un importante cuestionamiento.

Preguntas como ¿quién fiscaliza a los fiscales? o ¿cómo se los designa? parecen ser más atinentes que nunca. Aquí el desafío es enorme y no enfrentarlo correctamente importaría sentar las bases para un verdadero desastre que podría permear las bases del modelo de proceso penal que con tanto esfuerzo Chile ha desarrollado en los últimos 18 años.

Presunción de inocencia

2 de julio de 2019

Chile vive una sequía del pensamiento, que a su vez se traduce en inacción en todos los estamentos políticos e institucionales llamados a impulsar el desarrollo de nuestro país y su gente. De hecho, los signos de parálisis legislativa reflejan la ausencia de ideas que puedan ser defendidas con vigor en el marco del debate público.

Ello explica que se eluda, más allá de una u otra frase rimbombante para la galería, debatir los problemas de fondo que surgen cuando los fallos de nuestros tribunales de justicia revelan, entre otros, errores en el actuar policial, falta de control del Ministerio Público, arbitrariedades en el accionar de la Contraloría General de la República y, en general, situaciones que no se corresponden con un estado de derecho.

No es un dato menor que un reciente estudio indique que el Ministerio Público ha debido pagar, solo en costas judiciales por casos perdidos en los últimos cuatro años, más de 25 mil millones de pesos. Tampoco debiera ignorarse el reciente fallo judicial en San Antonio, en que un tribunal se negó a considerar pruebas obtenidas por la policía con infracción de garantías. En un estado de derecho vigoroso los ciudadanos están amparados por la presunción de inocencia, y la persecución penal debe ceñirse a estrictas normas procesales.

Ambas situaciones debieran ser fuente de profunda reflexión, sin embargo ha primado el silencio o el cálculo político para rehuir los problemas de fondo. Ello en circunstancias que tanto las millonarias costas pagadas por juicios perdidos como la imputación penal en base a prueba obtenida ilícitamente, evidencian como día a día se menoscaba el principio de presunción de inocencia.

La culpa y no la inocencia deben ser demostradas, y por lo mismo es la culpa la que configura el objeto de todo juicio penal. Con mucha lucidez escribía

Montesquieu que “la libertad política consiste en la seguridad o al menos convicción que se tiene de la propia seguridad”, de modo que “cuando la inocencia de los ciudadanos no está asegurada, tampoco lo está su libertad”. Lo anterior explica que los derechos ciudadanos se vean amenazados no solo por los delitos, sino también por toda persecución penal arbitraria. Este es el sustrato del debate que nos debiera convocar pero que se prefiere ignorar.

El connotado filósofo chileno Jorge Millas en una antigua entrevista decía que gran parte de su obra estuvo dedicada a “pensar la peligrosa experiencia humana, vivir en sociedad y a recomendar algunas precauciones contra nuestra natural antropofagia, disimulada a veces con lindos nombres, como hambre de justicia, sed de infinito y amor a la patria”.

En tiempos de redes sociales que motivan la búsqueda de una liviana popularidad virtual, nuestra natural antropofagia nos arrastra al borde un precipicio intelectual. Sin embargo, el hambre de justicia no puede saciarse infringiendo las más básicas garantías de todo ciudadano.

Imprescriptibilidad penal

16 de julio de 2019

Tiempo atrás, en una columna bajo el título "Prescripción y Derecho Penal. Un asunto de garantías ciudadanas", representé las razones jurídicas por las cuales estimaba, al igual que otros académicos, lo inapropiado de legislar sobre la imprescriptibilidad en materia de abusos sexuales a menores, y el precedente que implica para cualquier otro delito.

Por ello causa inquietud que el proyecto de ley, presentado al calor de urgencias propias de la contingencia, fuera finalmente aprobado de forma unánime tanto en el Senado como en la Cámara de Diputados. Afortunadamente, al menos no prosperó la idea fruto de la inagotable capacidad de algunos parlamentarios de ignorar la Constitución, de aplicar la imprescriptibilidad de forma retroactiva, violentando un principio basal en que se ancla nuestro estado de derecho: la irretroactividad de toda ley penal.

Como es evidente, detrás del glamour popular del proyecto, se invisibilizan serios problemas desde un punto de vista penal, en particular se debilitan las garantías de todo ciudadano frente al ejercicio del poder punitivo del Estado, pues el paso del tiempo aumenta la probabilidad de un error judicial. Igualmente se erosiona la necesidad de certeza jurídica en las relaciones de la vida en sociedad.

Ciertamente esta materia, como cualquier otra de índole jurídica, puede ser razonablemente debatible. Lo que inquieta por lo mismo no es solo la aprobación de la ley, sino la unanimidad con que se aprueba. Resulta absolutamente inexplicable que ni un solo diputado o senador se atreva a desafiar un proyecto de ley cuando menos discutible y de dudosa constitucionalidad. Claro está, en una sociedad de víctimas, los principios ceden ante el embrujo de lo políticamente correcto. ¿Quién podría negar lugar a una

reivindicación de las víctimas sin ser tildado de cómplice activo o pasivo de los abusos que se quieren sancionar?

¿Cómo explicar a la ciudadanía la importancia de la institución de la prescripción sin ser descalificado y acusado de encubrir los graves ilícitos que se quieren sancionar? Ver en los principios generales del derecho meros formalismos es indiciario de la debilidad actual de nuestras autoridades a la hora de legislar.

De hecho, el proyecto de ley sobre imprescriptibilidad se suma a una larga lista de proyectos con amplio apoyo popular pero escaso soporte técnico.

Cuando quienes están llamados a legislar ceden tanto por temor como por mero oportunismo político, el estado de derecho se debilita y -aunque ahora no se advierta- en el mediano y largo plazo, las garantías ciudadanas se erosionan. Como lúcidamente lo explica el filósofo Norberto Bobbio: "La legitimidad moral calienta la sangre más que la fría legalidad, pero la democracia se basa en valores fríos como la legalidad".

Bombas, palabras y justicia

30 de julio de 2019

Es famosa la respuesta de Albert Camus tras recibir el premio Nobel de Literatura en 1957, ante la crítica a su supuesta falta de compromiso con "la justa lucha" argelina contra la dominación colonial francesa. "En este momento se arrojan bombas contra los tranvías de Argel. Mi madre puede hallarse en uno de esos tranvías. Si eso es la justicia, prefiero a mi madre". Esas pocas palabras encierran un fuerte mensaje. En la balanza de la justicia no hay espacio para todo.

Recuerdo esta anécdota porque algo similar parece ocurrir en materia de políticas públicas de seguridad ciudadana y persecución penal. Cada cierto tiempo actores políticos de distintos colores enarbolan dichas banderas para cuestionar decisiones judiciales o instar por incremento de penas en un ilimitado afán de usar la legislación casi como las bombas en el tranvía de Argel. La hiperinflación punitiva y la demanda por mayor severidad judicial parecen ser parte de una suerte de "justa lucha" para liberarnos de la delincuencia, sin atender a sus causas, sin hacernos cargo de la crítica situación carcelaria del país, sin evaluar los límites democráticos y el respeto a las garantías propias de todo ciudadano, endosando la responsabilidad a la judicatura.

El juez no es un político. No representa a un sector u otro. No se presenta a elecciones ni elabora programas electorales. El juez debe ser neutral y juzgar objetivamente conflictos que tiene ante sí. Ello exige la existencia tanto de independencia personal del juez, esto es que en sus decisiones no influyan factores externos como independencia institucional del poder judicial. Algo que parece obvio y que en ocasiones olvidamos.

Al no ser electos por la ciudadanía, los jueces pueden permanecer firmes y no dejarse arrastrar por populismos circunstanciales, resguardando los principios y

derechos recogidos en el sistema legal.

Sin embargo, ni el juez individualmente ni el Poder Judicial a nivel institucional pueden funcionar eficazmente sin la indispensable confianza pública. Dicha confianza no equivale a que las decisiones judiciales tengan que coincidir con la opinión de la calle. Es más, el juez al actuar con imparcialidad en muchas ocasiones debe decidir asuntos que contrarían a la opinión pública. Por lo mismo, cada vez que un juez reafirma el imperio de la ley contra el ocasional sentir popular, en lugar de criticar apresuradamente esa decisión, debemos reflexionar sobre el rol de la justicia en una democracia y como ese juez con su accionar cauteló la vigencia del estado de derecho. La neutralidad del juez y su capacidad de sobreponerse a la presión política o social que una eventual decisión conlleva, lejos de importar indiferencia o apatía frente a los conflictos que subyacen a los asuntos llamado a resolver, dan cuenta de jueces vigorosamente comprometidos con los principios y valores básicos de una democracia.

Perro muerto

6 de agosto de 2019

La semana pasada un prófugo de la justicia regresó extraditado a Chile, el Ministerio Público dio una tardía señal de autoridad iniciando el proceso de remoción de un fiscal regional, un grupo de senadores anunció una querrella contra la ministra Cecilia Pérez, y un diputado de la República presentó un proyecto de ley para crear el delito de "perro muerto".

Probablemente el diputado no reparó en la paradoja implícita en su iniciativa. Si bien la expresión "hacer perro muerto" responde a un criollismo referido al acto de comer en un restaurante y huir antes de pagar la cuenta, su definición bien puede aplicarse a la extendida práctica nacional de no querer asumir las responsabilidades.

Es del caso que el Comandante Ramiro, responsable del más grave atentado terrorista tras la recuperación de la democracia, pretende hacer perro muerto y no pagar la cuenta ante los tribunales. Para ello solicita una sustancial rebaja a su condena.

Por su parte, el Ministerio Público cree suficiente iniciar el proceso de remoción de un fiscal regional, obviando el cuestionamiento que la academia y actores del sistema procesal penal plantean por la sistémica falta de control en su accionar. La cuenta pública institucional permanecerá impaga en tanto no se adopten mecanismos procesales eficientes para precaver persecuciones penales excesivas o derechamente indebidas.

Del mismo modo, cuando un grupo de senadores promueve una frívola querrella contra la ministra vocera de gobierno por sus dichos sobre el Partido Socialista, privilegiando cuestionar sus declaraciones, en lugar de abordar con seriedad la lucha contra el narcotráfico, hacen perro muerto respecto de sus responsabilidades legislativas.

Estos ejemplos evidencian la incapacidad de muchos para asumir sus propias responsabilidades y enfrentar los problemas en la arena que les corresponde. Por lo mismo, si bien un proyecto de ley que sancione penalmente el "hacer perro muerto" desnaturaliza y desprestigia el Derecho Penal al usarlo instrumentalmente y con fines comunicacionales, en un país en el que estamos acostumbrados a no asumir la responsabilidad, resulta a lo menos curioso.

El buen funcionamiento de las instituciones explica en buena medida por qué unas sociedades prosperan y otras no. Quizás por ello Bertold Brecht escribía -en otro contexto pero con innegable ironía- que "el aparato es la osamenta de la administración y del ejercicio del poder". Cuando no se asumen las responsabilidades y el recurso penal se convierte en un espectáculo, se pierde la confianza en el estado de derecho y las instituciones pasan a ser meras osamentas, un aparato o esqueleto del ejercicio del poder, sin músculos, nervios, ni órganos. El proyecto de ley que crea el delito de "perro muerto" posee entonces un acierto simbólico que ni el propio autor advirtió.

Terrorismo y cuentos de hadas

13 de agosto de 2019

Han pasado dos semanas desde la frustrada explosión de un paquete bomba dirigido al ex ministro del Interior Rodrigo Hinzpeter y el sorprendente silencio de parte importante de la dirigencia política de nuestro país resuena casi tan fuerte como el estallido de una bomba. Si bien el fallido atentado ha dado lugar a cierto debate sobre las urgentes necesidades en materia de inteligencia policial, e incluso a la aprobación de una ley corta que modifica en ciertos aspectos procesales la Ley Antiterrorista vigente, sorprende la débil reacción social y política frente a este grave hecho.

Es evidente que el ensordecedor silencio en el caso del ex ministro Hinzpeter trasunta una débil comprensión de la gravedad del fenómeno terrorista. Hay en ello una suerte de indiferencia, minimizando tácitamente el hecho, del mismo modo que en Chile se minimizó el atentado a la AMIA en la vecina Argentina 25 años atrás. Una suerte de mecanismo cognitivo de negación y aislacionismo en virtud del cual Chile sería inmune al terrorismo tanto doméstico como internacional.

Lo anterior es especialmente grave toda vez que precisamente el objetivo de todo acto terrorista es socavar la convivencia y los valores propios del contrato social que nos vincula. En este sentido es fundamental tener la capacidad de identificar la esencia de todo acto terrorista.

Un acto terrorista busca intimidar por medio del uso de la violencia, pero no para subyugar o imponer sus propias ideas y valores, sino que derechamente aniquilar las ideas y valores del otro. Hay en ello lo que Tzvetan Todorov denomina "pulsión bárbara", esto es, la capacidad de despreciar la humanidad de los otros. El impacto político del acto terrorista radica entonces en la inseguridad que introduce en la vida cotidiana de cada uno de nosotros, en el temor que nos

genera. Por lo mismo el terrorismo triunfa en la medida que la ansiedad, la falta de solidaridad, el desprecio y el miedo se propagan, debilitándose las convicciones propias de un estado de derecho.

Enfrentar el flagelo del terrorismo en una democracia requiere no solo de leyes apropiadas sino por sobre todas las cosas, de una sociedad vigorosa y comprometida, que repudie cualquier manifestación de violencia terrorista, y no tolere las conductas de incitación a la violencia que muchas veces preceden al acto terrorista por la vía de deshumanizar o deslegitimar a las eventuales víctimas. Minimizar o actuar con indiferencia frente a lo ocurrido solo empodera al victimario y debilita nuestra democracia. Con razón Freud prevenía en "El malestar en la cultura" que hay que estar atentos a la pulsión bárbara, porque tenemos la tendencia a disimularla de forma espontánea. "Los que prefieren los cuentos de hadas hacen oídos sordos cuando se les habla de la tendencia innata del hombre a la 'maldad', a la agresión, a la destrucción, y por lo tanto a la crueldad".

Momento espectral y acusación constitucional

9 de septiembre de 2019

Los fantasmas de una acusación constitucional acechan nuevamente la institucionalidad nacional. Se trata, en términos derridianos, de un momento espectral pues asedia a la política desde adentro. No es casualidad el uso frívolo de una herramienta constitucional para destituir a una ministra de estado. La acusación se enmarca en una compleja trama de descomposición institucional que paulatinamente ha ido capturando el quehacer propio de la política.

En este sentido, no debe pasar inadvertido el entrampamiento legislativo de los últimos años, las cada vez más frecuentes contiendas de competencia entre distintas autoridades y poderes del estado y, por qué no decirlo derechamente, la dictación de malas leyes pero que cuentan con un aparente apoyo popular. El caso de la llamada Ley de la Jibia es un ejemplo notorio de ello. La restricción a la captura de ese molusco similar a un pulpo, con la consiguiente pérdida de miles de puestos de trabajo, pudo parecer para muchos intrascendente en su momento, pero hoy gráfica cómo el ejercicio de la buena política quedó atrapada en los tentáculos del populismo y en la lógica binaria de quienes adoptan posiciones extremas e intolerantes.

La acusación constitucional contra la ministra de Educación parece asentarse no en la constatación de graves hechos que constitucionalmente la justifiquen, sino que en viejos espectros ideológicos que pretenden instrumentalmente asediar su desempeño en el cargo. Las similitudes con algunas infundadas e injustas acusaciones constitucionales anteriores son demasiado evidentes como para ignorarlas ahora.

Así como el derecho penal sólo debe utilizarse ante el fracaso de otros remedios procesales menos gravosos, esto es solo en última instancia, en carácter ultima ratio, lo propio debiera ocurrir con la más severa herramienta político

constitucional que podría importar la destitución de una ministra de estado. El empleo liviano de la acusación constitucional para imponer una determinada concepción, rehuendo un sano debate de ideas, supone en buena medida un fracaso de la política y un fracaso de nuestro estado de derecho. ¿Es realmente necesario este recurso extremo o su uso se enmarca en una política de trinchera que ha capturado a quienes están llamados a dirigir los destinos de nuestro país?

Parece oportuno, ahora que se acerca un nuevo aniversario nacional, realizar una necesaria pausa y reflexión ante este momento espectral. No parece pensable ni justa una política que prescinda -al decir de Jacques Derrida- del "respeto por esos otros que no son ya, o por esos otros que no están todavía ahí". Un principio de mínima responsabilidad ante esos fantasmas, del ayer y del por-venir, implicaría dejar de lado la prepotencia que predomina en el debate público y retomar el diálogo constructivo que a lo largo de la historia ha fortalecido a nuestra patria.

La tregua

23 de septiembre de 2019

Como es habitual, el áspero debate público experimentó una tregua con ocasión de la celebración de Fiestas Patrias. Ni la acusación constitucional contra la ministra de Educación, ni algunos proyectos de ley que copaban titulares fueron tema en estos días. Es más, tampoco la nueva información revelada en Brasil sobre financiamiento ilegal a la campaña presidencial de Michelle Bachelet pareció capturar la preocupación de la ciudadanía ni tampoco del Ministerio Público.

Sin embargo, la tregua no es excusa para reflexionar sobre el país que queremos y sobre el estado de nuestra política y sus instituciones fundamentales. Hace poco, los profesores de Harvard Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, en su libro "Cómo mueren las democracias", asociaban el éxito del sistema democrático al buen desarrollo de muchas naciones. Por su parte otros autores han ofrecido respuestas económicas y sociológicas ante la misma interrogante. Con todo, esas explicaciones pueden ser insuficientes. Lo que pone realmente en juego el desarrollo de una sociedad es la evolución de la moral compartida, consecuencia necesaria de nuestra evolución cultural.

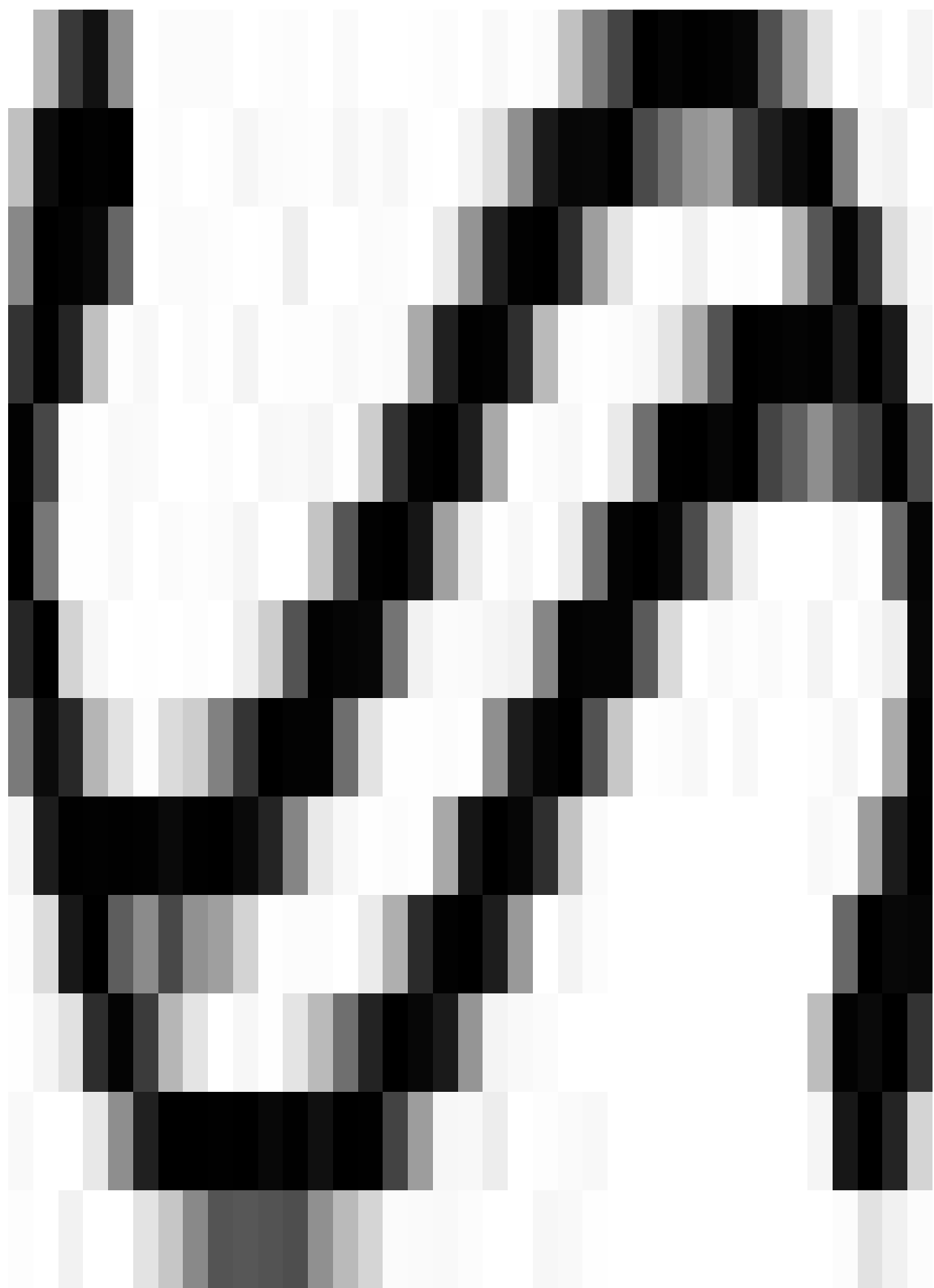
El principal medio del que se sirve la moral es la influencia del grupo sobre cada individuo y la importancia que el grupo representa para cada ser humano. En la medida que la disposición en favor de la cooperación de unos con otros se diluye, el altruismo cede su lugar a los intereses individuales. La presión selectiva de algunos comportamientos éticos se abandona y las normas que benefician al grupo se erosionan. El fracaso de una sociedad está entonces a la vuelta de la esquina.

Por lo mismo, solo la amalgama de valores compartidos cementa un correcto funcionamiento social, y la fortaleza de las instituciones explica a su vez el éxito

de unos y el fracaso de otros. Para Jared Diamond, entre los factores que propician la existencia de buenas instituciones están la ausencia de corrupción, sobre todo gubernamental, la protección de los derechos de propiedad privada, la vigencia vigorosa del estado de derecho, esto es, la existencia de leyes que determinen lo que debe ocurrir y el que tales leyes se apliquen, el bajo índice de delitos de asesinatos y violencia en general, y la eficacia del gobierno.

En este sentido, nuestro país y sus instituciones tienen una deuda que no podemos ignorar ya que en forma recurrente surgen dudas respecto de uno o más de los factores descritos. Esta deuda no se cobra mediante violentos emplazamientos en redes sociales, ni se salda por medio de populismo legislativo e hiperinflación punitiva. Actuar es fácil y pensar es difícil. Quizás por ello, de un tiempo a esta parte, el pensamiento ha cedido su espacio a un actuar irreflexivo y oportunista. En la agenda pública predominan ideas mal adaptadas y se propagan falsas creencias, desatendiendo la necesaria tregua que permita rescatar aquel ideario compartido de nuestra evolución moral y cultural.

El 18/O y la violencia sincronizada



El escudo de la ciudad

21 de octubre de 2019

En su cuento "El escudo de la ciudad", el escritor judío Franz Kafka narra la construcción de la Torre de Babel y reseña cómo al comienzo existía orden y calma. Nada inquietaba respecto del porvenir. Sin embargo surgieron elucubraciones en cuanto a que si una generación no terminaba la obra, las nuevas generaciones demolerían lo adelantado, para recomenzar. Ello restó energías, surgiendo disputas que culminaban en peleas sangrientas.

Como en el cuento de Kafka, a partir del alza de los pasajes del Metro de Santiago, grupos organizados iniciaron un movimiento de protesta llamando a evadir el pago del pasaje, el que mutó en una desbordada violencia causando graves destrozos materiales a la infraestructura del principal medio de transporte de Santiago. El Metro ha sido siempre nuestra propia Torre de Babel, la obra inconclusa de diversas generaciones y el símbolo inequívoco de inclusión social en una sociedad cada vez más segregada. Sin embargo, a diferencia del cuento de Kafka, el Metro no generaba disputas ni peleas. Era nuestro orgullo. Un espacio público que aportaba no solo conectividad, sino que cohesión ciudadana.

Lamentablemente lo ocurrido tiene a su vez un correlato en el funcionamiento institucional del país. Hay en este estallido social -y también delictual- mucho más que una protesta por alzas de precios o la conducción de este y otros gobiernos. Insistir en una mirada parcial sólo agrava la crisis. Lo acaecido desnuda la magnitud del fracaso de la política y la paulatina erosión del estado de derecho.

La incomprensión de la importancia de la actividad política por parte no ya de la ciudadanía, sino que de quienes ejercen dicha actividad, cataliza el fenómeno. En lugar de contribuir a generar espacios de diálogo democrático, optan por una lógica destructiva en la cual alimentan las sospechas y la división ciudadana.

Algunos usan una estrategia camaleónica adoptando el discurso que aparece como apropiado a la comprensión popular. Esto se manifiesta en proyectos de ley de impactante populismo penal y en la pretensión que los fallos judiciales reflejen la sensibilidad pública y no las reglas legales o constitucionales.

En democracia la demanda ciudadana es legítima e incluso necesaria. La violencia no lo es y disfrazarla de desobediencia civil es un negacionismo implícito que sólo busca justificarla. Por lo mismo al igual que otros disensos, debe reconducirse hacia formas pacíficas de expresión, siendo indispensable el diálogo político en la esfera y lugar que le es propio, el Congreso Nacional.

Cuando, como afirma Hannah Arendt, dejamos de vivir en un mundo común en el que las palabras poseen una significación incuestionable y "nos garantizamos unos a otros el derecho de retirarnos a nuestros propios mundos de significación", el paso hacia el totalitarismo está a la vuelta de la esquina.

Black block

4 de noviembre de 2019

De pronto todo aquello que parecía construido en piedra parece haber estado erigido sobre arenas movedizas. Todo lo que suponíamos poseía sólidas raíces, no era más que una amalgama imperfecta y frágil. Ya no se trata solo de escudriñar en lo que hay detrás de la violencia ni en lo que moviliza por distintas causas a más de un millón de chilenos, mientras otros millones presencian silentes, quizás sorprendidos o asustados o tal vez criticando los acontecimientos. Ahora debemos identificar lo que está en juego y el rol desempeñado por la comunicación de masas, expresada en el uso incesante de redes sociales como en medios de comunicación tradicionales.

Según el filósofo Mario Perniola, por años aceptamos que se nos presentara la comunicación de masas "bajo la enseña del progresismo democrático, cuando en realidad constituye la acabada configuración del oscurantismo populista". Ello explicaría el paroxismo de una comunicación ideológica, que prescinde de toda posibilidad de verificación y que no somete a ningún análisis racional los argumentos que se proclaman por quienes se erigen en paladines de una guerra infinita del "bien" contra "el mal". Se usa la simplificación y banalización extrema de los hechos de la mano del predominio de la emocionalidad. Y de la emocionalidad a lo festivo y carnavalesco, como a lo vandálico, hay solo un paso.

Quizás por ello, en medio de las ingeniosas pancartas y consignas usadas estos días, había una que reflejaba como pocas la nula comprensión de los riesgos que acechan a nuestra democracia. Decía "nos robaron todo, hasta el miedo" y la portaba una joven que naturalmente no había vivido en dictadura.

Este tal vez sea el punto más crítico que protestas y medios de comunicación invisibilizan. Hay quienes hoy ven una oportunidad de arrebatarnos la

democracia. Se daña el estado de derecho, se erosiona el tejido social ya afectado por un modelo de desarrollo que evidentemente no satisface a toda la ciudadanía, y se conduce al país por un camino de polarización e intolerancia.

En paralelo grupos antisistema, similares al black block -ala violenta del movimiento antiglobalización- adoptan el carácter comunicativo de la violencia escogiendo objetivos simbólicos que incrementan el impacto psicológico de sus acciones, y actores políticos descolocados por el mayoritario clamor de paz, incitan desde sus cómodas posiciones parlamentarias la interrupción del proceso democrático. Quienes amenazan con acusaciones constitucionales para atizar el fuego, usan herramientas democráticas con fines antidemocráticos. Quienes alegóricamente dicen no tener miedo, desconocen lo que está en juego. Hay un ataque irresponsable, si es que no deliberado, a las bases de la convivencia nacional y a su democracia. Más que una brisa bolivariana, estamos en presencia de vientos de totalitarismo extremo que creíamos desterrado de Chile.

Reconciliación constitucional

18 de noviembre de 2019

Me ha costado escribir. Probablemente porque mientras arde la hoguera resulta muy difícil reflexionar. En este mes en que Chile se ha desbordado dejando al desnudo profundas grietas en nuestra sociedad, no es fácil identificar las prioridades. Si bien todo partió con una imperiosa lista de demandas sociales, a poco andar se incorporó en el mosaico la cuestión constitucional. En un caldero que hierve al fuego de una inusitada violencia y casos de violación de derechos humanos, muchos han querido olvidar la importancia de defender nuestra democracia.

Por ello es indispensable el correcto funcionamiento institucional, y es aquello a lo que apeló el Presidente de la República la tensa noche del martes pasado. Cuando un nuevo estado de emergencia parecía inminente, el Presidente generó un espacio de diálogo democrático para reencauzar nuestras diferencias. Como nunca tan pocas palabras tuvieron tan importante efecto. Ellas no apelaban al oído de toda la ciudadanía, sino que a los de quienes tenían la responsabilidad política de evitar un desenlace de incalculables consecuencias. Chile estuvo esa noche al borde de un abismo inimaginable.

El acuerdo alcanzado a partir de ello para que entre todos definamos si es necesaria e indispensable una nueva Constitución, o si la actual de 2005 promulgada por el Presidente Lagos requiere reformas, abre un camino de reconciliación constitucional. Sin embargo, no basta con dotar de renovada legitimidad a nuestra Carta Fundamental. Es indispensable estudiar, entender y solucionar con prudencia las causas que llevaron a este cortocircuito ciudadano.

Crear confiadamente en el progreso, nos pasó la cuenta, pero también nos equivocáramos con la obtusa y nostálgica idealización del pasado o con un énfasis catastrófico en el futuro.

Como señala Claudio Magris, "las nieblas del futuro que se ciernen exigen una mirada, que en su inevitable miopía, se vuelvan menos miopes gracias a la humildad..." Precisamente, se requiere de humildad para entender la magnitud del desafío que Chile tiene por delante, desterrando todo asomo de totalitarismo y violencia a la hora de resolver las naturales diferencias que puedan surgir en este proceso de reconciliación constitucional.

Los problemas que nos aquejan no se solucionan de una vez y para siempre, por lo que cada generación tiene que empujar, como Sísifo, su propia piedra, evitando que esta le caiga encima. El tomar conciencia de ello fue lo que probablemente ocurrió de manera incipiente cuando el Presidente de la República se jugó por la democracia y por la institucionalidad, y de manera mucho más manifiesta la noche en que los partidos políticos democráticos representados en el Congreso Nacional alcanzaron el acuerdo de reconciliación constitucional. Esperemos que ello dé cuenta que en el siglo XXI Chile alcance la necesaria madurez, esa mayoría de edad de la razón que ya Kant anticipaba para la Ilustración.

Casa de papel

2 de diciembre de 2019

Lo sucedido en Chile hace recordar la serie "Casa de Papel" que retrata los vaivenes de un asalto con toma de rehenes. En ella uno siente simpatía por quienes llevan adelante el acto delictual, obviando casi hipnotizado la gravedad de los hechos. Hasta la música de la serie -"Bella Ciao"- evoca nostálgicamente el himno de los partisanos italianos que resistían al nazismo, del mismo modo que en estos días una performance del movimiento feminista incorpora al cancionero popular su composición "Un violador en el camino". En el ideologizado juego de palabras de su letra, acusan de violador a las policías, los jueces, el Estado y el Presidente. El efecto es demoledor, pero también revelador.

En cierta forma en Chile también estamos en presencia de una toma de rehenes en la que las múltiples e inagotables demandas sociales nos parecen legítimas y por ende muchos son condescendientes con los actos delictuales que las han acompañado. A su vez, se recrea lúdicamente un canto que no obstante denunciar como corresponde, la violencia de género, cuestiona profundamente el funcionamiento institucional de una democracia representativa.

Así, socavando la confianza en la judicatura, el Estado y sus poderes Legislativo y Ejecutivo, y en la policía, encargada de resguardar el orden público, se avanza en una agenda de anomía y anarquía que algunos movimientos impulsan. Duele decirlo, pero el vandalismo de estas semanas no ha sido solo material, sino también cultural. Intentan imponer en el imaginario colectivo ideas de algunos sectores o grupos radicalizados de nuestra sociedad ante la pasividad de una inmensa mayoría silenciosa.

Con agudeza el filósofo español Daniel Innerarity afirma que "en una sociedad con ciudadanía de baja intensidad, desafección galopante hacia la política, debates planos y argumentos inexistentes, cualquier llamamiento a sumarse a las

críticas encuentra una inmediata acogida".

Años atrás el excanciller Roberto Ampuero anticipaba que no se habían hecho las tareas en la defensa de las ideas de libertad y prosperidad en una sociedad socialmente sensible. El crecimiento y desarrollo no eran suficientes. "Nadie sale a marchar para celebrar una baja en el desempleo", decía, y nos recordaba las palabras del teórico marxista Antonio Gramsci para quien las ideas triunfan cuando son interpretadas como sentido común de la sociedad.

En estas últimas semanas se ha intentado interpretar como sentido común el acceder a todas y cada una de las demandas de quienes han secuestrado la democracia y el estado de derecho. El avasallamiento por medio de la violencia no es sentido común. Sentido común es recuperar la paz social y la unidad como nación, resguardar la democracia y los DDHH.

Con no poca razón Emil Cioran escribió que "los pueblos infectados por la desgracia de la actividad se han consumido y extinguido antes que los tardos y prudentes".

Niños en primera línea

30 de diciembre de 2019

El uso de niños en cualquier tipo de conflicto es un acto repudiable. Por ello causa indignación ver cómo el diputado Hugo Gutiérrez sin miramiento alguno se vale de menores y sus dibujos para difundir un seudomensaje navideño propagando el odio e incitando a la violencia contra el Presidente.

La anterior no es una irresponsable actuación más de aquellas que caracterizan a parte de la clase política, sino que una grave vulneración a la Convención sobre Derechos del Niño que exige la reacción de la Defensoría de la Niñez. Que un niño dibuje un magnicidio implica que ha sido sometido a inéditos niveles de violencia mental que deben investigarse. Es inaceptable escudarse políticamente en menores para articular un mensaje extremista. La indiferencia, el silencio, o los intentos de justificación solo legitiman el fanatismo ciego que anima a quienes participan o incentivan la violencia como medio para obtener aquello que perdieron en las urnas.

Las cosas por su nombre. Es evidente que para algunos los niños son la verdadera primera línea. Igual que en Corea del Norte o en su tiempo en Cambodia y otras latitudes. Es a los niños a los que se adoctrina políticamente en algunos colegios, como se vio en reveladores videos al inicio de la actual crisis. Fue en un liceo de niñas donde años atrás se recrearon en carácter casi heroico las actividades terroristas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Son niños los que participaron de largas tomas a colegios y quienes prendieron fuego a la oficina del Rector de la institución educacional más emblemática de nuestro país. Son niños también los que tristemente han sido víctimas silenciosas del fracaso del Sename.

Por lo mismo la cobarde conducta del diputado Gutiérrez es reveladora de la forma en que algunos persiguen sus objetivos políticos y nos alerta de cara al

complejo año 2020 que se avecina. Chile cierra una década exitosa e inicia otra llena de incertidumbre pero con algunas certezas. Esta es una de ellas. Sectores minoritarios pero violentos y dudosamente democráticos quieren demoler no solo el "modelo" sino también la convivencia nacional. El odio y resentimiento inoculado a niños es una estrategia fría y deliberada, tal como ha sido la demanda por una nueva Constitución.

Así como no hay espacio ni legitimidad para una Constitución elaborada en medio de la violencia o bajo la amenaza de mayor violencia, tampoco puede haber espacio para el uso de menores en este descarado ataque a nuestra democracia.

Walter Benjamin dijo una vez que la primera experiencia que el niño tiene del mundo no es que "los adultos sean más fuertes, sino su incapacidad de hacer magia". El diputado comunista pretende reemplazar la magia por una inaceptable acción de adoctrinamiento político que compromete la dignidad de Chile cuyos niños no son ni deben ser la primera línea, sino los primeros de la fila.

Portonazo

14 de enero de 2020

Estar de acuerdo consigo mismo, esto es, no contradecirse según las circunstancias, es un viejo principio de la ética occidental que parece abandonado en la actividad política actual. Fue Sócrates quien primero lo descubrió y Platón quien en “Gorgias” lo formuló: “es mejor... que muchos hombres no estén de acuerdo conmigo y me contradigan, antes de que yo, que no soy más que uno, esté en desacuerdo conmigo mismo y me contradiga”.

En tiempos en los que la consistencia, la claridad de ideas y la valentía para defender las mismas ceden cobardemente ante el cuestionamiento contingente, ante la acusación infame, ante el ruido de las redes sociales, resulta fundamental rescatar este viejo principio socrático para iluminar el camino de la política. No es posible conciliar un discurso en el que se pretende avanzar en reformas democráticas y a la vez que con silencios o gestos de tácito apoyo, tolerar la actuación de grupos que atacan los derechos de todo los chilenos. No es posible simultáneamente repudiar la violencia y legitimar las demandas de quienes recurren a dicha violencia.

Lo sucedido con la PSU es una muestra grave de este fenómeno. Pese a la acrobacia retórica de algunos, que elevan la voz ocasionalmente, sus actos no los acompañan. Se contradicen una y otra vez.

Nadie debiera poner en duda que en un estado de derecho los responsables de las acciones de violencia que impidieron a miles de estudiantes rendir la prueba de admisión universitaria deban enfrentar la justicia sin ambigüedades, sin justificaciones, sin privilegios, como cualquiera en Chile. Los voceros del movimiento no pueden gozar de fueros ni de inmunidad, ni apelar a su condición de miembros de la “nomenklatura” de izquierda extrema que quiere apropiarse de las demandas sociales. El que uno de ellos sea nieto de un detenido

desaparecido en dictadura no es excusa para escabullir sus responsabilidades. Es más, harían bien estos autoproclamados voceros en revelar ante el Ministerio Público quiénes apoyan financiera o ideológicamente a sus movimientos. Una suerte de delación compensada política, que permita desenmascarar a los patrocinadores de estos actos que tanto daño han causado a nuestro país.

Al igual que aquellos jóvenes sorprendidos en un portonazo para robar un vehículo y que el Ministerio Público persigue celosamente, estos jóvenes y quienes los apoyan o amparan incurrieron en un “portonazo académico” que no se puede ignorar judicialmente. No hay nada de heroico o épico en dicha acción delincuencia, del mismo modo en que no hubo nada de heroico o épico en los graves atentados al Metro de Santiago. Si se quiere actuar con consistencia y sin contradicciones, nadie debiera condonar estos hechos que se alejan del espíritu democrático que supuestamente animó el Acuerdo por la Paz suscrito el 15 de noviembre pasado.

Primera línea y Ministerio Público

9 de marzo de 2020

Vivimos tiempos de convulsión atizada por modernos Savonarola que con resabios inquisitoriales se han apropiado de redes sociales y espacios en medios de comunicación. El debate, si así se lo puede denominar, no tiene matices. Sin lugar a dudas nos movemos entre dos aguas: la de la falta de convicciones y la de los excesos de prejuicios. El poeta irlandés William Yeats lo decía con acierto: “a los mejores les falta convicción, mientras que los peores están llenos de prejuicios”. Las grandes palabras son manipuladas a gusto de unos y otros. La razón no genera el entusiasmo que sí convoca al fanatismo y el fanatismo no relativiza nada. La duda no forma parte de sus cálculos ni siquiera a la hora de cuestionar la violencia como medio para la obtención de sus fines.

Lo anterior explica el manifiesto doble estándar presente en las posiciones que adoptan actores públicos ávidos de reconocimiento popular, capturados muchas veces por esa autoproclamada “elite” ciudadana que se expresa con odiosidad en twitter y otras redes sociales. Incluso el ocaso de la voluntad política se expresa nítidamente en la resignación frente a hechos delictuales que se han apoderado del día a día. La normalización de la violencia y la falta de coraje institucional para enfrentarla queda en evidencia con el predominio de “lo políticamente correcto”, acomodando el propio actuar y discurso a lo que se da por bueno o, en palabras de Heidegger en “Ser y Tiempo”, a los “efectos normalizadores de las opiniones públicas” del “uno” (das Man).

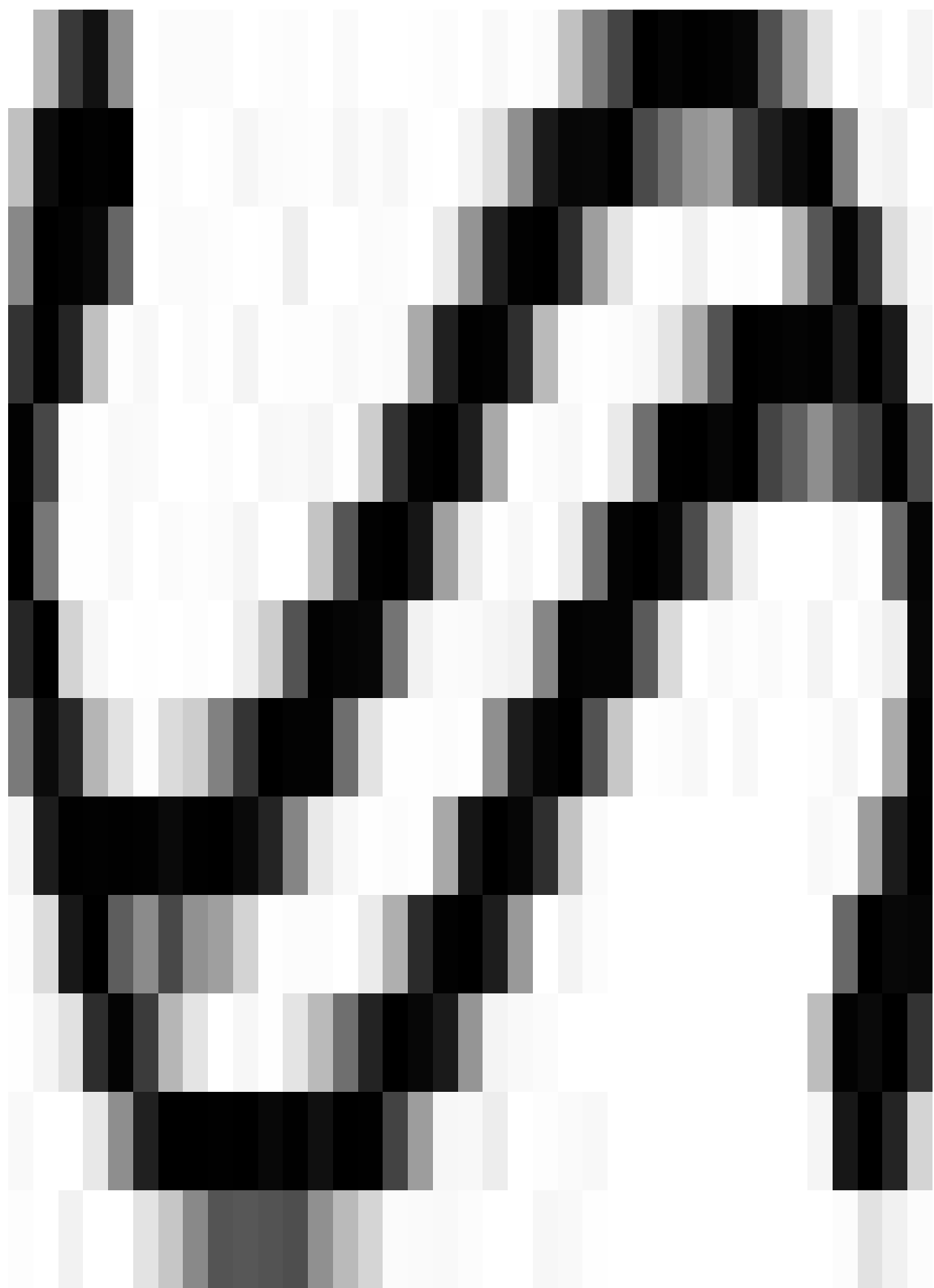
Un claro ejemplo de ello es el actuar del Ministerio Público, donde a partir del 18 de octubre pasado se han definido criterios de persecución penal que tienden más a aplacar las críticas de sectores radicalizados y vociferantes, que a contribuir a preservar el estado de derecho.

Ilustrativo es el laxo trato a los partícipes de actos delictuales que conforman un

grupo orgánico que con ingenuo romanticismo ha sido denominado “primera línea”. La detención de 44 de sus integrantes en un operativo policial como parte de un renovado intento por restaurar el orden público, quedó en nada ante la decisión de la Fiscalía de considerarlos responsables de simples desórdenes públicos. Uno se pregunta ¿cuáles fueron los criterios tenidos a la vista para formalizar por meros desórdenes en lugar de hacer uso de tipos penales más severos, como la asociación ilícita, que hubieran asegurado la prisión preventiva de estos individuos, acompañando así el actuar policial?

El sesgo es aún más evidente a la luz de la práctica de la propia Fiscalía en otras causas en que sí asocia -a veces instrumentalmente- delitos de mayor gravedad, como el lavado de activos, para instar por la prisión preventiva. La acomodaticia invocación al llamado principio de objetividad solo enmascara la opción por no usar con firmeza el proceso penal frente a este tipo de delincuencia.

Pandemia y crisis institucional



Pensar el mañana

23 de marzo de 2020

Mientras la pandemia de Covid-19 avanza inexorablemente a través del globo, el que parecía un lejano y ajeno virus ya instaló su cabeza de playa en nuestro país. Sabemos que se avecinan tiempos aciagos y naturalmente experimentamos temor. Temor por nuestra salud y temor por el incierto futuro. Sin lugar a dudas, las enfermedades han sido -al decir de Jared Diamond- el principal elemento mortífero de la humanidad y, por ello, configuradores decisivos de la historia.

Bien lo sabemos en América. El rol de los gérmenes durante la conquista española fue mayor que el de las armas. La ventaja decisiva de Cortés tras desembarcar en la costa de México en 1519 provino de la epidemia de viruela que mató a la mitad de los aztecas, incluido el emperador Cuitláhuac. Lo propio ocurrió con Pizarro en Perú en 1531. La viruela diezmó a los incas, incluido el emperador Huayna Cápac.

La historia es importante porque sin lugar a dudas será la forma como enfrentemos el Covid-19 la que configurará el futuro de Chile y el mundo. Este acontecimiento inesperado debiera vaciar el escenario político de los pícaros y fantoches que en los últimos años capturaron el espacio público a fuerza de consignas, virales en redes sociales, y proliferación de fake news.

Quienes lideren y se desempeñen con decisión y coraje, con vocación de servicio público en el ámbito nacional, y con solidaridad y sentido de comunidad en el ámbito privado y empresarial, serán los verdaderos héroes. Anónimos médicos y enfermeras; profesores a distancia; políticos y gobernantes que dejen de lado sus trincheras partidistas; pequeños, medianos y grandes empresarios que asuman que es tiempo de generosidad y sacrificios. Ciudadanos que entiendan que la tarea es de todos y no solo de algunos.

El empoderamiento ciudadano adquiere hoy un nuevo significado. En lugar de

abogar por reivindicaciones de un grupo, ahora implica madurez para apoyar a quienes fueron democráticamente elegidos para conducir al país. Son tiempos de unidad y cohesión. Son tiempos de respeto por el otro y no de odio vociferante. En la adversidad surge una oportunidad de cicatrizar heridas y de reflexionar sobre el insensato camino de enfrentamiento que se había apoderado de Chile.

Por lo mismo, mientras científicos intentan contra el tiempo desarrollar vacunas y tratamientos, y economistas, empresarios y gobernantes hacen tenaces esfuerzos por conciliar medidas para mitigar el impacto financiero de la pandemia, debemos también pensar en el mañana.

Cuando esto pase, y sin lugar a dudas pasará, ojalá surja una nueva generación sin el lastre del Chile oscuro y nihilista que se expresó tras el 18 de octubre de 2019. Nuestra herencia no provendrá de ningún testamento, como alguna vez escribió el poeta francés René Char, sino que será obra de esta generación que enfrentó y superó unida el desafío de la pandemia.

Zoom a la muerte

6 de abril de 2020

Recientemente, el psicólogo Daniel Goleman utilizó el término “pandemia del miedo” para describir el fenómeno que nos ha capturado emocionalmente con ocasión del Covid-19. El miedo se ha propagado en una forma tanto o más vertiginosa que el propio virus, de la mano de una estadística diaria de contagiados, enfermos críticos y muertos que tiene lugar con rigurosa puntualidad no solo en Chile, sino que en todo el mundo. Se trata de la primera epidemia que se transmite en vivo y en directo por los medios de comunicación y redes sociales viralizando el temor, en lo que algunos han llamado infodemia.

Han aparecido neófitos epidemiólogos y viscerales alcaldes abrumados por la contingencia, proponiendo drásticas medidas sin aquilatar las ventajas y desventajas de ellas. Es más, se ha intentado simplificar la discusión con un claro objetivo político, suponiendo que hay que optar entre salvar vidas o salvar la economía. Es preocupante esa infantil aproximación binaria. La ciudadanía sabe bien, y si no, así lo ha comenzado a percibir, que las consecuencias económicas de la crisis sanitaria pueden ser devastadoras. De allí la importancia del actuar prudente pero a la vez sistemático del gobierno y la fortaleza institucional de Chile. Ello minimizará el colapso del sistema sanitario y a la vez mitigará las inevitables consecuencias económicas. Es la hora de los expertos y de la unidad. Es la hora de las autoridades actuando con responsabilidad y templanza, y no en busca de simpatía o popularidad.

En la obra magna de Séneca, “Cartas a Lucilio”, parte de las cuales un entrañable amigo, José Luis Ramaciotti, recopiló y tradujo del latín bajo el título “Cartas sobre la muerte”, el filósofo y político romano aborda desde una perspectiva experiencial la calma del espíritu, la fortaleza, la perseverancia y, por cierto, la preparación para la muerte. Es así como en una de ellas -carta XXX- nos dice con acierto que “si quisiéramos distinguir las causas de nuestros miedos

encontraríamos que algunas son reales y otras solo aparentes. No tememos a la muerte, sino al pensamiento de la muerte, debido a que siempre estamos a similar distancia de ella”.

En estos días en que el miedo se apodera de todos y se implementan intensas medidas de distanciamiento social, hemos recurrido a herramientas tecnológicas para comunicarnos y remedar contactos reales con contactos virtuales. Una de ellas es la hoy popular aplicación Zoom. La ironía que esconde su nombre es llamativa. Zoom significa acercar y amplificar. ¿No será acaso que fruto de nuestros miedos hoy le estemos haciendo zoom a la muerte, zoom a la pandemia? No pretendo minimizar la pandemia y sus peligros, sino alertar sobre la necesidad de un actuar racional para enfrentar y superar la misma. Ya lo decía Séneca: “si hay que temer a la muerte hay que temerla siempre; pues, ¿qué momento de nuestra vida está realmente sustraído a ella?”.

La democracia y la margarita

18 de mayo de 2020

La pasada semana, a medida que las autoridades de salud anunciaban un importante incremento en el número de contagios y fallecidos que obligaba a decretar la cuarentena completa de la Región Metropolitana, surgieron como un coro ominosas voces criticando el manejo de la pandemia y poniendo en duda las cifras y estadísticas oficiales. Incluso en un deliberado exceso retórico destinado a socavar el trabajo de las autoridades, la inexperta doctora pero hábil política que preside el Colegio Médico se encargó de decir que “a mí no me sirve que el Ministro de Salud cambie el tono, yo necesito (...) que haya un cambio en la forma de gobernar esta pandemia”.

Esa frase en desenfadada primera persona reveló lo que se esconde detrás de la acción de diversos grupos y personajes que desde octubre del año pasado intentan debilitar nuestra democracia. Hay un intento por sembrar la desconfianza y la crítica para erigir obstáculos en lugar de alimentar el pensamiento y el genuino debate público. Valiéndose de la contingencia y de la cada vez más incestuosa relación entre algunos periodistas, académicos y verdaderos profesionales de la crítica en redes sociales, hay quienes atisban que en esta “microfísica del poder”, como denominó Foucault a la diseminación del mismo en las sociedades democráticas, es posible de facto gobernar y no respetar la decisión ciudadana en las urnas. Ello explica por ejemplo el constante esfuerzo por ralentizar o incluso bloquear los proyectos de ley que buscan otorgar beneficios o implementar medidas urgentes en ayuda de los más necesitados. Quienes acusan mezquindad política se quedan cortos. Lo que hay es el genuino propósito de impedir la gobernanza del país por quien fue electo para ello.

Lo anterior me hizo recordar un antiguo anuncio televisivo del entonces candidato a la Presidencia de los EE.UU. Lyndon B. Johnson, en el cual una niña

aparecía contando uno a uno los pétalos de una margarita, pero, cuando llegaba a diez, aparecía una áspera voz en off masculina contando en sentido inverso de diez a cero, como en el lanzamiento de un cohete. Al llegar a cero, la pantalla se iluminaba con una explosión nuclear y el candidato decía: “esto es lo que está en juego. Construir un mundo donde todos los niños puedan vivir, o dirigirse hacia la oscuridad”.

A medida que la crisis se prolonga y los efectos se hacen más duros, aparecen aquellos que con entusiasmo ven en la oscuridad que acecha a nuestro país una oportunidad política. Son voces que con escaso pudor parecen profundamente querer un gran tropiezo por parte del Ministerio de Salud y su estrategia para enfrentar la pandemia. Creen que el aumento en el número de contagios y muertos, así como el incremento de la pobreza y cesantía, puede pavimentar su camino político, aun a expensas de no tener un país donde los niños puedan vivir.

Gulag

1 de junio de 2020

Hacia el final de su vida, Jean Paul Sartre dejó atónito a un entrevistador al reconocer que conocía la existencia de los Gulag, aquellos horrorosos campos de trabajo forzado implementados en la Unión Soviética como parte de los mecanismos de represión impuestos por el modelo comunista. ¿Por qué no había dicho nada?, le preguntó, y Sartre respondió: “Para no desmoralizar a la clase obrera francesa”.

Recordé esta historia a la luz de las reacciones que generaron las palabras del ministro de Salud, Jaime Mañalich, respecto de las condiciones de hacinamiento y miseria imperantes en algunas zonas de la Región Metropolitana. En un contexto en que para algunos todo lo que diga o haga el referido ministro o el propio gobierno es per se descalificable y objeto de cuestionamientos, no pude sino pensar que los mismos que ahora lo criticaban eran quienes en marzo instaban por una cuarentena completa en toda la Región Metropolitana. Era una vuelta de carnero surrealista, pero que en Chile ya parece habitual. Nuestra memoria es frágil y el rigor de la disputa política no se aviene con la sinceridad. Por lo mismo, las palabras de Mañalich resonaron más fuertes.

Si bien el antagonismo, esa tendencia del hombre a satisfacer sus intereses en competencia con los intereses de los demás (Kant), puede ser beneficioso, ello requiere un mínimo de buena fe, buena fe que escasea cuando se trata de juzgar las palabras y actuaciones del ministro de Salud. Cualquier observador honesto advierte que las críticas al adversario por el solo carácter de tal, recurriendo al miedo que provoca la pandemia, son expresión nítida de un ideal totalitario que prefiere la polarización extrema en lugar del mero antagonismo democrático. La estrategia es obvia. Se apela a la muerte, miseria y enfermedad como pulsiones reprimidas para alimentar la angustia ciudadana. A la incertidumbre de un virus desconocido se le inocular la desconfianza en las autoridades, como parte de un

perverso juego en que poco importa la ciudadanía.

En efecto, quienes ahora ironizan con los dichos de Mañalich, hace tan solo unos meses desconocían o poco les importaba la realidad socioeconómica de aquellos que deberían soportar la cuarentena total que pregonaban. En contraste, el ministro, conocedor de esa realidad, una y otra vez previno sobre las dificultades de tal medida medieval y solicitó prudencia a sus promotores. Resulta así evidente que estos, deliberadamente, preferían ignorar la realidad social del mismo modo que Sartre prefería silenciar la existencia de los Gulag comunistas. Sin embargo, a diferencia del gran filósofo existencialista, el silencio no era para preservar la moral de la ciudadanía, sino que para intentar obtener un mezquino rédito político con el daño social que la medida causaría.

Suicidio

15 de junio de 2020

Albert Camus, en “El Mito de Sísifo”, afirma que “no hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio”. El filósofo del absurdo se pregunta si la vida vale la pena ser vivida en circunstancias que llevamos vidas rutinarias y aburridas. Con todo, Camus es un vitalista. Que la vida sea absurda no significa que debamos rendirnos ante ella.

Apelo a esta pregunta con un alcance mayor. Las democracias no solo fracasan o mueren, como escriben algunos autores; las democracias también se suicidan y Chile puede ser un ejemplo. De otro modo no se entiende la pulsión autodestructiva que nos enfrenta como chilenos. ¿En qué momento se instaló el voluntarismo desenfrenado, según el cual el Estado puede hacerse cargo de todo y de todos? Es cierto que varias generaciones no conocieron la pobreza y miseria de un Chile ochentero ni nuestros reiterados fracasos futbolísticos. Nacieron y vivieron en un país sin programas de empleo de emergencia -PEM y POJH- y junto a la generación dorada de Alexis y Vidal, que nos dio inéditos triunfos deportivos. Conocieron a Bielsa pero no a Luis Santibáñez del mismo modo que conocieron a Chile integrando el club de la OCDE en lugar de un precario lugar en el mundo. Nuestro provincianismo se transformó en triunfalismo al extremo que quienes critican al Presidente con el anglicismo de winner son, a su turno, también unos winners. ¿No es acaso ello lo que pasa con tantos parlamentarios del FA y PC que, sin jamás haber trabajado en el mundo público o privado en forma responsable, dieron el salto de dirigentes estudiantiles a diputados, en muchos casos con una mínima votación popular? ¿No es acaso lo mismo que ha pasado con rostros televisivos y periodistas que con una autoafirmada superioridad moral predicán desde púlpitos comunicacionales sus verdades únicas?

Así, en medio de una pandemia para la cual no existen respuestas, fracasamos

porque queremos leer todo en clave de fracaso. Claro. No somos Nueva Zelanda ni Australia, pero en el fondo de nuestro corazón creemos serlo. Por lo mismo, si bien se conocían las debilidades de un sistema de salud más cercano al tercer mundo que a países OCDE y veíamos el enorme esfuerzo para mitigar sus carencias, en el fuero interior muchos anhelaban señales que sirvieran para denunciar el fracaso.

En esto el contrapunto con Argentina ilustra. Allá, los muertos son del virus y los vivos del gobierno. Mientras en Chile nos deshacemos en explicaciones metodológicas y hacemos inventario diario de muertos y contagiados, los argentinos prefieren ver el vaso medio lleno al que los invita su gobierno. Si están vivos es porque las medidas han sido efectivas. Se miden por la cantidad de vidas salvadas, una cifra negra inescrutable, y no por las vidas perdidas. Chile, en su nihilismo contemporáneo, opta por el abismo del suicidio.

29 de junio de 2020

Si bien el hambre, la peste y las guerras son recurrentes en la historia, creíamos haberlas superado. Al decir de Yuval Harari, había “buenas razones para pensar que en la carrera armamentística entre los médicos y los gérmenes”, los médicos corrían más rápido. En el fondo, el ser humano era capaz de controlar todo. En nuestro caso, la “fértil provincia” de Chile nos permitía crecer en una tierra generosa y en un país que aspiraba al desarrollo.

La inesperada aparición del coronavirus trastocó nuestros planes. Nos enseñó nuestra fragilidad. La experiencia existencial, sustituida por la ciencia y la tecnología que nos ofrecían un confortable terreno seguro, cedía ante nuestros pies. Súbitamente chocamos con la realidad. En duras palabras de Emil Cioran, la educación y la cobardía nos habituaron a ver solo lo que queríamos ser, y no lo que éramos.

Sin embargo, el embate del virus ha sido insuficiente. No aprendimos la lección. Ahora todas las esperanzas están depositadas en la aparición de una vacuna. Es decir, la epidemia es solo un tropiezo en la infinita capacidad humana de moldear el mundo a su antojo. Nuevamente olvidamos la humildad y se apodera de nosotros la arrogancia y la soberbia. Nos aferramos a la medieval cuarentena pues creemos que el confinamiento será limitado en el tiempo. Esperamos la cura a la peste, la mágica vacuna proveniente de Oxford, Israel o China. Pero, ¿y si la vacuna no llega o no llega con la prontitud que anhelamos?

Debemos pensar en un futuro “con pandemia” y no “pospandemia”. La experiencia de países que creían haber controlado el virus y que ahora retroceden ante nuevos brotes nos alerta a pensar en un 2021 con pandemia. ¿Insistiremos en el teletrabajo y estudio a distancia? ¿Qué haremos con la salud de tantos, postergada por priorizar la pandemia? ¿Aplicaremos modelos de retorno laboral

parcial y escalonado con jornadas de cuatro días hábiles y 10 de cuarentena, como proponen los científicos Uri Alon y Ron Milo en el Instituto Weizmann de Israel? ¿Tendremos una democracia virtual? ¿Asumiremos un 2021 sin actividades masivas, sin público en el fútbol, sin recitales, maratones ni festivales en vivo?

Las preguntas son muchas y las respuestas difíciles. Como en el poema 20 de Neruda, “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”. Quizás los entusiastas del dataísmo, tan apegados al ritual de contar muertos y contagios y aplicar curvas y big data para constatar la gravedad de la epidemia, podrían destinar su esfuerzo en pensar un mañana con pandemia. Es hora que nuestra política e intelectuales se hagan cargo de la realidad sin la arrogancia de quien conoce o cree conocer los datos, sino con la fortaleza de quien sabe que no los conoce, que no conoce el camino y por cierto no conoce el futuro, y con la entereza de aquel que quiere pensar en ese futuro.

Sonámbulos

24 de agosto de 2020

Sin casi advertirlo, tras meses bajo el rigor de las medidas sanitarias de la pandemia, el país entró bruscamente en modo electoral. El postergado plebiscito constitucional está a la vuelta de la esquina, y ahora poco importa si las condiciones sanitarias avalan esta aventura política. Un proceso electoral forjado en una ola de violencia por cierto resiste una ola viral.

Por lo demás, los meses transcurridos desde el inicio de la pandemia en Chile han sido surrealistas. Este inédito ejercicio de parar el mundo, guiado por quienes el filósofo francés Bernard-Henri Lévy certeramente denomina “rentistas de la muerte”, ha tenido un efecto devastador en la ya deteriorada salud política de nuestro país.

En momentos en que predecíamos un incierto marzo como secuela de los hechos de octubre, debimos hacer frente a la crisis sanitaria asociada al Covid-19 dejando atrás las diferencias del año anterior, para trasladar la disputa al frente sanitario. Surgieron así nuevos rostros y voceros que de la mano de la epidemia acapararon el espacio público y nos arrastraron como sonámbulos en las primeras horas de la noche. Con ello confirmaron la irónica frase del padre de la anatomía patológica, el médico alemán Rudolf Virchow de finales del siglo XIX, “una epidemia es un fenómeno social que conlleva algunos aspectos médicos”.

Así, los paladines del temprano confinamiento, alentados por alcaldes y matinales de televisión, se impusieron en verdaderas asambleas de sabios autodesignadas, y absortos en sus casos, modelos matemáticos, diagnósticos de todo tipo, se erigieron en agoreros de catástrofes. El efecto de aquello en nuestro estado de vigilia nacional profundizó nuestra confusión y dormición.

Sabido es que el sonámbulo parece despierto y camina con los ojos abiertos, pero no se contacta con nadie ni recuerda nada al día siguiente. Por lo mismo

quedaron en el olvido la violencia del último trimestre del año anterior y las apremiantes negociaciones que dieron lugar la noche del 15 de noviembre de 2019 al acuerdo “por la paz social y la nueva Constitución”.

No obstante, las profecías no se cumplieron y el sistema de salud chileno resistió el embate del desconocido virus. La capacidad hospitalaria y la masividad de testeos con que Chile abordó tempranamente la pandemia probaron su eficacia. No fue necesario entrar en la etapa glacial o de hibernación que algunos pregonaron. El colapso sanitario que algunos ansiosamente esperaban nunca ocurrió. Y el sonámbulo despertó.

La creencia popular indica que cuando se despierta a un sonámbulo, este puede volverse loco o morir. En palabras de Hermann Broch (“Los Sonámbulos”), “este mundo ha convertido su precipitación en actividad aparente del hombre para arrastrarlo hacia la nada”. Quizás hay algo de ello en el plebiscito que se aproxima.

¿Inmunidad de rebaño o mentalidad de rebaño?

19 de octubre de 2020

Tuve el privilegio de representar en la Cámara de Diputados al ex ministro de Salud Jaime Mañalich, ocasión en que tras horas de debate se rechazó la injusta acusación constitucional en su contra. Se cuestionaba la estrategia seguida para enfrentar la pandemia, y se buscaba culpar al exministro por los efectos de la propagación de un virus hasta hoy desconocido.

La disputa política parece no tener límites y algunos no trepidan en usar el dolor de miles de familias en Chile. De ahí las palabras de Zizek, ¿dónde acaban los datos y empieza la ideología?

Por ello no extraña que la crisis sanitaria sea parte de la contienda política, y la contienda política sea parte de la controversia judicial. Hay un claro afán por erosionar la confianza en la autoridad y generar desconfianza frente a los datos que esta recaba y reporta.

Como consecuencia de ello, han aparecido neófitos epidemiólogos con el indisimulado propósito de imponer su propia mirada. Son los mismos que exigían en marzo cuarentenas precipitadas y que ahora reclaman sistemas de trazabilidad para evitar contagios, pese a que simultáneamente respaldan masivas protestas en Plaza Baquedano, ignorando convenientemente el riesgo de rebrote del virus.

Son los mismos que juegan con el lenguaje, entendiendo que este construye realidades. Por eso denuncian la supuesta implementación de lo que en epidemiología se llama inmunidad de rebaño, estrategia seguida en países como Suecia. Lo que debiera ser un debate científico, en Chile se reduce a su peyorativa connotación lingüística. Se pretende con esas palabras atribuir un propósito doloso a la estrategia sanitaria, asociándolas a conducir resignadamente al matadero a nuestros conciudadanos. Ello no solo es falso, sino

que derechamente hay vileza y mala intención en tal imputación.

En Chile, nadie ha buscado deliberadamente alcanzar esta inmunidad de rebaño, pero parece que algunos identificaron la existencia de nuestra “mentalidad de rebaño”, aquella que nos lleva, por ejemplo, resignadamente a realizar un plebiscito ignorando sus riesgos sanitarios. Es la mentalidad de rebaño la que opera cuando con docilidad no enfrentamos a quienes quieren imponer con violencia sus ideas. Es la mentalidad de rebaño la que tolera y no cuestiona que algunos políticos inescrupulosos instrumentalicen la persecución penal, atribuyendo falsamente responsabilidad a autoridades por las consecuencias de un evento de la naturaleza.

Con acierto, Marta Nussbaum escribe en “La monarquía del miedo” que “muchas veces también atribuimos una culpa a pesar de que no haya ninguna culpa que repartir. El mundo está lleno de accidentes y casualidades. Pensar que todo hecho malo es culpa de alguien es algo que satisface nuestro ego y que, en cierto sentido profundo, nos resulta reconfortante (...). Hace que sintamos capacidad de control en vez de impotencia”.

Cepa chilena

28 de diciembre de 2020

En el poema “El camino no transitado”, el poeta norteamericano Robert Frost describe en forma magistral la angustia que a todos nos acompaña ante las opciones y posibilidades que nos ofrece la vida. Todo camino cuando se bifurca nos ofrece una elección, y cualquiera sea la que uno escoja, siempre nos acompañará la sensación que, de haber optado por otro camino, el desenlace podría haber sido diferente.

Es lo que probablemente muchos sentimos durante este año 2020 y que se prolongará en el nuevo 2021. No solo Chile se vio forzado a elegir un itinerario constitucional pensando en una nueva forma de recomponer nuestro dañado tejido social, sino que debió, al igual que el resto del mundo, enfrentar una desconocida pandemia sin que la ciencia ofreciera certezas en la forma de hacerlo. La incertidumbre se apoderó de una sociedad en que la erosionada confianza ciudadana alimentada por mezquinos cálculos políticos, ya causaba serios problemas de gobernanza.

De ahí que a la hora de los balances se deba rescatar el acierto con el cual Chile se preparó para hacer frente a un virus que ha causado estragos en todo el mundo, al punto que nunca enfrentamos el dilema ético de la última cama. El sistema de salud resistió dejando en evidencia el morboso deseo de quienes esperaban verlo fracasar. Otro acierto ha sido el arribo de las ansiadas vacunas. Ello evidencia la eficaz tarea de quienes se encargaron de procurarlas y asegurar que Chile esté entre los primeros países en el mundo que han comenzado a utilizarlas. Este silencioso y eficiente esfuerzo choca una vez más con las estridentes voces de quienes apostaban al fracaso y que cuestionan incluso nuestra capacidad de manejar la cadena de frío que las vacunas requieren.

Con todo, estos aciertos han revelado también que en Chile se incubó una cepa

propia del virus. La mutación de la cepa chilena ha sido muy especial y flexible. Hemos comprobado que ella no es contagiosa en eventos electorales, pero sí en caso de traslados interregionales o a segundas viviendas. Es una cepa que no se propaga en Plaza Italia ni el centro de Santiago durante las jornadas de protestas, pero es altamente riesgosa en reuniones familiares de fin de año. Es una cepa que permite ir masivamente a los malls, pero impide normalizar la actividad escolar y universitaria. Digámoslo claro, es una cepa en que el resentimiento se esconde detrás de la supuesta ciencia y revela que el progresismo es hoy en día sinónimo de totalitarismo.

En palabras de Frost, “Dos caminos se bifurcaban en un bosque y yo/ Yo tomé el menos transitado/ Y eso hizo toda la diferencia”. Los aciertos en el manejo de la pandemia han hecho la diferencia y desenmascarado a quienes amargamente desean ver a nuestros hospitales colapsados y a las vacunas tardías o inermes frente al virus.

Las veinticuatro perdices

8 de febrero de 2021

Milan Kundera, en “La fiesta de la insignificancia”, relata una historia que Stalin solía contar a sus colaboradores. Según ésta, Stalin salió de cacería y tras caminar kilómetros encontró veinticuatro perdices posadas en un árbol. Stalin solo llevaba doce cartuchos, por lo que disparó y mató a doce perdices, dio media vuelta y regresó a buscar cartuchos adicionales. Recorrió nuevamente el camino y mató a las restantes perdices que permanecían en el árbol. Pese a la evidente mentira, todos callaban ante Stalin.

Algunos sucesos de esta semana me hicieron recordar la historia. En momentos en que Chile inició una notable campaña de vacunación contra el coronavirus, de inmediato surgieron intentos para opacarla. Así, algunos acudieron a la mentira repetida una y mil veces para eclipsar la alegría y optimismo producto de la exitosa vacunación. Un alcalde promocionó un supuesto elixir ruso para el Covid, abusando de la credulidad del público y desatendiendo la ciencia. Otros vieron en la trágica muerte de un joven en Panguipulli la oportunidad para opacar la epopeya y rearticular el odio y fuego delictual de octubre de 2019.

Para estos antivacunas todo es válido. El estado de derecho es solo una quimera que invocan con hipocresía cuando les conviene. El caso de Panguipulli es paradigmático. Allí donde solo fiscales y jueces deberán resolver si concurre legítima defensa, mendazmente proclaman la existencia de un asesinato a sangre fría. Es una mirada falaz de los hechos y funcional a los intereses políticos de quienes nada dijeron cuando asesinaron con armas de guerra al cabo Nain en La Araucanía. El agresor muta sin más en víctima, y el agredido en ofensor. Es un modus operandi reiterado y conocido para que tribunales y fiscales acomoden su relato. Se llega al extremo de pretender que la legítima defensa no concurre por la desproporción del uso de un arma de fuego frente al intento de agresión a un Carabinero con dos sables o machetes. Ello, en circunstancias que nuestro

Código Penal solo exige la necesidad racional del medio defensivo, lo que no supone proporcionalidad matemática sino, como su propia redacción sugiere, “razonabilidad” atendidas las particularidades del caso concreto.

La justicia queda así entregada a la turba y los actores políticos deseosos de acceder a su aprobación, rápidamente la respaldan con desenfado, sin esperar la investigación. El “fascismo progresista” que corroe nuestra sociedad quiere silenciar cualquier voz disonante, apropiándose de la verdad con la superioridad moral que cree detentar. Se envuelve en ropajes como la decencia, la sensibilidad y la legítima indignación, para descalificar a quien piensa diferente. No le interesa el orden público, tolera el narcoterrorismo, y le es intrascendente la falta de Estado. Lamentablemente, para este tipo de fascismo no hay vacuna.

Chispeza

22 de febrero de 2021

La última semana quedó retratada en una sola y elocuente imagen, la del presidente del Colegio de Profesores vacunándose presuroso a los 55 años de edad, mientras en forma casi simultánea declaraba que los profesores no retomarían las clases presenciales “con o sin vacuna”.

Dicho momento condensó varios de los males que aquejan a nuestro país y que sistemáticamente nos negamos a admitir, e hizo recordar aquella expresión de un futbolista chileno -Gary Medel- que apelaba a la “chispeza” criolla. ¿Cómo si no entender que por un lado el representante gremial del profesorado se niegue a avanzar en fórmulas que permitan a los estudiantes gravemente afectados en su proceso de formación, recuperar el tiempo perdido y retomar el ciclo educativo, y, a la vez, amparado en el privilegio de su aparente rol docente que se niega a ejercer, sea inoculado cuando por su edad ello era improcedente? Ciertamente, él es solo uno de muchos chilenos que se saltaron la fila y que ante la ocasión de acceder a la vacuna priorizaron su situación personal en lugar de respetar el orden definido por la autoridad sanitaria. De hecho, lo mismo ocurrió con un joven senador del FA de 42 años que goza de muy buena salud, pero escasa presencia legislativa.

Es verdad que nuestra “chispeza” no se compara con el “Vacunagate” peruano ni el “Vacunatorio VIP” del destituido ministro de Salud de Argentina, pero revela toda la miseria que hay en nuestra alma nacional. Son los mismos que adelantan por la berma en carretera, eluden pagos del transporte público o justifican saltarse torniquetes como si se tratara de una ingeniosa metáfora literaria. Son quienes invocando superioridad moral repudian privilegios, pero no dudan en usarlos.

El ejemplar proceso de vacunación no se verá empañado por estos casos

excepcionales, pero servirá para desenmascarar nuevamente la hipocresía nacional de la cual algunos hacen gala. Si bien en palabras de la escritora Janet Malcolm, “la hipocresía es el lubricante que permite que la sociedad siga funcionando en forma agradable”, en el caso de Chile es esta hipocresía la que tensiona a nuestra sociedad. Hablamos de corrupción cuando se trata de grandes empresarios, pero ignoramos aquella que es masiva, pícara, como una especie de robo hormiga. Obviamos esa trampa sutil, esa vacunación inoportuna, que posee un grave efecto acumulativo y da cuenta del deterioro valórico del país. Ese mismo doble estándar que explica la pasividad del Ministerio Público ante los miles de funcionarios públicos que defraudaron al Estado accediendo al subsidio de clase media, y que contrasta con su celo para perseguir infracciones sanitarias generalmente menores. Vemos la paja en el ojo ajeno, ojalá en la de aquel que proclamamos poderoso, pero no en el ojo propio o de quien creemos débil. La trampa, el pequeño ardid, la vacuna mal aplicada, la obtención ilegal de recursos públicos, no es nada en una sociedad en que la anomia parece imponerse y celebrarse la “chispeza”.

El corazón de las tinieblas

22 de marzo de 2021

El escritor inglés de ascendencia polaca Joseph Conrad, en su obra “El corazón de las tinieblas”, bajo la forma de una alegoría moral retrata la degradación del ser humano y explora donde anida su vocación de irracionalidad destructiva. Así, la compañía que explota con voracidad la selva africana encarna una barbarie explícita, cínica, que reprime y esclaviza a sus habitantes (caníbales) sin el menor escrúpulo. La locura es un estado de ánimo que se apodera de quienes creen detentar la superioridad moral y civilizadora.

Cómo no recordar esta obra en los tiempos de exaltación que vive nuestro país, y que ni siquiera la grave pandemia que ha azotado al mundo logra aminorar. La vocación destructiva se apoderó no solo de quienes semanalmente, en una especie de ritual, usan la violencia en el corazón de nuestra capital, sino también de muchos que ejercen posiciones de liderazgo y que debieran contribuir a contener y ordenar el cauce político y social por el que Chile navegará en los próximos meses y años.

En este último sentido, el rol del Colegio Médico y en especial de su presidenta es significativo y por lo mismo sus recientes palabras en un podcast agrediendo al gobierno, al ministro de Salud, y en general a quienes no comparten su visión política resultan tan vulgares como esclarecedoras. Por cierto, ellas restan toda legitimidad a sus intervenciones y críticas en el ámbito del manejo de la pandemia.

Izkia Siches se sacó la mascarilla. Nos mostró su verdadero rostro. Aquel que muchos advertían ya desde el inicio de la pandemia pero que ahora exhibió con una franqueza que linda en el desparpajo. La captura política del Colegio Médico y por lo mismo el uso de éste como trampolín político y también como arma para dañar la estrategia sanitaria del gobierno es evidente. Es la misma

Izkia Siches que hace solo un año se oponía públicamente a la recomendación del entonces ministro de Salud de usar mascarillas para prevenir contagios, grave error por el que hasta el día de hoy no se disculpa. Es la misma que ha sido vocera o prestado cobertura a los agoreros de la catástrofe pandémica y a advenedizos epidemiólogos de redes sociales.

En palabras de Judith Shklar, “mientras cada parte trata de destruir la credibilidad del rival, la política se convierte en una fábrica de simulación y desenmascaramiento”. Eso es lo que ha ocurrido con Siches. Sin el menor escrúpulo desde que hizo su aparición en marzo del 2020, busca desacreditar a adversarios políticos, asumiendo una supuesta superioridad moral y autoproclamada capacidad de gestión. No basta el delantal blanco ni el título de médico para excusar su irresponsabilidad política. Su corazón sigue en medio de las tinieblas de su pasado en las Juventudes Comunistas, siendo ella parte activa de la barbarie totalitaria, supuestamente civilizatoria, que algunos anhelan para Chile.

El hechizo totalitario

19 de abril de 2021

El escritor Kurt Vonnegut en su cuento “Harrison Bergeron” satiriza con una sociedad donde la mediocridad y la servidumbre de las personas son la norma. “Corría el año 2081, y por fin todos eran iguales. No solo eran iguales ante Dios y la ley: lo eran en todo sentido. Nadie era más elegante, ni de mejor aspecto, ni más vigoroso o más listo que los otros. Tal igualdad se debía a las Enmiendas 211, 212 y 213 de la Constitución...”. Para lograrlo, la autoridad colocaba “impedimentos” a quienes pudieran sobresalir. Los más fuertes debían soportar pesos en sus espaldas; quienes destacaran por su belleza, usar máscaras; aquellos con mayor inteligencia, portar un auricular con zumbidos que les impidieran pensar.

El cuento de ciencia ficción retrata de manera casi perfecta el retroceso en nuestras libertades. Comenzó de manera incipiente bajo la bandera de la igualdad, pero se precipitó con la excusa de la pandemia. Así, invocando la salud pública, hemos avanzado adormecidos hacia la sociedad distópica que Vonnegut imaginaba. Es impresionante el catálogo de reglas sanitarias que empoderan a una burocracia variopinta para definir hasta el menor detalle de nuestras vidas. No se trata solo de la imposición de cuarentenas que escasamente se respetan (la reducción de movilidad vial es casi equivalente a imponer una restricción vehicular de dos dígitos), sino de definir qué productos comprar, cuánto tiempo asistir a un funeral, o cuántas personas pueden participar de una ceremonia religiosa.

Se impone un cierre de fronteras que no solo limita el ingreso al país, sino que inconstitucionalmente también prohíbe nuestra salida. Se trata de un “impedimento” más que da cuenta de la circulación viral de un amargo resentimiento: ¿por qué unos pocos pueden dejar el país cuando el resto permanece sufriendo? Otro ejemplo es la franja deportiva “Elige vivir sano”.

Ante esa pequeña brisa de libertad muchas personas salen a la calle. Se aglomeran ciclistas que se trasladan por todo Santiago, y junto a corredores y transeúntes repletan los parques. ¿No estamos capacitados como en otros países para decidir a qué hora hacer deportes? ¿Es necesario que un funcionario nos fije la hora?

En paralelo se emplean funas y bullying social para acallar el disenso e imponer una igualdad discursiva y lingüística. La policía del pensamiento se expresa incluso en la propia prensa, donde algunos quieren detentar la supremacía moral y uniformar el debate.

Finalmente, se usa el Código Penal para perseguir los quebrantamientos a las restricciones sanitarias, lo que ha hecho del delito una mera infracción de deberes para amparar estos caprichos irracionales. Peor aún, la Contraloría ha dictaminado que el personal de las seremis de Salud puede ingresar a recintos privados sin autorización ni orden judicial. Resulta difícil empatizar con este desenfreno totalitario que pone en riesgo nuestra libertad.

Libertad en tiempos de cólera

9 de agosto de 2021

El escritor Gabriel García Márquez siempre exhibió cierta fascinación por las plagas. De allí que en un aniversario de su fallecimiento su hijo comentara que para él las epidemias eran un recordatorio de nuestro destino personal. “A pesar de las precauciones, la atención médica, la edad o la riqueza, cualquiera puede sacar el número perdedor”.

Ahora que la pandemia nos ofrece un pequeño respiro -la positividad total en Chile no supera el 2%- es hora de reflexionar sin perder de vista que esta es una maratón y no una carrera corta. Ello, porque tras periodos de alivio, el virus reaparece y embiste nuevamente. Creer que superamos la pandemia sería cerrar los ojos a la realidad, del mismo modo que lo sería no reconocer que Chile avanzó notablemente en su control.

Sin embargo, no todos son capaces de aceptar esto último. Se resisten a conceder que el virus nos acompañará por un tiempo y tendremos que aprender a vivir con él. Se trata de neófitos epidemiólogos y activistas que buscaron siempre cuestionar las estrategias gubernamentales apelando al lenguaje -“hibernación”, “corto circuito”, etc.- para construir realidades paralelas y propiciar lo que el sicólogo Daniel Goleman denominó “pandemia del miedo”.

Pero ya no caben dudas. Chile ha sido exitoso al enfrentar la pandemia tanto en el primer año, habilitando la infraestructura requerida ante una amenaza desconocida, como, en este segundo año, ejecutando una campaña de vacunación única en el mundo, con más del 80% de la población objetivo inoculada. Es más, Chile, siguiendo el ejemplo de Israel, implementará una dosis de refuerzo.

Lo alcanzado es una gesta mayor. Por lo mismo, es hora de contrastar los resultados con las apocalípticas proyecciones fracasadas. Es el momento de

confrontar la eficacia de medidas como la vacunación masiva de la población con la ineficiencia de las restricciones de libertad que con entusiasmo algunos impulsaban.

Días atrás, el profesor de Stanford y Premio Nobel Michael Levitt advirtió algo que es cada vez más evidente: cuarentenas y confinamientos no se correlacionan con la disminución de casos. El ejemplo del Reino Unido es revelador. Muchos temían que al levantarse las restricciones se registraría un inédito incremento de casos, en especial con la prevalencia de la variante Delta. Contrariamente, los casos comenzaron a disminuir. Más aún, si bien el número de casos este invierno superó al año anterior, la letalidad fue menos de 10% de aquel. En palabras sencillas, la evidencia no respalda que medidas extremas de restricción de libertad funcionen, pero sí avala que las vacunas funcionan. Los nuevos casos y variantes son principalmente una amenaza para las personas no vacunadas. No cabe duda entonces que el esfuerzo y acierto del gobierno de Chile deben ser reconocidos sin mezquindades.

Pandemia y fronteras

7 de febrero de 2022

Franz Kafka, en su obra “El Castillo”, recoge de manera excepcional la violencia propia de la burocracia. Así, retrata cómo se estructura la relación entre los habitantes de una aldea y su administración: una vida basada en jerarquías y funciones que lo impregnan todo. El poder burocrático convierte la existencia del protagonista K., en algo absurdo. Sin embargo, los habitantes de la aldea aceptan el sinsentido como algo propio de su sistema de gobernanza, al punto que incluso lo que puede considerarse errado es parte de su eficacia.

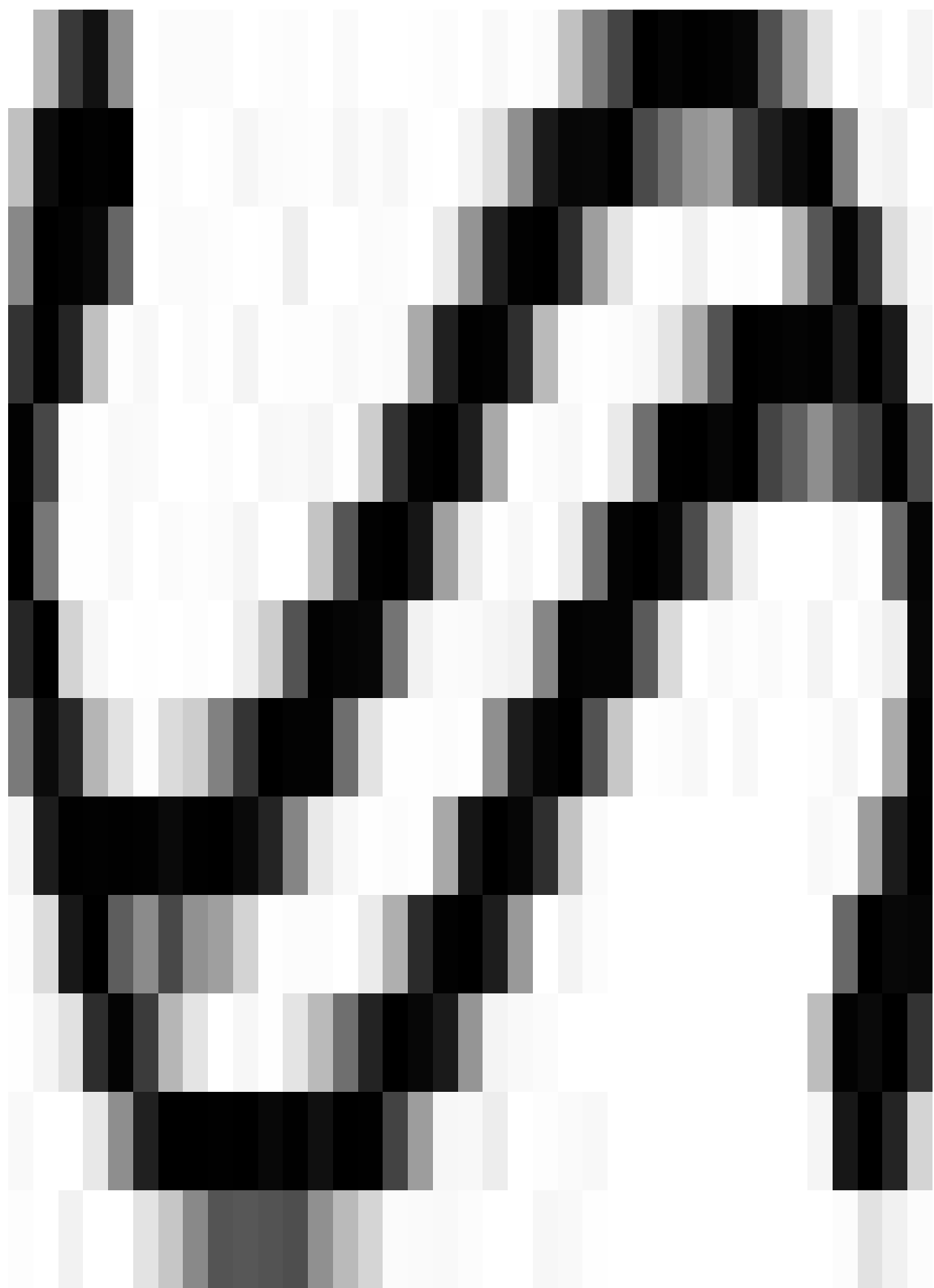
La bochornosa escena de futbolistas argentinos sometidos a un engorroso trámite de ingreso a Chile en Calama, y la larga fila de camiones bloqueando el Paso Libertadores que obligó al gobierno a disponer solo un testeo aleatorio en ese lugar, reveló una vez más la dimensión kafkiana de las reglas para el manejo de la pandemia y el daño que ellas hacen a la confianza ciudadana en las mismas.

Parece un capricho sin asidero científico el insistir en estas normas en medio de la masiva circulación comunitaria del virus y la evidencia internacional que tiende a flexibilizar -o incluso eliminar- las reglas en lugar de endurecerlas. Es una paradoja que en medio de una crisis migratoria desbordada el control de fronteras chileno en su ámbito sanitario no tenga casi parangón en el mundo. El celo en uno y otro caso difieren. Ni Europa ni EE.UU. ni el resto de los países latinoamericanos lo aplican. Se trata de una instancia burocrática carente de racionalidad que solo alimenta de trámites y funcionarios el ingreso a Chile y que amenaza con persistir en el tiempo del mismo modo en que hace décadas se implementó el estricto control del SAG por la presencia de la hoy erradicada mosca de la fruta. Pese a los años, el control fitosanitario subsiste y un verdadero cardumen de funcionarios se parapeta en una pantalla que escanea maletas. El exceso de personal es evidente.

En otras palabras, una medida que pudo tener justificación inicial hoy se mantiene por razones cotidianas, políticas y banales, sin que responda a una real necesidad sanitaria. El control de PCR al ingreso a Chile se transformó en una fuente laboral para muchas personas que a estas alturas podrían reforzar otras necesidades más urgentes, en lugar de desempeñarse como irascibles comisarios que disponen en forma casi arbitraria las facilidades de ingreso al país.

Se trata sin lugar a dudas de un caso de violencia burocrática que se ejerce sobre los ciudadanos. Si bien son medidas que integran un conjunto de estrategias en el marco de la legalidad, en apariencia eficaces por haber sido interiorizadas y toleradas por la ciudadanía con ocasión de la pandemia, ello no las legitima. En palabras de K., “no quiero ninguna gratificación del castillo, sino que se reconozcan mis derechos”.

El proceso constituyente



Incertidumbre y democracia

10 de febrero de 2020

Tradicionalmente febrero es un mes tranquilo, en el cual la pauta de los medios abusa del verano en una especie de paréntesis de cara al año que se avecina. Sin embargo, este es un febrero diferente. Hemos querido cerrar los ojos, ignorar deliberadamente la destrucción y delincuencia que capturó la convivencia nacional, y aparentar una inexistente normalidad. Sabemos que en marzo se inicia una nueva y decisiva etapa para el futuro de Chile. Claro está, el Chile que conocíamos hasta hace unos pocos meses nos fue arrebatado por medio de la violencia de unos y la indolencia de otros. En el Chile que viene, lo que imperará será la incertidumbre. Cualquier cálculo sobre el futuro es incierto.

La sociedad civil irrumpió en la escena contra lo que se percibe como un establishment arrogante y ajeno al interés general. Hay descontento por todas partes. No obstante, ello es propio de los tiempos y no propio de Chile. Lo único propio de Chile ha sido el nivel de violencia y la exaltación a la misma por parte de algunos actores políticos que, en lugar de encauzar nuestras diferencias, se esmeran en profundizarlas.

En este escenario, me permito compartir tres breves reflexiones y tareas para este año.

Primero, entender lo que pasa. Al decir de Groucho Marx, la política no puede consistir en hacer diagnósticos falsos y aplicar remedios equivocados. El plebiscito del próximo mes de abril -en la actual coyuntura- es definitivamente un remedio equivocado.

Segundo, recuperar la voluntad política. El actual estado de cosas no es inevitable. No se puede renunciar a gobernar, y ello es responsabilidad no solo del Poder Ejecutivo, sino también del Legislativo. Ello tiene costos que generalmente pagan los partidos políticos tradicionales que, conscientes de los

límites de la política, adoptan posiciones de mayor equilibrio. Por lo mismo, los ciudadanos debemos respaldar a quienes exhiben mesura y voluntad, dejando de lado nuestra paroxística tendencia a solo criticar.

Tercero, no ceder ante "lo popular". Hay quienes se apoderan de lo que aparece como popular, administrando la legitimidad política y excluyendo a quienes discrepan. Sin embargo, al decir del filósofo español Daniel Innerarity, "es un principio democrático fundamental que quien discrepa sigue formando parte de los nuestros y tiene los mismos derechos de hacer oír su voz que si formara parte de la mayoría".

En otras palabras, lo esencial que se juega este año es entender que tanto una nueva Constitución como una reforma a la actual son opciones válidas. Pretender un big bang constitucional excluyendo a parte de Chile implicaría entender que la discusión constitucional se dirime con planteamientos disyuntivos en lugar de articular y armonizar nuestra heterogeneidad democráticamente.

No pueden haber ganadores ni perdedores, pues en ambos casos tiene que haber lugar para todos.

La muerte del comendador

24 de febrero de 2020

Revuelo ocasionó la acción de quienes borraron murales pintados en Santiago tras el 18 de octubre pasado. En los graffitis o rayados se plasmaba una singular mirada al conflicto que envuelve a nuestro país desde entonces. A riesgo de ser impopular, uno no puede callar. Los mensajes expresados bajo esta forma gráfica contenían una única interpretación sociopolítica del momento por el que atraviesa Chile. Por lo mismo, reivindicar su permanencia en los muros de Santiago evidencia el sesgo totalitario de quienes en este tiempo han apoyado o tolerado la violencia que pone en riesgo a nuestra democracia.

Es claro que la disputa no se restringe a meras reivindicaciones sociales ni al marco constitucional que se debe concordar. Hay sectores que derechamente buscan imponer por la fuerza sus posiciones. Por lo mismo, cada grafiti o rayado no autorizado es una forma explícita de apropiación cultural e ideológica del espacio público por parte de quienes pretenden que el Estado renuncie a ejercer su autoridad en sectores en que ya de facto y por medio de la violencia se ha llevado adelante una suerte de apropiación territorial. Plaza Italia y la dañada estatua del general Baquedano son símbolo de ello. Reflejan un inexplicable repliegue del Estado. Pretender dotar de carácter épico o cultural al vandalismo y a los actos delictuales, y usar formas gráficas para incitar al odio entre los chilenos debe ser ampliamente repudiado por quienes creen en la democracia.

Con todo, este infundado reclamo revela una interesante ironía, la tácita reivindicación del derecho de propiedad, encubierto en una modalidad de propiedad intelectual del rayado o grafiti. Quienes desprecian la propiedad ajena en otros ámbitos, la valoran en la medida que resguarde sus propias posiciones o derechos. Los mismos que se apropian de muros como los del GAM para imponer sus consignas pretenden ejercer derechos de propiedad argumentando que se trataría de "arte urbano" de su creación.

Aún más curioso resulta constatar que quienes hoy reprueban las acciones de limpieza de la ciudad y el intento de restaurar la normalidad sean los mismos que antaño cuestionaban la suciedad, los rayados y la publicidad de las campañas políticas, o la supuesta contaminación visual atribuida a la publicidad en la vía pública. Son, por cierto, también los mismos que callan y no condenan cuando queman el museo Violeta Parra o la iglesia de Carabineros.

El escritor japonés Haruki Murakami en una ocasión afirmó que hay tres tipos de heridas emocionales: "las que cicatrizan rápido, las que demoran un largo tiempo en curarse, y las que no dejarán de dolerte hasta que mueras". Haciendo un símil, pareciera que en Chile la herida a lo menos demorará un largo tiempo en curarse. La grieta en la convivencia nacional es mayor que la que se quiere ver y estos episodios así lo reflejan.

Mensaje en la botella

4 de mayo de 2020

La arrogancia impide ver nuestras infinitas limitaciones. En el afán de querer controlar todo, intentamos predecir el futuro. Tiempo y futuro adoptan una perspectiva rotunda que impide dimensionar que lo que estamos viviendo y lo que entendemos por futuro no es sino un nanosegundo en el reloj de la evolución humana. Surgen así los análisis que le asignan a la pandemia el carácter de hito configurador para una prognosis ciega de un nuevo mundo que ha de venir.

En paralelo irrumpe el esfuerzo de quienes intentan retrotraer el tiempo y retomar el estado de ánimo social y político previo a la pandemia, como si esta nunca hubiera existido. Ello explica el intento de resucitar el debate del plebiscito constitucional y renovar las manifestaciones públicas, desafiando el riesgo sanitario.

Ambos escenarios, interrogarse sobre el incierto futuro y pretender soslayar la crisis sanitaria y sus consecuencias socioeconómicas, revelan una lectura lineal y simétrica de la historia. Solo así es posible creer que nuestras principales amenazas son anticipables o que ellas se pueden abordar suprimiendo una parte de la historia.

No obstante, parafraseando a Adorno, las crisis son una buena ocasión para colocar “un mensaje en una botella”, evitando que otros se hundan por las mismas causas. Chile ha coqueteado desde octubre pasado con un monumental naufragio, por lo que es oportuno pensar en colocar nuestro propio mensaje en la botella. En él se debe rescatar el valor de la democracia y reconocer que nuestro sistema político no estaba siendo capaz de gestionar la creciente complejidad de la sociedad. Debe decir que ante los embates totalitarios, la ciudadanía y parte de la clase política permaneció indiferente o derechamente impotente. Contar cómo la polarización obstruyó el proceso democrático y predominó la ignorancia.

Advertir que se toleró el uso del sistema de persecución penal para avanzar visiones políticas y que el sesgo ideológico fue la regla, y la imparcialidad, la excepción. Finalmente el mensaje debe contener en mayúsculas las palabras del filósofo Daniel Innerarity: “No hay democracia sin momentos constituyentes, pero la democracia no es una sucesión de big bangs constituyentes [...]” y “la democracia se degrada cuando se absolutiza el momento plebiscitario o la lógica del click”.

Quienes encuentren la botella harán bien en tomar en serio su mensaje. Es responsable replantear la necesidad del plebiscito “de entrada” para abordar un proceso de reflexión y eventual revisión constitucional eficiente, toda vez que cualquier futuro texto constitucional requerirá de un plebiscito ratificatorio o de salida. La realidad exige actuar con solidaridad y unidad. Atizar el fuego de las diferencias, construyendo identidades a partir del enfrentamiento, solo erosiona el proyecto colectivo y puede transformar a Chile en un Estado fallido.

El mundo de ayer

13 de julio de 2020

Stefan Zweig, en su conmovedor libro “El mundo de ayer”, narra el derrumbe del siglo XX. Su testimonio de la “más terrible derrota de la razón y del más enfervorizado triunfo de la brutalidad (...)”, ilumina en tiempos de oscuridad, en los que el retraimiento de la política y del ámbito de lo público causa estragos en la institucionalidad democrática.

Los desvaríos del ayer se perciben en el Chile de hoy. La reforma sobre retiro de fondos previsionales refleja la magnitud de una crisis institucional cuyos síntomas hemos ignorado. Se insiste en dismantelar un modelo exitoso sin proponer uno alternativo que lo supere. De tanto dar vueltas en círculo sin reflexionar, hoy las fuerzas centrífugas de la destrucción prevalecen por encima de aquellas que cimientan una nación.

Este episodio revela una significativa derrota cultural. La pérdida de convicciones es más profunda que una mera votación. Es evidente la poca densidad cultural e intelectual que hoy inspira a los diversos proyectos políticos. De allí que sea fácil etiquetar a cualquiera de populista. Pero lo que se esconde detrás es mucho más grave. Es la falta de capacidad y templanza para gestionar el comportamiento y pensamiento humano, defendiendo las ideas que se sustentan. No basta asumir el rol de meros intermediarios honestos. La responsabilidad política exige en tiempos de incertidumbre el compromiso con un proyecto colectivo.

Hace 10 años, el entonces senador Pablo Longueira planteó la urgencia de un relato que representara la visión política e ideas de su sector. Esa necesidad está hoy más presente que nunca. En la otra vereda pasa algo similar. Así lo evidenció el silencio ante los cuestionamientos a los dorados años socialdemócratas de Chile, encarnados en los gobiernos de la Concertación y

primordialmente en la presidencia de Ricardo Lagos. “No eran 30 pesos sino 30 años”, decían activistas y estudiantes en octubre pasado, mientras algunos se subían en sus espaldas y aprovechaban la ola de violencia para promover una nueva Constitución.

Lo de ahora es tal vez el último llamado; ya no queda tiempo. Ralph Emerson decía: “Cuando patinamos sobre hielo quebradizo, nuestra seguridad depende de nuestra velocidad”. Ante la crisis social, sanitaria e institucional, ¿estamos dispuestos a gestionar un proyecto de vida colectiva con miras a un mejor futuro de los chilenos, o es una competencia donde ese futuro no interesa, sino que solo el vértigo del presente? La paradoja es estremecedora. Tenemos una oposición que abandona su raíz socialdemócrata y abraza lo peor de una sociedad de consumo, alimentando el monstruo de la inmediatez y gratificación instantánea; y un oficialismo que reniega o ignora sus mejores ideas con tal de quizás, solo quizás, sobrevivir de aquí a mañana, recordando con nostalgia el mundo de ayer.

En el mismo barco

5 de octubre de 2020

Finalmente llegó octubre, y con él una serie de fechas y eventos que han de culminar en el plebiscito constitucional. Octubre pondrá a prueba la real posibilidad de que nuestro país encuentre un camino institucional y democrático para resolver sus diferencias. Nuestros vínculos civiles y humanos se han desmoronado tras la peste, al igual que en Florencia en el siglo XIV. Pareciera que frente a la debilidad inmunológica de Chile, una peste psíquica se ha superpuesto a la peste física. En este sentido, la epidemia que experimentamos desde mucho antes de la pandemia de coronavirus posee dimensiones psicológicas y políticas. Se perdió la tarea y propósito común y en lugar de ello, ahora todo nos parece permitido y pasajero. El voluntarismo de cada uno se impone predicando verdades absolutas y haciendo gala de puritanismo. El escepticismo se aplica con sesgo hacia algunos, mientras se es condescendiente con otros. Hemos olvidado que todos estamos en el mismo barco.

Así, la compleja pertenencia común derivada de la dificultad política de estar a la altura de la época y sus desafíos viene siendo puesta a prueba hace ya largo tiempo. Es por lo mismo tarea de todos encontrar el camino adecuado. Octubre nos invita a optar entre violencia y democracia, entre respeto a los derechos de cada ciudadano o la imposición autoritaria de decisiones. Es un alto en el camino para reflexionar y corregir o el inicio de un nuevo e incierto camino.

En palabras del filósofo alemán Peter Sloterdijk, la política aparece hoy como un “crónico y masivo accidente de autos, en cadena, en una autopista envuelta en niebla” y en que reina la confusión. Cada día se socava más la convivencia y se impulsan irreflexivas iniciativas buscando responsabilidades políticas e incluso penales de autoridades. Los chilenos y chilenas se dividen en bandos tribales frente a cada incidente y frente a cada conflicto.

Así, paradójicamente estamos viviendo nuestro propio exilio social, pues con la pérdida de aquello que nos une, experimentamos, sin advertirlo, un despojo identitario. Quizás por ello Shakespeare en muchas de sus obras apelaba al exilio como recurso dramático con el cual extraer a sus personajes de los contornos interiores, cívicos, nacionales o territoriales. Por lo mismo, si queremos genuinamente construir un país para todos y no solo para algunos, es indispensable reconocer todo aquello que ha cambiado y adoptar lo que Robert Gorman denomina “sicología del exilio”, empatizando con el otro, de manera que nadie sea excluido del proyecto común. Frente al exilio nadie reacciona igual. ¿Venganza o incluso locura o también reconciliación y perdón? ¿Desconsuelo y desesperanza o nueva oportunidad y esperanza?

¿Es entonces nuestro autoexilio refugio o pena, o un poco de ambos como sugería Cicerón? Shakespeare lo sintetiza en *La Tempestad*: “¿Qué vil acción nos trajo desde allí?/ ¿O fue una bendición?”. A partir de octubre, el tiempo lo dirá.

La rana hervida

2 de noviembre de 2020

El reciente plebiscito constitucional, así como la precipitada agenda legislativa que busca modificar ahora, después del plebiscito, el número de escaños reservados a pueblos originarios, el proyecto de ley sobre un nuevo retiro de 10% desde las AFP y la acusación constitucional contra el ministro del Interior Víctor Pérez, de quien he asumido su representación, me hicieron recordar el denominado síndrome de la rana hervida.

Para quienes no lo conocen, se trata de una analogía utilizada para describir cuando un problema avanza progresivamente al punto que las consecuencias solo se perciben tardíamente, impidiendo una adecuada reacción. La premisa es que si se coloca una rana en agua hirviendo, ésta saltará, pero si se la coloca en agua tibia, cuya temperatura se incrementa lentamente hasta alcanzar el punto de ebullición, ella no percibirá el peligro y morirá.

Fácil resulta advertir cómo el derrotero seguido desde hace ya un largo tiempo por nuestro país, y el apresurado itinerario constitucional que se inicia, pueden implicar alcanzar el punto de ebullición que impida cualquier reacción. Las señales son evidentes. En aras de la premura no se construyeron los acuerdos necesarios para que el proceso de deliberación constitucional se rija por reglas claras. Es llamativo que el propio plebiscito precediera a la necesaria legislación sobre la conformación de la Convención Constitucional. Así, quienes votaron por una convención constituyente de 155 miembros como lo estableció el nuevo artículo 141 de la Constitución, ahora saben que esta va tener al menos 178 integrantes si prospera el proyecto de reforma en trámite legislativo. Más grave aún, se pretende que los cupos reservados a pueblos originarios -una loable iniciativa- se elijan en base a una lista nacional y mediante una papeleta independiente que usarían quienes digan pertenecer o se identifiquen con dichos pueblos. En otras palabras, se votaría sin que exista un padrón electoral previo,

con lo que el margen para fraudes sería grosero.

Pareciera entonces que la perspectiva del cambio absoluto tiene un punto débil en lo que para algunos es también su fortaleza: el pasado no cuenta. Sin embargo, la circunstancia que una mayoría significativa y transversal apoye el proceso de generación de una nueva Carta Fundamental no puede hacernos olvidar que el pasado cuenta y no se lo puede ignorar. El poeta argentino Daniel Samoilovich con agudo instinto se pregunta en su libro “El despertar de Samoil: el siglo XX ¿qué se hizo?”, “¿Qué pasto crece en nuestro pasado?/ En la hierba más verde/ se desliza venenosa sierpe”.

Es tarea de todos asegurarnos que la nueva Constitución no se improvise y se sujete a criterios de prudencia, desterrando cualquier intento colérico por hacer de ella un hito refundacional y no una solución democrática de continuidad en nuestra historia.

De topos y castores

16 de noviembre de 2020

“ Soy un espía, un agente infiltrado, un topo, un hombre con dos caras. También tengo dos mentes... soy capaz de ver una cuestión desde ambos lados”. Así comienza la obra ganadora del premio Pulitzer “El simpatizante”. En ella, el escritor nacido en Vietnam, Viet Than Nguyen, nos adentra en lo que ocurre cuando se lleva una doble vida. Se aparenta algo que no es y se participa de ideas que no solo no se comparten, sino que incluso se combaten.

Me acordé de esta novela a la luz de la creciente pérdida de identidad política que afecta a amplios sectores de nuestro país. Con ocasión del nuevo proyecto de reparto del 10% de fondos de las AFP, uno no puede sino sorprenderse con el rápido derrumbe de las ideas de quienes defendían el sistema previsional. En el afán de sobrevivir a la batalla se reniega de los principios que anclaban la pertenencia a un determinado sector. Lo mismo ha ocurrido con quienes en su momento participaron activamente del modelo social y de desarrollo de los últimos 30 años y que ahora parecen olvidar su propia historia y también prefieren renegar de ella. Las políticas públicas impulsadas en el pasado con disciplina e incluso cierto fervor hoy son despreciadas con ignominia y cobardía.

Por lo mismo, al ver este escenario uno se pregunta si quienes han sido electos en cargos de elección popular realmente suscribían las ideas que decían defender, o si solo se acercaron a ellas como una forma de aspirar a protagonismo público o acceder a una cuota de poder.

Pareciera que estamos en presencia de topos que se mueven subterráneamente, actores con dos caras y convicciones camaleónicas. Sin embargo, los topos no están solos. También hay castores, una especie conocida por su habilidad natural para construir diques en ríos y arroyos alterando el ecosistema. Conocido es el impacto de su introducción en la Patagonia al punto que hoy son una plaga

peligrosa. Destruyen todo. Donde hay castores no crece casi nada. Solo quedan en pie pero sin vida cadáveres de árboles sin ramas y agua estancada que alteran el ciclo natural del bosque. Tras su paso solo queda desolación.

En consecuencia, de cara al proceso constituyente, ¿cuántos topos o castores superarán el cedazo electoral? ¿Cómo habremos de asegurar que quienes participen defiendan en su momento las ideas que como candidatos dirán defender? ¿Cómo confiar en que el paso de los entusiastas constituyentes no deje tras de sí solo desolación y que la Carta Fundamental sea un vigoroso árbol y no un tronco seco sin hoja alguna? Hoy más que nunca se necesita claridad. Una nueva Constitución supone consensos y acuerdos mínimos, pero no transacciones espurias. Una nueva Constitución requiere convicción en las ideas matrices que la sostengan. ¿Seremos capaces de ello o, como ha sido la tónica reciente, abdicaremos ante el desafío?

Milagro secreto

14 de diciembre de 2020

En el cuento “El milagro secreto” de Jorge Luis Borges, el protagonista sueña con una larga partida de ajedrez en la cual dos familias enemigas se enfrentan. La partida había comenzado siglos atrás y ya nadie recordaba bien las reglas del juego. Algo de ello hay en los tiempos que vive Chile.

Nos enfrentamos a un inmenso tablero de ajedrez sin recordar bien las reglas del juego democrático o deseando alterarlas como ocurre con el impúdico proyecto de indulto general a quienes son investigados por los hechos de violencia y delincuencia posteriores al 18-O, o con el tardío intento de modificar la elección de constituyentes incorporando reglas ad-hoc que distorsionan la igualdad del voto.

A su vez, parecemos familias enfrentadas por hechos que paulatinamente hemos distorsionado. De otro modo no se explica un suceso que para muchos pudo pasar desapercibido, pero que refleja fielmente lo anterior. El destacado profesor y filósofo del Derecho Agustín Squella, tras anunciar su deseo de ser parte de la Convención Constitucional como independiente, afirmó que no votaría por Daniel Jadue en una eventual candidatura presidencial, debido a que el Partido Comunista “no es amigo de las libertades individuales”. Su certera afirmación fue refrendada por el propio PC al felicitar al régimen de Nicolás Maduro por lo que calificaron como “impecables elecciones” legislativas, pese que la OEA las rechazó por estimarlas fraudulentas y parte de una estrategia que “consolida a Venezuela como una dictadura”.

La opinión de Squella activó de inmediato la virulencia de las redes sociales. Quien era visto como una voz crítica a la actual Constitución y que con su nivel intelectual cobijaba o permitía disimular parcialmente el desenfado de los sectores más radicales que empujaron la violencia de octubre de 2019 y

posteriormente el proceso constituyente, dejaba de ser digno de veneración. La crítica al Partido Comunista les resultaba intolerable.

Así, se difundió cobardemente su antiguo “pecado”, aquel que lo hacía merecedor de la moderna inquisición de las redes sociales, pese a que probablemente Squella ni siquiera participe de ellas. Todos los 11 de septiembre asistía a un asado que organizaba un amigo partidario de la dictadura militar. Poco importaba si lo hacía con una bandera negra o llegaba gritando “¡día aciago!”, pues para nuestros neo inquisidores no hay matices. Ni la prudencia ni el equilibrio forman parte de sus binarias reglas del juego en que la lógica amigo/enemigo se ve retratada vivamente en el “perturbador” pecado de Squella. Claro está, Squella no ha olvidado las reglas de la partida de ajedrez propias de una democracia. Squella mantuvo su lucidez en los días oscuros de una dictadura y la mantiene ahora en los días oscuros de la revuelta, defendiendo con su postura las libertades individuales. Eso es por cierto una herejía para quienes no creen en ellas.

Inquisición digital y los idiotas

11 de enero de 2021

En la antigua Grecia denominaban idiotés a quienes no participaban de los asuntos públicos que concernían a todos. Innerarity afirma que si hoy hiciéramos una taxonomía de la idiotez en política, encontraríamos a quienes tienen esa actitud de indiferencia, pero también a los que quieren destruirla y a los que se interesan por ella como clientes enfurecidos y no como ciudadanos responsables. Para estos últimos, la política se convierte en algo prescindible, permitiendo que el espacio público se colonice con otras lógicas, como la mediática.

Es lo que hemos visto en días recientes con la inscripción de constituyentes. El frenesí en redes sociales contra Felipe Harboe y otros candidatos a los que se critica postular por integrar la “clase política”, dan cuenta de la intolerante pretensión de excluir a muchos del debate constitucional, menospreciando a la política y sus actores. Se amparan en una sui generis interpretación del resultado del plebiscito, sosteniendo que el rechazo a la convención mixta implicó que parlamentarios y políticos quedaban marginados del proceso. De hecho, el desafecto que denota la propia expresión “clase política” revela la distancia entre los intereses de unos y otros, en circunstancias que quienes en forma camaleónica se presentan como independientes o neutrales, no están ajenos a la política.

Así, en esta inquisición digital proliferan personajes que han logrado habilidad en el uso de redes sociales. Se trata de opiniones virtuales de advenedizos políticos y anónimos payasos circunstanciales, verdaderos charlatanes de tónicos de juventud como en el antiguo oeste. Reemplazan likes y retuits por votos, como si la plataforma virtual fuera una nueva ágora. Ello explica que fiestas clandestinas en Cachagua sean tendencia, en tanto el narcoterrorismo en La Araucanía y la muerte de policías y agricultores sean casi ignoradas. El límite de caracteres esconde también el límite de conocimiento e ideas.

Este contexto de voyeurismo amateur fija el debate en la odiosidad y no en los temas sustanciales. La democracia no ha sabido convivir con las redes ni dimensionar su real representatividad. Se abdica de la razón y se deja arrastrar como vagón de cola de turbas digitales.

La política es una actividad inevitable. Pretender que de ella solo se hagan cargo quienes formalmente no son políticos, o creer que no se es político por no ser parte en forma institucional de dicha actividad, es una cobarde manera de debilitar nuestra democracia. Quienes hoy se presentan como independientes o neutrales avalados por RRSS no son lo uno ni lo otro. Detrás de esa imagen y supuesta indignación con la política esconden sus ideologías. El proceso constituyente es demasiado relevante para dejarlo en mano de impostores o embaucadores. Al decir de Hannah Arendt, “la persuasión y la violencia pueden destruir la verdad, pero no pueden reemplazarla”.

La caja de Pandora

3 de mayo de 2021

La contingencia aconseja revisitar esta historia mitológica griega. Pandora es el nombre que Zeus dio a la primera mujer cuando la creó y curiosamente significa “la que lo da todo”. Zeus le obsequió una caja con la instrucción de no abrirla, pero ella cedió a la curiosidad, liberando sobre el mundo muchos de los males que conocemos. Cuando Pandora finalmente cerró la caja, solo una cosa quedó adentro, la esperanza.

La analogía es inevitable. ¿En qué momento Chile abrió su caja de Pandora? Claramente mucho antes de la sincronizada violencia de octubre de 2019. Se hizo de a poco, y su contenido se derramó ante la indiferencia ciudadana. Tal vez comenzó con la satanización del lucro o con la implementación de una errada modificación al sistema electoral. Luego se articularon fuerzas políticas con objetivos desestabilizadores e incluso golpistas, al llamar a la renuncia del Presidente de la República y oponerse al proceso constituyente acordado. Para derrumbar los cimientos institucionales se desplegó una guerrilla judicial contra Carabineros y las autoridades. Afortunadamente la encuesta CEP reveló que pese a ello la confianza de la ciudadanía en Carabineros (30%) triplica a la del Ministerio Público (11%).

Igualmente se desataron los vientos populistas de la mano de nuestra propia Pandora que construyó una plataforma política combinando farándula con una forma moderna de cohecho electoral. Ello, al impulsar con desenfado el retiro de los fondos de pensión administrados por las AFP y que por mandato constitucional solo pueden destinarse a ese propósito, como lo señaló el Tribunal Constitucional en diciembre pasado.

La esperanza de Chile, un país que avanzaba de forma singular en medio de la mediocridad latinoamericana, quedó atrapada en esa caja de Pandora. La política

agoniza, y de la mano de ella, nuestras instituciones y el estado de derecho. Ya no se trata solo de contiendas de competencias constitucionales; se disputa derechamente la viabilidad de Chile como país, su modelo de desarrollo futuro y las posibilidades de progreso para nuestro pueblo. Se erosionó la institucionalidad y también la capacidad económica forjada junto con la recuperación de la democracia que permitió desplegar un exitoso proceso de vacunación y manejo de pandemia con planes de auxilio económico de una magnitud y extensión únicos en la región. La embriaguez de esta fiesta populista y la cobardía de los liderazgos llamados a enfrentarla causan desazón. Por lo mismo, las elecciones de constituyentes son una última oportunidad para actuar con responsabilidad.

Hannah Arendt ya advertía el peligro implícito en el debilitamiento de la esfera pública y la desvalorización de la participación política, al crear condiciones pre totalitarias. Si no nos hacemos cargo, nada detendrá a Pandora y ésta se llevará consigo nuestra cautiva esperanza.

Fascismo de izquierda

31 de mayo de 2021

Quien conozca un poco de historia advertirá que en Chile se despliega una estrategia similar a aquella que usó el caudillo fascista Benito Mussolini para llegar al poder hace un siglo. Más allá de los análisis que explican el resultado de las últimas elecciones y del proceso de descomposición política en base a un clivaje elite-pueblo y al nulo trabajo territorial de los partidos políticos, no podemos obviar que la violencia se transformó en una herramienta política.

Así lo demuestran los hechos de este domingo, en que un grupo de ciclistas denominados “Santiago Norte Pedalea”, amparados en la cobardía propia del anonimato de las masas, atentó contras las sedes de Renovación Nacional, la UDI, y el Memorial del asesinado senador Jaime Guzmán. No se trata de una mera expresión de molestia política, sino de una organizada acción de intimidación destinada a incidir en el desarrollo del proceso político en curso. Se busca por la vía de la fuerza bruta tomar el control de nuestra democracia, como parte de una maniobra en dos frentes. Por un lado, recurriendo al mecanismo constituyente -surgido también ilegítimamente de la violencia- y por otro, amedrentando a los adversarios para evitar una reacción que pueda poner en riesgo el reciente éxito electoral.

En este sentido nada diferencia a estas hordas de ciclo-vándalos de las famosas escuadras fascistas italianas -los camisas negras- que permitieron a Mussolini alcanzar el poder en el año 1922. Entonces, como ahora, fue el lumpen, vulgares matones como Arpinati o Balbo, quienes lideraron grupos locales recurriendo a la violencia contra dirigentes socialistas, organizaciones políticas contrarias, y medios de la época, de modo que, ante la amenaza de su marcha a Roma, el Rey Víctor Manuel III sucumbió y encargó a Mussolini la formación de un gobierno fascista que se perpetuaría por décadas.

Mussolini, al igual que los líderes de extrema izquierda chilenos que ahora aspiran a la Presidencia, entendió tempranamente la importancia de practicar la antipolítica, fomentar los odios entre facciones y exacerbar los resentimientos. La táctica fue siempre la misma: dosificar la violencia física y verbal, sin dar tregua, de manera de negociar siempre desde una posición de fuerza frente a adversarios que tartamudeaban el lenguaje del miedo.

Es lo que ha hecho Daniel Jadue y el Partido Comunista con el veto a la única candidata mujer Paula Narváez, y la humillación al Partido Socialista. También con el reiterado uso de la carta del racismo antisemita contra algunos conciudadanos, sin que nadie se atreva a reprochárselo. El fascismo de izquierda utiliza la violencia para impartir el arte de la docilidad. En palabras de Antonio Scurati, “el muerto ya está dentro, el cadáver de la democracia liberal yace entre el polvo y los ácaros del sofá desde hace tanto tiempo que ya nadie le hace caso”.

¿Cuentos de hadas o bolsas de gatos?

31 de mayo de 2021

La semana pasada fuimos una vez más testigos de cómo avanza el deterioro institucional de Chile. El maridaje entre política y violencia se expresó de forma nítida con la instalación de la Convención Constituyente y el inmediato intento por sobrepasar sus propias atribuciones. Ello al impulsar la impunidad para quienes eufemísticamente denominan “presos de la revuelta”, pero que no son sino imputados que deben enfrentar a la justicia por graves hechos delictivos perpetrados.

La resolución adoptada no guarda relación con el cometido constitucional. Se trató de un acto patentemente nulo a la luz de la Constitución vigente, que en su artículo 7° impide a cualquiera atribuirse, “ni aún a pretexto de circunstancias extraordinarias, otra autoridad o derechos que los que expresamente se les hayan conferido en virtud de la Constitución o las leyes”. No se puede soslayar lo anterior invocando una acción discursiva con intencionalidad política. Aquello lisa y llanamente no es el propósito de la Convención y la desviación ab initio de sus objetivos deslegitima su accionar.

A lo anterior cabe agregar un preliminar asambleísmo en el accionar de los constituyentes que evoca ciertas prácticas de los movimientos estudiantiles y universitarios que es necesario abandonar si existe el genuino deseo de avanzar a una nueva Carta Fundamental. Tal fue el arrebató inicial que incluso el expresidente uruguayo José “Pepe” Mujica expresó su temor a que la Convención se transforme en una “bolsa de gatos”. La nueva Constitución requiere de un proceso de deliberación, estudio y consenso sereno y racional para asegurar su éxito. Si prima el revanchismo y este espíritu confrontacional, se caerá en el embrujo de que cada uno posea una voz especial que deba ser oída ignorando las restantes voces. En palabras de Bret Easton Ellis, ello es en esencia fascista y conduce a un callejón sin salida, en el que se crea una burbuja

propia que refleja únicamente aquello con lo que cada uno se conecta e identifica. Se trata de “una suerte de narcisismo demente” que juzga a los demás a partir de su propia y pequeña utopía.

Por lo mismo, quienes ven con esperanza el proceso deben confrontar esta pulsión bárbara en que se desprecia la humanidad de los otros, que quedó en evidencia con el acoso a constituyentes prudentes y moderados que fueron desplazados hasta la triste irrelevancia.

Freud afirmaba que quienes “prefieren los cuentos de hadas hacen oídos sordos cuando se les habla de la tendencia innata del hombre “a la maldad, a la agresión, a la destrucción, y por lo tanto a la crueldad”. Probablemente el optimismo chocó frontalmente con la realidad, que trizó la confianza de una enorme cantidad de ciudadanos que con su voto favorable apoyaron el proceso constituyente. La magia del proceso electoral se desvaneció como en un cuento de hadas ante la violencia e intolerancia.

“We the People”

26 de julio de 2021

Nuestro país vive un momento histórico desafiante. Enfrentamos una oportunidad para avanzar en la construcción de una sociedad más inclusiva y que se haga cargo, en la medida de sus posibilidades, de las necesidades y aspiraciones de nuestros compatriotas, o bien desandar aquello que con tanto esfuerzo otras generaciones han construido. Hay, en este tipo de momentos únicos, un delicado equilibrio, una cuerda floja sobre la que se camina donde el vértigo puede generar efectos catastróficos. Sin embargo, el reciente resultado de las primarias presidenciales, y antes, la elección de constituyentes, pueden ser motivo de esperanza dependiendo del prisma con que se lo evalúe.

En efecto, los triunfos de Sebastian Sichel y Gabriel Boric abren el espacio a una necesaria renovación política. Ambos asoman como liderazgos diferentes que pueden aportar a generar las condiciones basales en que pueda fructificar una nueva Constitución que surja del amplio concurso de las distintas visiones presentes en la Convención Constitucional, y no del revanchismo propio de algunos sectores que radicalizan sus pretensiones.

En este sentido, el preámbulo de la Constitución norteamericana puede ser extremadamente orientador. Ella comienza con la expresión “We the People”, lo que puede traducirse como “Nosotros el pueblo”. Son solo tres determinantes palabras. Ellas condensan la esencia que ancla el pacto social de los Estados Unidos desde 1787. El debate de a quién incluye la voz pueblo ha sido extenso en dicho país, pero a diferencia de Chile, nadie reclama para sí su monopolio para apropiarse del concepto y marginar a otros. El inglés *people* es más amplio y comprensivo, lo que obsta a su uso como una forma de excluir a “otros”, a los que se considera parte de cierta elite. Si aspiramos a que nuestra eventual nueva Carta Fundamental genuinamente comprometa a todos, haríamos bien en considerar cómo recoger y hacer resonar estas iniciales tres palabras de la

Constitución norteamericana.

Willian H. Hastie, el primer afroamericano en asumir como juez federal en los Estados Unidos en 1937, escribió que “la democracia es un proceso dinámico, no una condición estática”, que está en constante evolución al punto que ella “puede fácilmente perderse, pero nunca ganarse completamente”. De allí que la inclusión de minorías previamente no aceptadas, la ampliación del sufragio en su tiempo a las mujeres, y en general los cambios que se generan con el paso del tiempo son solo una prueba de ello. Por lo mismo, ahora que se abre un nuevo camino en nuestra democracia es hora de apelar al correcto uso del lenguaje de manera de no desnaturalizarlo. “We the People” es la forma que tienen todos en los Estados Unidos de reconocerse parte de una misma nación, diversa pero inspirada por un pacto social común. No son unos contra otros. Son todos.

Saranguaco

23 de agosto de 2021

Los reiterados disparates a los que nos está acostumbrando la Convención Constitucional son el reflejo del camino autodestructivo en el que Chile se ha empeñado en los últimos años. De allí que el intento de censurar a un convencional, la ideologizada y ambigua definición de negacionismo propuesta para el reglamento, la idea de no usar la expresión “República”, o el intento de desconocer el quórum de 2/3 e introducir plebiscitos para dirimir diferencias, modificando el espíritu y letra del acuerdo de noviembre de 2019 que trazó el diseño para el estudio y redacción de una nueva Constitución, no debieran ser motivo de sorpresa.

Tampoco, por lo mismo, nos debiera sorprender esta verdadera fiesta pantagruélica de gasto y consumo en el que, junto con los reiterados retiros de fondos de las AFP y el reparto masivo y prolongado de recursos públicos con herramientas como el Ingreso Familiar de Emergencia (IFE), dilapidamos cualquier posibilidad futura de enfrentar nuevas y reales necesidades. Otro tanto ocurre con el proyecto de indulto a supuestos presos políticos. No solo los llamados presos políticos no son tales, sino que, como lo han dicho destacados juristas, el proyecto es inviable y desnaturaliza la institución del indulto.

Hay entonces en la irresponsabilidad legislativa, convencional y fiscal algo que trasciende al gobierno de turno. Atrás quedan los años en que se cuidaba la economía, entendiendo que el ciclo virtuoso del crecimiento, ahorro e inversión permitiría a Chile abandonar una larga historia de mediocridad en el contexto mundial y latinoamericano. Atrás quedan los años en que se cuidaba el estado de derecho y se respetaban la Constitución y las leyes. En el actual momento vital de nuestro país, la desmesura reemplazó a la prudencia, y la anomia, es decir, la falta de normas o su respeto, que aseguran nuestra vida en sociedad, permeó a todo nivel.

En ese sentido, Nicanor Parra y su antipoesía -que en Chile han sido parte de un verdadero fetichismo cultural-, con su uso de mecanismos verbales propios de la parodia y la ironía, de lo absurdo y lo grotesco, retrataron anticipadamente esta alma nihilista oculta de Chile.

En su poema, de enigmático título, “Saranguaco”, aparentemente un chilenismo para describir aquello que no tiene sentido, Nicanor Parra escribió: “Es de noche, no piensa ser de noche, es de día, no piensa ser de día. Cómo va a ser de noche si es de día. Cómo va a ser de día si es de noche, ¿creen que están hablando con un loco?”.

¿No es acaso ello lo que estamos viviendo en estos momentos en que como ciudadanos presenciamos descolocados o incluso atónitos la actual situación, en que predominan los disparates, el desvarío, la obscenidad, el despropósito, la incongruencia, y el absurdo para eludir el uso de la razón? ¿Es de noche o de día?

Chile en un nuevo año

6 de septiembre de 2021

Hoy es un día diferente, y por ende esta es también una columna distinta. Se celebra Rosh Hashana, el año nuevo judío. Se trata de una festividad que representa el inicio de un nuevo ciclo y una nueva oportunidad para reflexionar sobre cómo estamos llevando adelante nuestra vida. Como tal, este nuevo año -el 5782- es una ocasión propicia para que todos, y no solo los chilenos de origen judío, revisemos y comprendamos mejor el sentido de nuestra historia y de lo que estamos viviendo, dimensionemos nuestra responsabilidad y nuestro rol, sobre cómo cuidar nuestro país y, en especial, cuáles son los desafíos que tenemos como parte de la sociedad que conformamos.

Por lo mismo, como integrante de la comunidad judía en Chile, no puedo dejar de repasar lo que ha sido nuestro aporte para hacer de Chile un mejor país. La lista es extensa y excedería el objeto de esta columna, pues sangre judía recorre las venas de cientos de miles, sino millones de chilenos, tal como se evidencia lejanamente en la figura del Dr. Francisco Maldonado da Silva, primer médico titulado que ejerció en la entonces distante Gobernación de Chile, creando el primer Hospital de Santiago, y a quien la Inquisición condenó a la hoguera en 1639 por profesar la religión judía. Más cercanamente, se plasma de modo ejemplar en Mario Kreutzberger, don Francisco, al que debemos la monumental iniciativa de la Teletón, que por décadas ha unido a los chilenos tras una causa común.

Las historias de Maldonado da Silva como Kreutzberger, cuyos padres sobrevivieron al Holocausto en la Alemania nazi, se erigen en paradigmas del aporte del pueblo judío al país, pueblo que buscó en Chile refugio contra la opresión y persecución, y que desde su propia identidad contribuyó a nuestra identidad y unidad nacional.

Lo anterior cobra especial fuerza en un año en que Chile transita por un cambio de ciclo histórico y político. Un viejo cuento judío habla de dos hombres extraviados que se encuentran en el corazón de un bosque milenario. Uno le pregunta al otro si conoce cuál es la salida, a lo que éste responde que está igualmente desorientado y perdido. No obstante, le señala que sí sabe cuáles caminos no llevan a ninguna salida y que quizás juntos puedan encontrar el camino.

Que este nuevo año judío nos traiga calma y unidad, y que a partir del esfuerzo de todos, con racionalidad sepamos distinguir los posibles caminos, alejándonos de la intolerancia, el autoritarismo, y la odiosidad.

En su libro “Camisa limpia”, el fallecido escritor chileno Guillermo Blanco, al recrear la vida de Maldonado da Silva, escribió: “la unidad es sagrada y oponerse a ella, un crimen: el enemigo está ahí, a las puertas. Del crimen de oponerse a la unidad se pasa al crimen de pensar en oponerse, y muy pronto es pensar lo que constituye delito”.

Shana Tova u’metuka (feliz y dulce nuevo año).

Bastardo sin gloria

20 de septiembre de 2021

El cáncer imaginario del constituyente de la Lista del Pueblo Rodrigo Rojas Vade es un vivo retrato, una cuasi alegoría de nuestra idiosincrasia nacional, en la que las mentiras se propagan con la misma facilidad que su ahora conocida enfermedad venérea.

Su mendaz acto performativo, lejos de ser una excepción, confirma la regla. ¿O alguien acaso olvida la herida autoinferida por otro Rojas, el “cóndor”, gran arquero chileno que arruinó su carrera al simular ser alcanzado por una bengala en el estadio Maracaná para evitar una derrota de Chile? Tampoco se puede olvidar la falacia de Gemita Bueno en el llamado Caso Spiniak, quien, inducida entre otros por un sacerdote, fingió ser víctima de una agresión sexual por parte de un fallecido senador en una oscura trama política.

Pero no hace falta remontarse a episodios antiguos. Nuestra memoria es frágil y selectiva al extremo de obviar que la teatralización de la mentira por parte Rojas Vade fue una práctica reiterada en el contexto de la violencia delictual de octubre de 2019. Muestras hubo muchas, pero paradigmático fue el caso del falso centro de torturas en la estación Metro Baquedano.

La mentira en Chile es consuetudinaria. Ser o asumir el rol de víctima suma. Es un escudo protector que distorsiona o impide cualquier cuestionamiento a los hechos, pues nos provoca una suerte de hipnosis o sugestión colectiva. Como es evidente, quienes se esconden detrás de las mentiras se sienten en control y superiores, pues en alguna medida la aceptación de ellas implica una gratificación narcisista, al poder manipular a quienes los idealizan (Meltzer). La mentira pervierte entonces toda relación política que a partir de ella se erige.

De allí la condición bastarda de estos hijos de “Plaza Dignidad”. A la violencia como vicio de origen de una nueva Constitución ahora suman el fraude, la

mentira e ignominia, que enlodan la legitimidad del órgano constituyente.

El “pelao Vade”, con su plurinacional mascarilla y falso catéter, propios de la nueva estética y moral que algunos quieren imponer, nos recuerda al personaje Edmund de Gloucester en la tragedia de Shakespeare, “El rey Lear”. Es el “hijo natural”, sin escrúpulos, dispuesto al asalto de la ambición desenfrenada. Como consigna su monólogo inicial: “Tú, naturaleza, eres mi diosa; mis servicios están obligados a tu ley. ¿Por qué habría de permanecer en la peste de la convención y permitir que la mezquindad de las naciones me prive de lo mío solo porque esté rezagado respecto a un hermano unas doce o catorce lunas? ¿Por qué bastardo?” (Acto I, escena 2).

En palabras de Peter Sloterdijk, la luz del egoísmo confeso se rompe en un amplio espectro de colores existenciales en los que el individuo se presenta como su propio maquillador. Episodios como los de Rojas Vade así lo demuestran.

Democracia extrema

4 de octubre de 2021

Cuando años atrás el hoy convencional Fernando Atria afirmó que el problema “constitucional” tendría que “resolverse por las buenas o por las malas”, el foco del debate ignoró la explicación que dio a sus palabras. En su opinión vivíamos bajo instituciones deslegitimadas como consecuencia de las supuestas “trampas” de la actual Constitución. Paradojalmente, ahora en el nuevo proceso constituyente lo que abundan son precisamente los intentos de introducir trampas, socavando con ello su legitimidad.

Chile avanza por una pendiente hasta hace pocos años inimaginable. No se trata, como se pretende, que la ceguera de unos haya impedido ver las necesidades, reclamos o desafecciones de otros. Enfrentamos una enorme crisis de nuestra democracia representativa, crisis de liderazgo y, por qué no decirlo, crisis intelectual. La falta de reflexión y formación cívica nos ha pasado la cuenta. Por mucho tiempo dimos por sentadas las ventajas de la democracia mientras las nuevas generaciones, sin la conciencia histórica de otras anteriores, solo veían sus límites y carencias.

En este contexto, se abren paso las posiciones extremas, la insensatez, y por cierto la malicia y deshonestidad democrática de la que se hace gala día a día en el debate político. Ya casi nada nos puede sorprender. Ni los retiros de los fondos acumulados para la vejez como forma de cohecho masivo, encubierto de política pública, para asegurar votos en las próximas elecciones, ni la Convención Constitucional que se esfuerza día a día por idear nuevas fórmulas que le permitan saltarse las reglas constitucionales que la originaron. Así, restringir la libertad de expresión imponiendo un burdo concepto de negacionismo, alterar los quórum de votación, introducir plebiscitos dirimientes que hagan letra muerta del plebiscito de salida en el que se debe aprobar o rechazar el texto constitucional, pretender alterar el período de duración de los cargos de elección

popular que se elegirán en noviembre (por cierto sujeto al resultado, ya que la coyuntural mayoría de convencionales tiene en sus manos definir a su gusto si éste le agrada), son las trampas que se quieren introducir por las buenas o las malas ante la indiferencia de la ciudadanía. La consigna parece ser que todo vale para alcanzar y monopolizar el poder.

Estamos frente a lo que la socióloga Dominique Schnapper, hija del notable pensador Raymond Aron, ha llamado democracia extrema: el momento en el que la democracia, por sus excesos, se convierte en antidemocrática. La democracia iliberal no es democracia, sino que solo su remedo autoritario. Lamentablemente nuestra Convención Constitucional pareciera ser el paradigma de ello. “En nombre de una democracia abstracta y absoluta, que nunca ha existido ni puede existir, se destruye la democracia concreta, la que puede existir y que, con sus límites, ha existido”.

Poder judicial y democracia

10 de enero de 2022

Según una célebre y atingente frase atribuida a Benjamin Franklin, “la democracia consiste en que dos lobos y un cordero votan sobre qué van a cenar”. Con ello se expresan los límites de la regla de la mayoría y los riesgos implícitos de una concepción que no se haga cargo de los derechos de la minoría.

A la luz de ello cobra relevancia el rol de la judicatura y el Poder Judicial, llamado a asegurar la libertad individual y los derechos de cada ciudadano. Solo la existencia de tribunales imparciales e independientes garantiza el respeto a las leyes y el imperio de la justicia. De allí que no fuera casual que ya la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano del 26 de agosto de 1789, contemplara la vinculación entre derechos individuales y separación de poderes como principio basal de toda Constitución.

Por lo mismo, recientes propuestas en el seno de la Convención Constitucional, referidas al futuro del Poder Judicial, deben ser objeto de sospecha y escrutinio. Bajo la neblina de otros debates más glamorosos o atractivos para la opinión pública, han pasado desapercibidas iniciativas tendientes a reconfigurar el Poder Judicial.

Así se promueve no solo la supresión del estigmatizado Tribunal Constitucional, o la revisión de sus atribuciones, sino que bajo el título de “Principios de los sistemas de justicia” se comienza a moldear una burocratizada mirada al Poder Judicial defenestrando a este de su calidad de Poder, para configurar una suerte de ente limitado a resolver conflictos, con un cariz mecánico y administrativo. Solapadamente se busca socavar cualquier contrapeso real a otros poderes, de modo que la clásica separación cimentada en la independencia externa e interna de los jueces de la República sea letra muerta.

Probablemente no exista capítulo más importante y definitorio en la nueva

Constitución que éste. Ni las declarativas bases de la institucionalidad, ni el catálogo de derechos que se incluya, ponen en juego el futuro democrático y el imperio del estado de derecho, como ocurre con el capítulo referido al Poder Judicial. Todo proyecto de Carta Fundamental que no asegure la efectiva independencia y una auténtica separación de poderes, en la cual la judicatura pueda -como muchas veces ocurre- actuar de manera contra mayoritaria, desatendiendo la impopularidad que en ocasiones importa interpretar y aplicar la Constitución y la ley en forma disonante con la pasión de la opinión pública, solo será un remedo de Constitución.

Resulta entonces de la máxima gravedad que las iniciativas hasta ahora conocidas apunten al control político de la judicatura. El rol del juez en una democracia es incomprendido y desconocido. El juez no está llamado a ser la caja de resonancia del gobierno de turno, ni estandarte de sus arbitrios. Una nueva Constitución debe fortalecer el Poder Judicial, y no limitar o disminuir su poder e independencia.

La deconstrucción

21 de febrero de 2022

El proceso constituyente y su evidente descarrilamiento producto del revanchismo sobre el que se levanta resulta imposible de negar hasta para el más recalcitrante defensor de la moderación y el buenismo. Hablar a estas alturas de la construcción de una casa de y para todos es un eslogan vacío y creerlo es un autoengaño. En la Convención no prima la buena fe ni un espíritu constructivo. Día a día vemos cómo ese mundo paralelo que germinó en la violencia de octubre de 2019 y vio la luz en esta asamblea se esmera por deconstruir nuestro país.

Especialmente elocuente resulta por lo mismo que las tres primeras palabras de la nueva Constitución aprobadas en el pleno de la Convención fueran: “Sistemas de justicia”. Estas, con innegable olor chavista -solo las usa la Constitución de Venezuela- buscan abandonar la tradicional noción de Poder Judicial. El renovado uso del lenguaje sirve para crear nuevas realidades, en este caso, eliminar los contrapesos propios de un estado de derecho democrático. La maniobra es hábil. Aprovechar la indiferencia veraniega para comenzar la redacción de la nueva Constitución socavando la imparcialidad de los tribunales de justicia.

Los sectores más radicales de la Convención tienen claro que el Poder Judicial es la bisagra, la pieza clave, para cimentar el éxito del deslegitimado proceso constituyente. De ahí la prioridad asignada. Una vez erosionada la independencia, imparcialidad y unidad de la función jurisdiccional, el contenido del resto de la Constitución pierde valor. Poco importará el catálogo de derechos fundamentales que se consagre, o las normas que el proyecto constitucional contenga, pues quienes deberán interpretarlas, aplicarlas y hacerlas respetar serán tribunales sometidos al unilateral poder político.

Así, en la primera semana de votación de la Convención se jugó el destino de la Carta Fundamental y del tipo de sociedad en que habremos de vivir si es aprobada. Ya sabemos que difícilmente podremos contar con tribunales y jueces independientes ante quienes hacer valer pretensiones en disputa. El “Sistema de Justicia”, adornado con adjetivos -plurinacional, pluricultural-, llamado a resolver con perspectiva de género, y utilizando lenguaje inclusivo, solo será un remedo de Poder Judicial. En consecuencia, estamos en presencia de un golpe a la línea de flotación democrática de nuestro país. Se abre paso una vertiente de poder totalitario que privará a los ciudadanos de una judicatura libre e imparcial a la cual acudir.

En palabras de Stefan Zweig, “diariamente volvemos a ver que en el discutible y a menudo sacrílego juego de la política, al que los pueblos siguen confiando de buena fe sus hijos y su futuro, no se abren paso los hombres de amplia visión moral, de inmovibles convicciones, sino que siempre se ven desbordados por esos tahúres profesionales (...), esos artistas de las manos ágiles”.

El simulacro

8 de marzo de 2022

Por mucho que uno desee esperar el desenlace del proceso constituyente para opinar a favor o en contra del texto que se proponga, es evidente a estas alturas su descalabro. Aparentar por corrección política que éste se debe cuidar entre todos no solo es una hipocresía, sino a estas alturas una gran cobardía y autoengaño. Es cierto que la Convención Constitucional fue impuesta bajo la presión de encauzar la violencia generada en octubre de 2019, sin embargo, el acuerdo del 15 de noviembre terminó siendo solo un placebo, carente de eficacia terapéutica. Nos permitió ignorar por un par de años (gracias también a la inesperada pandemia) la gravedad de los síntomas de descomposición de nuestra democracia, pero ahora, enfrentados a la realidad, vemos que poco y nada queda del espíritu del acuerdo. La Convención no parece querer proponer una Carta Fundamental que ayude a unificar a Chile y sanar nuestro dañado tejido social, sino que se erige en un órgano revolucionario que busca implementar un modelo político maximalista y de corte totalitario. Duele ver cómo el temor arrastra a gente de credenciales democráticas impecables, las que con tal de evitar pagar costos se suman resignadas a esta orgía destructiva de la República y del estado de derecho.

Por ello, no pude evitar recordar a Jorge Luis Borges y su cuento “El simulacro”, donde narra un singular y falso velorio, que se inicia con la llegada a un pueblo del Chaco de un hombre que porta una caja de cartón en la que reposa una muñeca rubia a la que se disponen a velar, imitando una ceremonia fúnebre real. En palabras de Borges: “¿Qué suerte de hombre (me pregunto) ideó y ejecutó esa fúnebre farsa? ¿Un fanático, un triste, un alucinado o un impostor y un cínico?”.

Algo de ello hay en el desvirtuado proceso constituyente. Estamos ante una fúnebre farsa, en la que el desenlace se conoce. Presenciamos el sacrificio ritual de nuestra democracia como si se tratara de un reality show. Falta valor para

confrontarlo. Ante la cobardía -porque ya no es mera indiferencia- de la “mayoría silenciosa”, somos testigos de una febril Convención que se ha propuesto imponer un modelo insospechado de pacto social indigenista, en el que cada iluminado -como en la Revolución Bolchevique- sueña con su propio Palacio de Invierno. Es, por lo mismo, deber de nuestro Congreso Nacional, que aún detenta potestades constituyentes, corregir el rumbo. No hay marcha atrás en la necesidad de una nueva Constitución, pero sí es necesario reformular el mecanismo y la representatividad para elaborarla, asegurando el indispensable marco de unidad que debe gozar una Carta Magna para ser legítima. En palabras del ex Presidente Frei Montalva, no se humilla quien pide por la Patria. Ello puede tener un alto costo en el corto plazo, pero la libertad y la democracia no pueden esperar.

Anatevka

21 de marzo de 2022

"El violinista en el tejado", tradicional cuento judío, se desarrolla en la aldea ucraniana de Anatevka y refiere una historia sobre los pogromos antisemitas en la Rusia zarista que trasciende de manera universal. Su narrativa traza en parte aquello que hace de un pueblo, una nación. Es también un cuento de odio al diferente y del miedo a aceptar que existen diversas maneras de ver y pensar el mundo.

Recojo su recuerdo en relación con nuestro proceso constituyente, ya que nos ilustra sobre los riesgos asociados a la maximalista reivindicación identitaria indígena que hemos presenciado en la Convención Constitucional. Como afirma Carlos Peña, "la demanda de reconocimiento supone aceptar que la comprensión que la sociedad chilena tenía de sí misma ha cambiado", lo que no implica abandonar la idea de nación, sino que "transitar desde la nación concebida como una colectividad que cuenta con un pasado común a una que se orienta hacia un futuro compartido".

Lamentablemente el indigenismo constituyente no lo ve así. Por el contrario, se plasma en un modelo que apuesta por la fragmentación, cuando no derechamente por la secesión. Ello explica las palabras de la constituyente Rosa Catrileo en el fiasco de visita de la ministra de Interior a Temucucui, en orden a que no se respetó el protocolo mapuche, y que no sería mala idea considerar la obtención de visas para ingresar a lo que denominó "país mapuche".

En el fondo, la fragmentación es la consecuencia última de apostar por reforzar políticas identitarias. El corolario no solo es dañar el estado nación como lo comprendemos, sino que fomentar un populismo cultural y nacionalista donde paradójicamente la diversidad se debilita. El uno excluye al otro. Todo lo mío es más importante que lo del otro. La pluriculturalidad y plurinacionalidad como

ropaje esconden una semilla destructiva que no se quiere ver. El forzado intento por sobre representar el componente indígena de nuestro estado nación puede provocar el proceso exactamente inverso. Un renovado nacionalismo entre quienes -la mayoría- ahora se sientan desigualmente tratados por el texto constitucional.

Aún es posible deponer el exceso indigenista y político que con su propio argot busca refundar nuestra democracia y degradar el sistema de balances y controles. Hay que rescatar el Chile que nos une y que ha dado forma a una nación que integra a todos. Chile se debe tanto al 10% de sus pueblos originarios como al 90% de mestizos y descendientes de inmigrantes que tejen su historia. Chile no es un territorio compartimentado ni reservado solo a algunos. Desmantelar las instituciones y despojar a Chile de su propia identidad, es un enorme error.

Si algo enseña Anatevka es que cuando las sociedades se fragmentan, no tardan en aparecer las hordas anarquistas o nacionalistas que alimentan la violencia entre conciudadanos.

El reloj de reb Nujem

4 de abril de 2022

Siguiendo con los cuentos judíos, Sholem Aleijem, mismo escritor de “El violinista en el tejado”, tiene un cuento menos conocido llamado “El reloj”. En él narra la historia de un reloj familiar que por generaciones funcionó a la perfección. Todo el pueblo lo usaba como referencia para ajustar sus propias horas -y conductas- hasta que alguien advirtió que podía estar fallando, pues tocaba 13 campanadas en lugar de 12. Nada terrible. No se alteraba su función principal. Sin embargo, la familia intentó arreglarlo colocando pesos a su péndulo. Ensimismados en la que creían una perfecta reparación, el reloj de reb Nujem crujía sin que nadie lo notara, hasta que se derrumbó estrepitosamente.

Algo similar ocurre con el proceso constituyente. Cuando una sociedad opta por escribir una Constitución y reparar su pacto social, lo hace para limitar a la mayoría y resguardar ciertos derechos individuales. En el fondo, se definen los contrapesos que eviten un colapso institucional, la pérdida de libertades y la instauración de privilegios y desigualdades. Por lo mismo, Carlos Peña afirma que una Constitución debe necesariamente contar con legitimidad jurídica, social y moral. Es decir, debe ser válida, los ciudadanos deben estar dispuestos a obedecerla y ella debe equilibrar los intereses de todos de manera imparcial, lo que solo se logra en condiciones de auténtico diálogo e inclusión.

A estas alturas en que el proyecto de nueva Constitución cuenta ya con más de 150 artículos aprobados, es posible avizorar la posible ausencia de legitimidad social y moral. Cada semana se introducen preceptos sin ningún intento real de diálogo imparcial ni atisbo de equilibrar los intereses o deliberar de buena fe respecto de ellos. Menos aún de aprobar reglas que limiten a la mayoría. Por el contrario, cada nuevo artículo parece reforzar el propósito de establecer lo que J.S. Mill denominó “tiranía de la mayoría”. Así, se ha debilitado el Poder Judicial con profundas alteraciones a su independencia e imparcialidad al

consagrar un Consejo de la Justicia como instrumento de control político. Otro tanto ocurre con el Ministerio Público y la Defensoría Penal Pública. También se socava el Poder Legislativo con la eliminación del Senado, estableciendo eufemísticamente un bicameralismo asimétrico, que en la práctica empodera a las mayorías coyunturales de la Cámara de Diputados y Diputadas, y prescinde de la Cámara superior que por sus características iguala la cancha desde una perspectiva territorial. Sin Senado, y esto hay que decirlo, pierden la descentralización y las regiones, y se imponen los territorios de mayor demografía.

Desaprensivamente se agrega peso a nuestro reloj constitucional ignorando sus consecuencias. Como en el cuento, posiblemente, algún día solo lo recordemos “tendido sobre el suelo, vestido con un blanco sudario”.

Descenso al Maelström

19 de abril de 2022

Un cuento de Edgar Allan Poe se refiere al Maelström, un vórtice o remolino gigante de agua en los mares nórdicos. En él, un anciano pescador narra -sentado en un despeñadero- cómo sobrevivió a éste. Como en todas las obras de Poe, se percibe un ambiente amenazador e intranquilizante.

En nuestro país, el proceso constituyente de la mano del errático inicio de gobierno del Presidente Boric parecen succionarnos hacia un remolino similar. Contribuye a ello la ministra del Interior Izkia Siches, cuyas actuaciones desnudaron lo que ya se vislumbraba en sus críticas durante la pandemia: su absoluta falta de rigor y preparación. A esto se suma el espiral inflacionario que no da tregua, atribuible en buena medida a la política de retiros de fondos de pensión impulsada por los liderazgos del actual gobierno cuando eran oposición.

En paralelo al débil gobierno, la Convención Constitucional sigue al pie de la letra las palabras del alcalde Daniel Jadue, quien en un foro en Venezuela, junto con abrazar la dictadura de Maduro, hizo un llamado a “desinstitucionalizar” el país. Son estas pulsiones totalitarias las que explican un conjunto de nuevas normas tendientes a manipular los tribunales de justicia y suprimir cualquier contrapeso democrático. La eliminación del Senado y la aprobación de la reelección presidencial inmediata -y por qué no, a futuro, indefinida- son pasos concretos en nuestra chavización. La hoja de ruta para de facto terminar con la República está a la vista. Con el fuerte impulso indigenista controlado por el eje comunista de la Convención, se articula un régimen político y social que solo proyecta mala fe. Abolir el Senado, conservando el régimen presidencial será fuente de experimentos populistas o, en el mejor de los casos, fuente de ingobernabilidad sistémica como en Perú. En concreto, seremos un país más pobre, menos unido, más ingobernable, menos igual, sin un verdadero estado de derecho, sin orden público. En síntesis, un Estado inevitablemente fallido.

Por lo mismo, para sobrevivir a este remolino político que quiere fragmentar la sociedad con conceptos como la plurinacionalidad, y exacerbar los estados de ánimo de los ciudadanos polarizando el debate público, solo cabe -como en el cuento de Poe- enfrentarlo. Si bien es cierto que en tiempos de comunicación afectiva, la racionalidad se ve desplazada, no es opción rehuir el debate. La cultura de la cancelación, esa violencia estridente que busca impedir la difusión de las ideas ajenas con prácticas propias de la Inquisición, no debe amedrentarnos.

El despotismo constituyente es expresión de mediocres actores que sueñan con perpetuarse en bronce y mármol, olvidando el sentido común de la ciudadanía. La última encuesta de Espacio Público así lo refleja. Solo un 16% evalúa positivamente las normas ya aprobadas en la Convención Constitucional.

Desasosiego

3 de mayo de 2022

Fernando Pessoa describe en su “Libro del Desasosiego” una curiosa reflexión en orden a querer colocar al final de éste una sección denominada “No - erratas”, para describir un pasaje con aparentes desaciertos que en realidad son deseados por el autor.

Eso ocurre con la Convención Constitucional. Sus supuestos errores son en realidad definiciones intencionadas. Hay un afán por deconstruir la nación chilena y fragmentar el territorio en base a un conjunto inédito de autonomías comunales o con características indígenas. Se quieren imponer conceptos ajenos, como la plurinacionalidad que predica el ex vicepresidente boliviano Álvaro García Linera, o consagrar el derecho a consignar en todo documento oficial de identificación la pertenencia a un pueblo originario.

La historia enseña que diferenciar ciudadanos redundaba en peligrosos excesos. Sin ir más lejos, el genocidio de Ruanda se basó en la inicial identificación racial de pueblos originarios en los documentos oficiales de identidad, que indicaban si un ciudadano era hutu o tutsi.

Así, no estamos en presencia de errores, sino que de premeditadas definiciones de una elite surgida en parte de la academia y en parte de las entrañas de la violencia delictual del 18 de octubre de 2019. Una elite que ve hoy una mezquina oportunidad de arrogarse el control político y judicial de nuestro país. No hay que dejarse engañar. Muchos liderazgos del proceso constituyente están anclados en el mesianismo de académicos universitarios que están lejos de representar el sentido común y necesidades de la ciudadanía. Otros provienen de medios televisivos y se fraguaron con la utilización de la pantalla y redes sociales, o bien, surgieron de una errada reserva de escaños indígenas que permitió alterar el principio de igualdad del proceso electoral.

De allí el vértigo que Fernando Atria le quiere imprimir a la implementación del texto que surja de la Convención. Es obvio el intento por evitar la reflexión y escrutinio sereno a las normas propuestas y su impacto en la sociedad. Temen que el embrujo constitucional se pueda disipar. Se quiere imponer mediante una política de hechos consumados un modelo que restrinja nuestras libertades y debilite el estado de derecho para que la sociedad desestructurada ya no pueda reaccionar. Saben que cuando el estado de derecho deja de ser tal, las fuerzas de la libertad quedan en total desamparo y desorganización frente a la tiranía totalitaria que controla los hilos del nuevo diseño constitucional. El libreto es conocido; basta ver a Venezuela para comprobar cómo una vez capturado el control del sistema político y judicial, el gobierno mutó a una dictadura de irreversibles características.

Por ello, el dilema binario del plebiscito no es un callejón sin salida. Desaprobar el texto propuesto para aspirar a una Constitución democrática y convocante, evitará el apremiante desasosiego.

Trampa (o carambola) constitucional

17 de mayo de 2022

Concluyó el trabajo del Pleno de la Convención Constitucional. Se aprobaron irrisoriamente 499 artículos que pasan al borrador de nueva Constitución, con lo cual uno ya se puede formar una visión de conjunto de su contenido y del proceso constituyente. Ello, pese a la inexistencia de actas que permitan una mejor interpretación, pues primó la sala oscura por sobre la necesaria transparencia. Se reemplazó la cocina por un inaccesible subterráneo.

Así, resulta inevitable concluir que estamos en presencia de un texto tramposo. Los engaños reiterados permearon a la Convención. La cara más visible fue el impostor Rojas Vade con su enfermedad imaginaria, pero en realidad el fraude a la buena fe ciudadana se remonta a la trampa electoral impuesta tras el referéndum que dio origen al proceso constituyente. Al incluir ex post escaños reservados para pueblos originarios con un peso desmedido, se desnaturalizó el plebiscito.

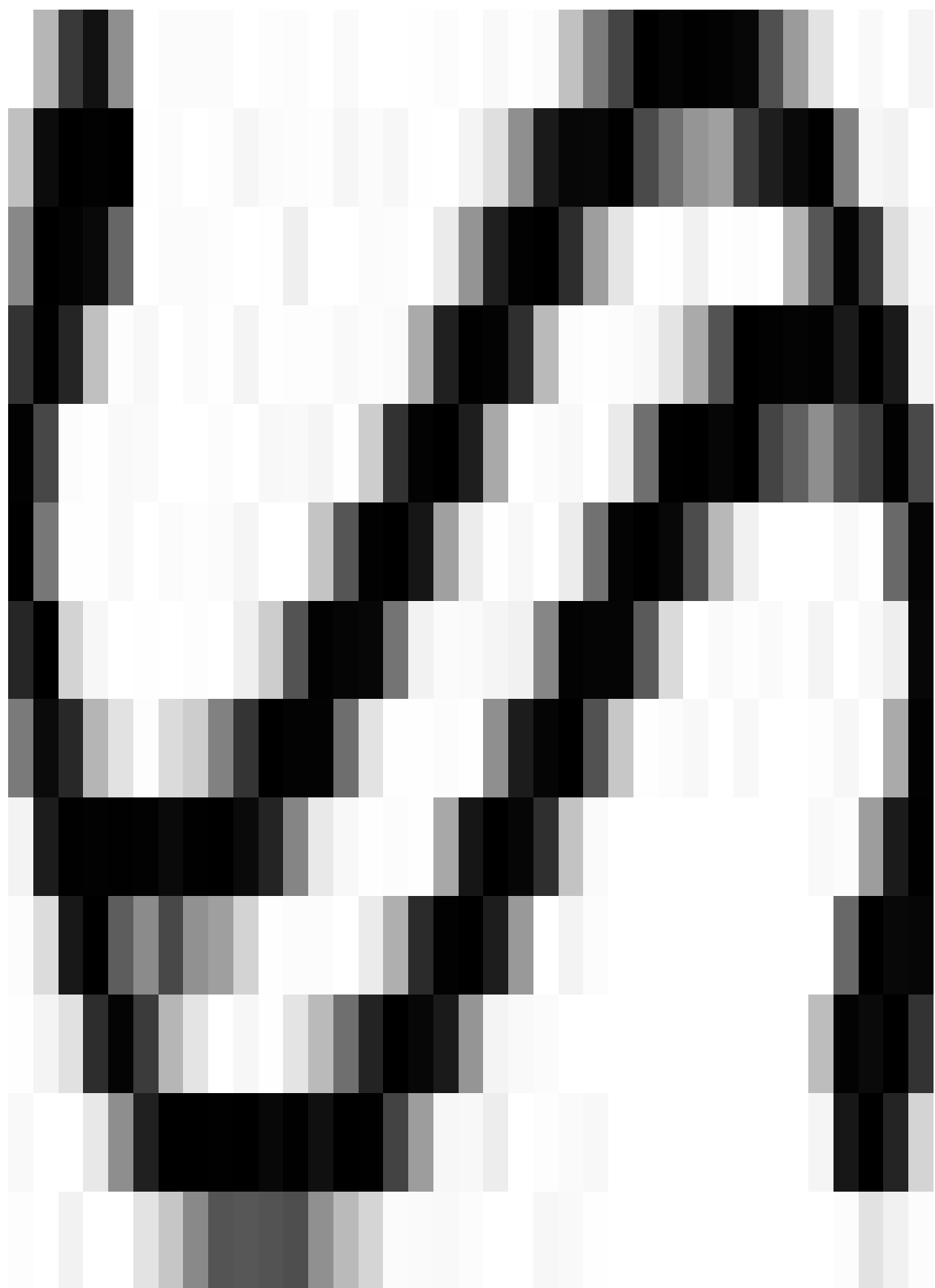
Tan efectiva resultó la trampa que la propuesta de nueva Constitución pretende ahora incorporarla de forma permanente en el nuevo sistema político (numerando 68 de la propuesta). Se consagra así constitucionalmente una fórmula de doping electoral para alterar los equilibrios democráticos. Nada muy distinto a los tan criticados -y por ello suprimidos- senadores designados de la Constitución de 1980.

Con todo, la mayor trampa -ignorada pese a su magnitud- es la forma como de facto se superó el acuerdo de los 2/3 exigido para aprobar las normas del nuevo pacto social. Aquí está en su esencia la mayor vileza constituyente. Se usó la regla para desmontar el Poder Judicial y el sistema bicameral eliminando el Senado y, con ello asegurado, se entregó a la ley la resolución de múltiples materias claves. Con esa maniobra, se disimuló el hecho que esas leyes solo

requieren contar con la mayoría de los congresistas presentes en la sala. En palabras sencillas, se burlan los famosos 2/3 y las reglas futuras que definirán el funcionamiento institucional de Chile quedan entregadas a una ocasional mayoría simple, subsidiada con escaños reservados y sin el contrapeso del actual Senado de la República. Como diría con elegancia Agustín Squella, una “carambola constitucional”. Sin ese refinamiento, una vulgar trampa constituyente.

La escritora Amelie Nothomb en la obra “Matar al Padre” con agudeza señala que “tendemos a confundir al tramposo y al mago. Son dos universos conectados pero muy distintos. Los magos van a intentar, con generosidad, poner en duda la realidad para que podamos cuestionarla. El tramposo, en cambio, abusará de sus cualidades de mago hasta llegar a ser decididamente deshonesto”. Está a la vista que la magia del embrujo constitucional dio paso a la deshonestidad de los tramposos al interior de la Convención frustrando, cualquiera sea el resultado del plebiscito de salida, la legitimidad y calidad de este proceso.

El proceso electoral



Pastoral chilena: ¿mediocracia o miedocracia?

27 de julio de 2020

Chile se tambalea. Estamos transitando entre la mediocracia y la miedocracia. Si bien hace ya tiempo que la mediocridad se instaló en todos los planos institucionales, ahora se suma el miedo.

Elfriede Jelinek en “La pianista” lo describe certeramente: “El instinto de la manada siempre lleva a valorar muy alto lo mediocre. Lo aprecia como valioso. Creen que son fuertes porque representan a la mayoría (...) En la mediocridad nadie puede encontrarse a solas con algo, mucho menos consigo mismo. ¡Y cuán felices parecen! En su existencia nada les parece reprochable y nadie podría reprobar su existencia (...)”.

La mediocridad es el estándar para sobrevivir y sus consecuencias están a la vista en nuestra frívola democracia. Al legislar prima el resquicio por sobre la ley y la Constitución. Nuestros parlamentarios son una mala imitación de un legislador. Muchos fallos judiciales y actuaciones del Ministerio Público se inspiran en mero voluntarismo, cuando no en activismo. La presunción de inocencia es letra muerta y la objetividad sólo una consigna. Se instaló una lógica de caciquismo individual que no se somete al estado de derecho. “El estado de derecho soy yo”. Solo interesa el sentir popular; aquel que recoge el resentimiento de la calle, las opiniones más vociferantes, el predominante espíritu inquisitorial en que impera la mala fe.

Por ello se cuestiona a un candidato a la Corte Suprema atendiendo sin rigor jurídico a un fallo puntual y no a su destacada trayectoria profesional. El mensaje es claro: solo pueden aspirar a altos cargos los mediocres y sumisos. En una mediocracia, el conocimiento, la independencia e imparcialidad se castigan.

Desafiar la mediocracia requiere valor. El mediocre actúa con disimulo y en grupo. Se escuda en la propia institución a la que pertenece. Usa la prepotencia y

amedrentamiento, a la vez que es víctima de ellas. ¿Cuántas autoridades, cuántos políticos, cuántos jueces no han cedido al propósito de mimetizarse? Como camaleones ya nadie sabe qué piensan unos y otros.

El miedo corroe todo. La indolencia ante el odio e incitación a la violencia cobró su precio. Bajo el disfraz de empoderamiento ciudadano se toleraron deleznales agresiones. Ejemplo de ello son las amenazas a parlamentarios antes de una importante votación, y la cómplice pasividad ante el reiterado antisemitismo en pleno siglo XXI del precandidato presidencial Daniel Jadue. Si nadie alza la voz, la miedocracia se legitima.

Evocando a Philip Roth, la pastoral chilena está escrita por quienes colocan bombas, incendian el Metro, denominan estallido social a una ola delictual, o propagan la xenofobia sin que nadie lo reproche. La mediocridad es incapaz de hacer frente al miedo. Nuestra mediocracia dio paso a la miedocracia. Si algo nos enseña la historia, el salto al totalitarismo es simple y rápido.

Los jueces y la torre de Babel

10 de agosto de 2020

Es un lugar común afirmar que en democracia debe primar el imperio de la ley. El derecho vigente refleja las reglas que la sociedad acuerda para resolver sus diferencias. Sin embargo, en toda ley existe -en palabras de Hart- un núcleo “luminoso” y una zona de “penumbra” que cubre los “casos discutibles” en los que las palabras de la ley “no son obviamente aplicables..., pero tampoco claramente excluibles”. Es allí donde cobra valor el rol del juez.

Esto que parece obvio, en nuestro país ya no lo es. La mala política se apropió de una esfera ajena. Algunos en el Poder Legislativo quieren no solo elaborar las leyes, sino también controlar la aplicación e interpretación de ellas. Por eso, en cada nombramiento para la Corte Suprema se generan cuestionamientos políticos al candidato propuesto. El ministro Raúl Mera de la Corte de Valparaíso ha sido la víctima más reciente de este deslegitimado proceso. Un sector de la oposición injustamente objetó su nombre por razones espurias, sin atender a su trayectoria judicial. Se le criticó un fallo, sin conocer los antecedentes ni su razonamiento jurídico. Claro está, sería mucho pedir aquello a un Senado que, con honrosas excepciones, cada día exhibe menos luces y más mediocridad.

El mismo afán se usa para criticar y pretender destituir a la magistrada que presidió la comisión que concedió la libertad condicional al presunto asesino de la joven Ámbar, o para atacar al juez que negó la prisión preventiva a un joven acusado de violación. En el fondo, se amedrenta a los jueces cuyas decisiones no se avienen con un maniqueo sentir popular.

Ello recuerda la narración bíblica sobre la torre de Babel. De acuerdo con ésta (Génesis 11, 1-9), tras el diluvio universal, los pocos sobrevivientes descendientes de Noé se desplazaron hasta Babilonia. Formaban un mismo

pueblo y hablaban una misma lengua, lo que facilitaba sus tareas. Sin embargo, la intervención divina los disgregó, disolviendo el poder de su unidad. Babel grafica la imposibilidad del ser humano de entenderse y, en la práctica, refleja la pérdida de consenso entre los hombres.

Nuestra crisis se asemeja al mito de Babel. La incapacidad para alcanzar entendimientos mínimos y, más aún, para respetarlos, hace recaer un peso mayor en el derecho y en los jueces. Solo el lenguaje de la justicia puede en esta coyuntura asegurar el disfrute y conservación de los derechos. Ihering, en “La lucha por el derecho”(1872), sostuvo que tal lucha es “un deber que tiene (el que se ve atacado en su derecho) para consigo mismo” y al mismo tiempo “para con la sociedad”. Solo el constante ejercicio y la tenaz defensa de los derechos reivindica el valor de la persona, para lo cual es indispensable contar con jueces independientes e imparciales capaces de responder a ese llamado, algo que algunos en el Senado quieren limitar.

Reír llorando

7 de septiembre de 2020

El mes de septiembre en Chile se caracteriza por los circos que recorren el país. Bajo grandes carpas que han resistido innumerables giras, se dan cita payasos, malabaristas, domadores de animales y un público heterogéneo. Siempre me han llamado la atención los payasos. Detrás de su colorido vestuario, curiosos zapatos y abundante maquillaje se esmeran en hacer reír a niños y adultos, muchas veces con poco éxito, y probablemente escondiendo sus propias tristezas y miserias humanas.

La imitación burlesca que apela a la ironía representa bien el momento que estamos viviendo. Chile es una gran parodia, en la cual de modo casi inconsciente usamos mecanismos de autoengaño y negación de la realidad. Ello arrastra a graves inconsistencias y doble estándares. El Presidente hace como que gobierna y el Congreso hace como que legisla. Ello explica que los hechos y la realidad se subordinen a la política y, digámoslo con todas sus letras, a una política oportunista.

Muchos parecen payasos tristes que se esfuerzan en hacer reír a un público que mira con distancia el espectáculo. Un público que a veces se ríe del monólogo o la escena, pero que también se ríe en ocasiones de los protagonistas. Reímos, pero en el fondo lloramos.

Quizás por eso se insiste en un plebiscito tan innecesario como riesgoso. Bien podríamos consensuar una reconciliación constitucional sin necesidad de este. Sin embargo, como en el circo, aunque el espectáculo sea malo o el trapecista caiga a la red, nos negamos a abandonarlo, pues ya pagamos la entrada (en una oscura noche de noviembre). Este año no tendremos circos por razones sanitarias, pero sí un evento electoral con largas filas y aglomeraciones, arriesgando a nuestros adultos mayores. Podremos olvidar por un día la

pandemia o sus rebrotes y privilegiar la parodia de un ritual democrático impuesto por la violencia.

Nuestra parodia nacional se expresa igualmente en otros planos con desenfado. La celeridad con que el Ministerio Público investiga algunos hechos del paro de camioneros contrasta con su inacción ante otros hechos de mayor gravedad. Peor aún, lo justifican en los principios de igualdad ante la ley y objetividad, de los que poco se acuerdan cuando se trata de actuar con celo contra quienes queman camiones, propiedades y personas. Los casos de nulo control al accionar del Ministerio Público abundan sin que los legisladores se hagan cargo del problema.

También las acusaciones constitucionales se han transformado en un número circense. Ahora posiblemente sea el ministro del Interior Víctor Pérez el obligado a participar, como antes lo fueron con distinta suerte Marcela Cubillos y Andrés Chadwick.

En Chile resuenan los versos de Juan de Dios Peza. “El carnaval del mundo engaña tanto/ que las vidas son breves mascaradas/ aquí aprendemos a reír con llanto/ y también a llorar con carcajadas”.

Juan Guzmán Tapia

25 de enero de 2021

Ha muerto el juez Juan Guzmán Tapia. Incomprendido y criticado por algunos, admirado y respetado por otros. Tuve la fortuna de conocerlo desde el anonimato propio de quien da sus primeros pasos en el derecho. Conocí a un juez discreto, sobrio, y por sobre todo valiente. Presidía la primera sala de la Corte de Apelaciones de Santiago y ciertamente no sospechaba el giro que en su vida implicaría el caso Pinochet, cuando tuvo que resolver una inédita implicancia que promoví como joven abogado contra un poderoso ministro de la Corte Suprema. Se acercaba fin de año y el período de evaluación de cada ministro. Acoger la inhabilidad suponía una inmediata mala calificación. El juez Guzmán no dudó y dio curso a la misma, tras lo cual, sin conocerme, me convocó a su despacho para prevenirme de las graves represalias a las que ambos nos exponíamos. Uno, por la osadía de promover la inhabilidad y el otro, por la temeridad de acogerla.

El coraje del juez Guzmán y su sobria independencia marcaron mi carrera desde entonces y forjaron una profunda confianza en el desempeño de nuestros jueces.

Juan Guzmán Tapia poseía el mismo talante y lucidez de jueces como Raquel Campusano o Gabriela Pérez, pero sin la severidad de estas. Aunque suene obvio, fue ante todo juez. Correcto. Notoriamente culto, pero modesto. Sobrio. Plácido y honesto. Lejos de cualquier impulsividad, sereno a la hora de resolver y siempre resuelto a intentar ser justo y humanitario. ¿Se equivocó como juez? Sin lugar a dudas muchas veces, como se equivocan todos los jueces. Sin embargo, siempre obró inspirado en la buena fe. Sin cálculos y asumiendo los riesgos propios de toda decisión judicial.

Por lo mismo, es injusto evaluarlo con una mirada de trinchera ideológica que desatienda los valores esenciales de la judicatura. El rol del juez en una sociedad

es demasiado relevante para someterlo a parámetros o criterios exclusivamente políticos. Un buen juez no es aquel que falla como uno desea ni aquel que piensa exclusivamente como uno, sino que aquel que está dispuesto a ponderar la evidencia, escuchar a las partes, estudiar, razonar y resolver solo conforme al mérito de los antecedentes. Juan Guzmán Tapia se inscribió en esa antigua escuela que ha prestigiado siempre a la judicatura chilena. Aquella de jueces profesionales y nobles dispuestos a hacer su trabajo con respeto y humildad. La modestia que lo caracterizó es la que tanto aporta a nuestro estado de derecho. Serena tanto el espíritu de un sentenciado como el de la sociedad. La sobriedad y discreción del juez Guzmán contrasta con la de algunos fiscales y exfiscales que han hecho de la persecución penal un espectáculo mediático. El juez Guzmán nos enseñó que quien investiga sirve a la justicia y no se sirve de la justicia, pues solo la justicia sin aspavientos es verdadera justicia.

La rebelión de los jueces

8 de marzo de 2021

El por ahora preliminar traspié del Ministerio Público (MP) en el caso del menor Tomás Bravo expuso de forma cruel cómo el creciente victimismo penal que domina el debate público ha permitido por años disimular reiterados errores en la persecución penal. Ha develado la falta de voluntad y autocomplacencia del MP para enfrentar sus debilidades, pues claramente no se trata de un caso aislado.

En efecto, existen muchos casos similares, como lo demuestra el Proyecto Inocentes (www.proyectoinocentes.cl) de la Defensoría Penal, institución que sin contar con los recursos ni autonomía del MP, visibiliza este serio problema. El caso “Quintrala” (homicidio del joven Diego Schmidt-Hebbel el año 2008) es igualmente ilustrativo. Un importante equipo de fiscales erradamente solicitó la prisión preventiva de un inocente. El posterior éxito al condenar al sicario y a quien lo contrató hizo pasar inadvertido el error y que esos fiscales siguieran con su carrera pese a que el destacado penalista Nuriel Heróldin Hermosilla reclamara entonces por la “falla estructural del Ministerio Público”.

Por lo mismo, merece reconocimiento el rigor en el comportamiento de nuestros jueces, quienes han dado prueba de independencia y capacidad al superar una vez más la presión mediática y confrontar la falta de evidencia. Sin embargo, esta verdadera rebelión judicial ante el frágil pero popular estándar de prueba que usa el órgano persecutor, no es suficiente. Es hora que el MP se haga cargo del defecto sistémico. No es admisible que la formalización se utilice como remedo del antiguo auto de procesamiento sin real control interno ni externo. Es hora que la ciudadanía entienda, y los medios de comunicación ayuden a ello, que la decisión de un fiscal no prueba nada, pues solo los tribunales determinan la responsabilidad penal. El MP por su propia indolencia o impericia ha erosionado la confianza en su accionar y hecho letra muerta del principio de objetividad que debe orientarlo. Casos como el de Tomás permiten vislumbrar

una terrible y desconocida cifra negra. ¿Cuántas acusaciones erradas, formalizaciones arbitrarias, o indebidas prisiones preventivas han tenido lugar en Chile en estos años? ¿Cuántos imputados han consentido salidas alternativas o juicios abreviados por la presión del caso penal, optando por un “mal arreglo” en lugar de un “buen juicio”, como dice el refrán popular?

Es preferible una investigación sin resultados, a una que sacrifica a inocentes para satisfacer la voracidad pública. Es tiempo de valorar a quienes no ceden ante la popularidad ocasional y prefieren la difícil decisión de admitir la imposibilidad de establecer la responsabilidad penal en un hecho. Esa valentía contrasta con la cobardía de quienes alimentan el populismo penal mediante la retórica de la corrupción o clamando por severas sanciones ante delitos que conmueven a la sociedad.

Abracadabra

5 de abril de 2021

¿Cómo una periodista con experiencia laboral en el canal de televisión venezolano TeleSUR y colaboradora de El Desconcierto, un pequeño medio digital que destaca por difundir notas críticas al gobierno de Chile, termina escribiendo free lance en un diario tradicional norteamericano como el Washington Post? Esa es la pregunta que subyace a la polémica por la aparición de críticas a la conducción de la pandemia en medios extranjeros.

En tiempos de fake news, la respuesta es sencilla. La encontramos en lo que el filósofo Byun-Chul Han denomina fantasmas digitales. Detrás de la crítica en el Washington Post, al igual que antes con una obsequiosa nota en un medio alemán atribuyendo falsamente el exitoso proceso de vacunación chileno a la presidenta del Colegio Médico, hay un denominador y modus operandi común. En ambos casos están presentes vínculos con el partido Verde Alemán y su Fundación Heinrich Böll. Se silencia que la autoría del artículo divulgado en EE.UU. corresponde a una periodista chilena colaboradora de dicha entidad de izquierda que por lo visto se ha propuesto incidir en el proceso de gobernabilidad de nuestro país.

Lejos del aparente exitismo que algunos quieren atribuir al gobierno, lo que hay es un oscuro intento por usar la pandemia y el sufrimiento para obtener ventajas políticas a cualquier precio. Se busca desacreditar a las autoridades para ocultar los evidentes logros de la estrategia sanitaria de Chile frente a una pandemia para la cual no existen recetas ni conocimiento previo suficiente para enfrentarla.

Por ello, no debe extrañar que se hiciera aparecer una columna de opinión -igual a esta- como representativa de un respetable medio internacional. Luego, se la viralizó en redes sociales y nuestros políticos de oposición, con el especial encono que los caracteriza, la utilizaron para apalancar su objetivo de “golpear

con todo” al gobierno. La bruma de la consigna y el medio ocultó el origen de la información. De esta forma, como en un acto de magia, la mera opinión de una sesgada periodista se transformó en voz oficial del Washington Post. Abracadabra, el hechizo surtió efecto.

Estamos en presencia de un hábil intento de desestabilización por la vía de construir un relato alternativo de la historia, una narrativa falaz con mezquinos objetivos, en el que activistas chilenos escriben en medios extranjeros auspiciados por fundaciones internacionales sin revelar sus conflictos de interés. Se abusa así de la buena fe ciudadana para legitimar una realidad paralela sin importar que ella sea falsa. Se trata de un modelo de desinformación propio de un manual de la Guerra Fría o de propaganda del jerarca nazi Joseph Goebbels. Se embauca a la ciudadanía para erosionar la credibilidad del gobierno. Son los tiempos que corren y las herramientas y armas comunicacionales están al servicio de la disputa por el poder y la gobernanza.

El día después

17 de mayo de 2021

Como pocas elecciones en la historia de Chile, la de este fin de semana ha generado movimientos sísmicos que ponen en duda muchas de las realidades que con mayor o menor certeza han predominado en la política nacional estos últimos 30 años. Ya habrá tiempo para extensos y rigurosos análisis de los resultados, pero evidentemente no se puede ignorar el hito que ellas marcan.

Al igual que miles de chilenos, cumplí el deber cívico de ser vocal de mesa en mi circunscripción de La Reina, en la que he votado regularmente desde 1988. Fueron dos extenuantes jornadas pese a la preocupante baja participación.

Por lo mismo, en estos momentos de incertidumbre, optimismo para algunos y pesimismo para otros, rescato esta vivencia en el corazón mismo de nuestra democracia. Allí donde inequívocamente con un lápiz y un voto todos somos iguales, y donde se respira algo que quien no lo vive, difícilmente puede aquilatar. Se forma la camaradería circunstancial de quienes se ven sujetos a la misma situación excepcional, que probablemente preferían rehuir, pero que cierto sentido del deber ciudadano compartido nos lleva a cumplir. Todos enfocados por unas horas en la tarea común de llevar el peso de la democracia conversamos sobre nuestras vidas, intereses, música y, más tímidamente, sobre política. Hay diferencias de orígenes, edad, género, e indudablemente ideológicas y a veces socioeconómicas.

Ese espíritu se repite en los votantes que lo hacen con la alegría de sentir que aportan para intentar construir la paz social e institucionalidad que nos une. La mayoría saluda amable, emite su voto y se despide con la misma cortesía, casi exagerada. Un breve contacto, pero en el que hay complicidad y orgullo compartido. No es difícil entender por qué el expresidente Ricardo Lagos llamaba a las elecciones “la fiesta de la democracia”, aunque muchos tras el

conteo de votos puedan sentirse defraudados o derrotados.

El proceso electoral contrasta con la forma de relacionarnos que se instaló a partir del 18 de octubre de 2019. En efecto, más allá de legítimas aspiraciones de cambios sociales, se impuso un discurso de violencia, de exclusión, binario y confrontacional que ha buscado extremar las diferencias, fomentar los odios y exacerbar los resentimientos, olvidando que la política democrática requiere acuerdos y colaboración. En ello la amistad cívica es esencial y es esa la que se respira en el proceso electoral.

Al final de la jornada, uno se despide de los demás vocales, en mi caso dos jóvenes compañeras de mesa, como lo hace con antiguas amistades, y si bien ahora escribo estas líneas recién conociendo los resultados de la elección -algo que uno intentó dilucidar en el escrutinio de votos de su propia mesa-, sin aún ponderar el impacto de la elección para el futuro de Chile, lo hago con la satisfacción de saber que seguimos siendo muchos los que queremos construir juntos ese futuro.

Chile invertebrado

14 de junio de 2021

Hace un siglo José Ortega y Gasset abordaba la crisis política y social por la que atravesaba España en un ensayo denominado “España invertebrada”. Tras la elección constituyente que busca encauzar nuestra propia crisis, dicho ensayo cobró especial actualidad.

Hay quienes pretenden decodificar lo ocurrido con lógicas superadas, y otros que, enceguecidos con el triunfo, dejaron aflorar su arrogancia, olvidando que generar una nueva Constitución debe ser una tarea común. Los constituyentes están llamados a recoger no sus propias ideas, sino que aquellas que reflejen el mayor consenso nacional posible. Los dos tercios de quórum requerido como mínimo y el plebiscito de salida responden a ello.

La convivencia nacional exige colaboración y un proyecto sugestivo de vida en común. Eso es lo que se plasma en una Constitución. A la inversa, si algo evidencian las elecciones es que la decadencia de Chile responde a que dejamos de compartir los sentimientos, necesidades o esperanzas de los demás. La ausencia de solidaridad nos pasó la cuenta. “Enojos o dificultades en tiempos de cohesión son fácilmente soportados”, pero “parecen intolerables cuando el alma del grupo se ha des-integrado”, escribía Ortega y Gasset, denominando “particularismo” a “aquel estado de espíritu en que creemos no tener por qué contar con los demás. Unas veces por excesiva estimación de nosotros mismos, otras por excesivo menosprecio del prójimo”. La atrofia política condujo a este proceso de desintegración, por lo que el desafío constituyente radica en ser capaz de recuperar el espíritu unitario y común.

Esto se manifiesta también en la hipnosis electoral de cara a las elecciones presidenciales. Con poco margen para aquilatar la elección de constituyentes, se resolvieron de inmediato las precandidaturas presidenciales y sus primarias, sin

realmente pensar lo que está en juego en dicha elección, ni en las elecciones parlamentarias que la acompañarán. Como debiera ser evidente, es posible que se repita lo ocurrido el pasado 15 y 16 de mayo. Ante la eventualidad que un mismo sector lidere la Convención Constituyente, el Congreso Nacional y detente la Presidencia de la República, Chile se vería enfrentado ante una enorme prueba de vocación y madurez democrática que evite el camino totalitario que algunos pretenden con descaro transitar, intentando incluso modificar los quórum acordados en la reforma constitucional que abrió camino al proceso constituyente.

Evocando a Ortega y Gasset, Chile se arrastra invertebrado, “no ya en su política, sino, lo que es más hondo y substantivo que la política, en la convivencia social misma”. Ante ello, cobra renovado valor la existencia de un Poder Judicial independiente y vigoroso que no dude en proteger los derechos de la ciudadanía en caso de que surja la tentación de avasallarlos.

En el campo de batalla

18 de octubre de 2021

En una parábola escrita por Franz Kafka se describe al ser humano tensionado entre el pasado y el futuro, intentando encontrar un punto de perfecta objetividad. El escenario es un campo de batalla en el que enfrenta a dos adversarios. El primero le amenaza por detrás, desde los orígenes, en tanto el segundo le cierra el camino hacia adelante. Se trata de la natural tensión entre pasado y futuro propia de momentos de convulsión en los que se sublima la emoción por encima de la razón y en el que el hombre vive en el intervalo que existe entre uno y otro tiempo.

Frente a este delicado equilibrio, no podemos ni debemos anclar nuestro pensamiento en la mera percepción de los sentidos. Para evitar el error o el engaño es indispensable la sana sospecha de la razón, tan ausente en nuestro actual pensamiento político.

Hace dos años nos dijeron que “no eran 30 pesos, sino 30 años” para justificar la inédita violencia desatada y el desafío al estado de derecho. Para algunos sonaba hermosa la consigna. A partir de entonces, nuestro país, golpeado por la pandemia y la anomia, entró en un voraz deterioro institucional de la mano de un descarado populismo electoral. Ya se evidencian las primeras fallas geológicas de la nueva utopía política. La inflación ya no es una amenaza vacía de economistas, sino que una realidad en que el aumento del costo de la vida cala hondo en los bolsillos de la ciudadanía como una premonición de los duros tiempos que se avecinan.

En un mes más elegiremos a quienes conducirán a Chile. Lo que estará en juego no serán 30 pesos, sino que los próximos años. Si cambia todo el paradigma y, como pretenden algunos, abandonamos nuestro modelo de desarrollo, muy pronto se valorarán los 30 años pasados y también los 30 pesos. En un país

empobrecido, con acceso reducido a créditos, con tasas elevadas de desempleo, con disminución del ingreso familiar, sumido en un proceso de estanflación, recordaremos lejanamente la frívola frase y no será hermoso.

También estará en juego el estado de derecho. ¿Se respetarán las leyes o se privilegiarán las trampas y resquicios como hace la Convención Constitucional? ¿Se respetarán los tratados internacionales suscritos por Chile? ¿Se aplicarán los principios del debido proceso, la cosa juzgada, el carácter de última ratio del derecho penal, o serán años de purgas y persecuciones ilegítimas por parte de un Ministerio Público desesperado en busca de una esquiva popularidad?

Tocqueville en “La democracia en América” escribió que “toda vez que el pasado dejó de arrojar su luz sobre el futuro, la mente del hombre vagó en la oscuridad”. Al negar nuestro pasado reciente Chile se sumió en la desorientación. Hoy debemos descifrar cómo retomar el camino de gobernanza y libertad para alejarnos de la aventura de ideologías extremas que socavan la democracia.

La máscara de la muerte roja

1 de noviembre de 2021

En estas fechas, imitando la tradición anglosajona, se celebra Halloween, festividad de origen celta en que es común ver niños disfrazados y representaciones asociadas al terror y el miedo.

Quizás por ello recordé el cuento “La máscara de la muerte roja” de Edgar Allan Poe, uno de los más influyentes escritores americanos de su tiempo, famoso por su contribución a la literatura de terror. En su relato, el príncipe y su corte se refugian en un castillo lejos de una plaga que asola al reino y, abstrayéndose de ella, hacen una fiesta de máscaras. Poe describe con esmero las distintas habitaciones del castillo que los cortesanos recorren, incluida una, la más aterradora, a la que nadie quiere entrar, y en la cual durante la fiesta se infiltra la “muerte roja” sin que nadie la advierta hasta que se saca la máscara.

Toda historia admite diferentes lecturas, sin embargo esta inevitablemente se puede asociar con el momento que atraviesa Chile tras el estallido social, el advenimiento de la pandemia y la sistemática dilapidación económica y destrucción institucional que se ha desatado con fervor casi religioso. Para el prestigioso medio The Economist, los acontecimientos sugieren que Chile, lejos de parecerse a Finlandia, modelo que tantos suelen invocar, cada día se parece más a nuestros disfuncionales vecinos.

Prontos a una elección trascendental, en que se define el tipo de país de los próximos años y si Chile optará por el camino de la libertad y el estado de derecho, o se dejará llevar por esta fiesta interminable de violencia y destrucción, es imposible ignorar el juego de máscaras de candidatos que esconden sus programas, sus militancias o sus apoyos, y a la vez tratan de etiquetar falsamente a otros con una actitud inquisitorial. Como en el cuento, detrás de las máscaras no hay nada, solo un vacío, producido por nosotros

mismos como sociedad, por nuestros temores, cobardía, resentimiento, envidia y egoísmo. A fin de cuentas, cada candidato es parte del espejo de lo que somos y, por ende, son parte de nuestra propia devastación. Como en el cuento, hemos recorrido a lo largo de la historia las distintas habitaciones políticas de nuestro país. ¿Queremos volver a entrar a aquella que solo nos trajo desolación, miseria y filas de desabastecimiento, y que permitió se infiltrara la muerte?

Una conocida frase de los años sesenta utilizada para ilustrar el entusiasmo que despiertan con frecuencia las posturas de extrema izquierda, a diferencia de las posiciones moderadas y el sentido común, aseguraba que era “preferible equivocarse con Sartre que tener razón con Aron”. Ello, por cuanto Raymond Aron con saludable escepticismo defendía las libertades y la democracia, frente a los embates de pensadores marxistas. De cara a las próximas elecciones y pese a las máscaras, aún podemos distinguir el campo de la libertad y alejarnos del actual pantano de odio irracional.

Terremoto del tiempo

15 de noviembre de 2021

El escritor Kurt Vonnegut en “Cronomoto” relata los extraños acontecimientos que un día, como si se tratara de un terremoto, detienen el paso del tiempo y lo hacen retroceder una década. El mundo despierta como si esos años no hubieran transcurrido y obligado a repetir lo vivido. ¿Cuánto de ello hay en el programa aggiornato del FA-PC? ¿Cuánto de ello hay en la inmovilidad histórica del Partido Comunista que quiere que Chile vuelva atrás como si del año 1970 se tratara?

La parodia de elecciones que llevó adelante la dictadura sandinista nicaragüense con todos los candidatos opositores encarcelados, así como las enormes manifestaciones por la libertad en Cuba duramente reprimidas, sirven para exhibir el rostro de quienes ven en dichos regímenes totalitarios -y en Venezuela- modelos a seguir en Chile. Mientras en Nicaragua Daniel Ortega lleva más de 17 años en el poder, la dictadura castrista cubana supera los 70 años.

El respaldo a la continuidad de facto de Daniel Ortega manifestado por el Partido Comunista junto a otras fuerzas de extrema izquierda y la reacción destinada a silenciarlo para esconder ante la opinión pública dicha posición radical no pueden pasar inadvertidas. No es posible arrojar debajo de la alfombra la consistente, prolongada e ininterrumpida relación entre dichas dictaduras y quienes desean gobernar Chile. La fotografía de la diputada Karol Cariola abrazada a Ortega, y posteada en sus redes sociales con la elocuente frase “Gran reunión con el compañero Presidente Daniel Ortega!! Nuestra América Latina avanza a paso firme”, así como las declaraciones de la candidata del mismo pacto FA-PC, Florencia Lagos, afirmando que “estaríamos hartos mejor” si nos “transformáramos” en Cuba o Venezuela, no se pueden minimizar, tal como en su momento tampoco se podía aceptar el anuario antisemita de Daniel Jadue. No se trata de meras caricaturas ni de anecdóticos episodios o expresiones juveniles.

El PC y muchos dirigentes del FA han manifestado su permanente negacionismo histórico ante las graves violaciones a los DD.HH. en Nicaragua, Venezuela y Cuba. Se trata de algo profundo que permea a la extrema izquierda criolla, y revela el tipo de sociedad a la que aspiran. Una coalición construida sobre bases de escasa vocación democrática no cambia por unas pocas palabras de impostada moderación.

Para Anne Applebaum en “El ocaso de la democracia”, existe “cierta sensibilidad autoritaria presente en toda una generación de agitadores universitarios de extrema izquierda” que está presente también en los instigadores de masas de las redes sociales. “Ellos pretenden redefinir sus naciones, reescribir los contratos sociales y a veces alterar las reglas de la democracia para no perder nunca el poder”. A días de una tensionada elección podemos aprender de Nicaragua y evitar un terremoto del tiempo.

Tengo miedo torero

29 de noviembre de 2021

El fallecido escritor chileno Pedro Lemebel en su novela “Tengo miedo torero” retrata a un travesti -la Loca del Frente- que debe sobrevivir como sujeto sexualmente distinto durante la dictadura. Hay en ello una suerte de escapismo al contexto histórico que le toca vivir y un crédulo intento por ignorar la realidad.

Algo similar se aprecia en la forma como algunos han decidido enfrentar la segunda vuelta de la elección presidencial. No solo resulta llamativa la celeridad con que un supuestamente renovado Gabriel Boric aparenta dar un giro copernicano a su carrera política abrazando a aquellos a los que antes denostó, sino que sorprende la actitud con que estos últimos buscan trepar a su árbol. Donde antes hubo desprecio, ahora se finge un oportunista afecto.

El mismo Boric que alegremente se saltaba torniquetes, encaraba a Carabineros, escondía o reemplazaba la bandera nacional, renegaba del estado de derecho y el orden público, declaraba a CNN encontrarse “a la izquierda del Partido Comunista”, y repudiaba los últimos 30 años de desarrollo de nuestro país, ahora se presenta con remozada imagen como un nuevo estandarte republicano. Tan burda y grotesca ha sido la performance que excede largamente la flexibilidad propia de la política.

Este acto de populismo y engaño extremo no puede pasar desapercibido. Es la técnica de los fake news aplicada al discurso y programa de un candidato. Es la liviandad argumental y fugacidad propia de un texto virtual posteo en redes sociales aplicada a la política, ignorando todo lo hecho, dicho y escrito previamente. El maniqueísmo conceptual, moral y programático desnuda inevitablemente el nulo compromiso con lo que alguna vez se pretendió representar, o peor, una maquiavélica forma de acceder al poder a cualquier costo. Ello, acompañado de una hábil campaña de desinformación que usa la

retórica anti fascista de la ultra izquierda y el Partido Comunista, a la vez que se esconde el propio ideario totalitario y la entrañable relación con las dictaduras de Cuba, Venezuela, Nicaragua e incluso Corea del Norte.

De esta forma Boric, como en la novela de Lemebel, pareciera susurrar en el oído de la ex Concertación la contraseña “tengo miedo torero”, apelando a un irresponsable sentimiento contrario a las ideas de derecha y centroderecha, que los lleve a preferir el programa 95% comunista de Apruebo Dignidad. Se trata de una incondicional claudicación y renuncia al proyecto socialdemócrata que no supieron defender y un cavernario temor a un candidato conservador. Se resignan a sacrificar libertades anteponiendo un incomprensible odio político hacia el adversario, prefiriendo el totalitarismo a la democracia. En ello no hay nada digno; nada rescatable. En palabras de Ortega y Gasset, “el engaño resulta ser un humilde parásito de la ingenuidad”.

País de la ausencia

13 de diciembre de 2021

La semana pasada -a solo días de la elección presidencial- se cumplieron 76 años de la entrega del Premio Nobel de Literatura a Gabriela Mistral. Ello me recordó el poema homónimo de esta columna, en el que nuestra poetisa da cuenta que Chile es un país hecho de cosas que no son país, de sueños e ilusiones que se frustraron, y a las cuales se apela en cada nuevo ciclo electoral.

“País de la ausencia/ extraño país/ más ligero que ángel/ y seña sutil/ color de alga muerta/ color de neblí/ con edad de siempre/ sin edad feliz”.

El contrapunto entre el ángel y el neblí es ilustrativo. Mientras el primero predispone al optimismo, a algo positivo, el segundo designa a un ave de rapiña y a la idea fantasmal de la neblina, a algo que empuja esa sensación de frustración, de metas incumplidas y sueños no realizados. Mucho de ello se juega en estas elecciones. Quizás por lo mismo conviene conocer la experiencia del exiliado venezolano Leopoldo López, quien visitó Chile para alertar cómo la dictadura se instaló en Venezuela precisamente desde la propia democracia.

En un conversatorio de la Universidad Adolfo Ibáñez, señaló que democracia, libertad y estado de derecho son conceptos que no dicen nada hasta que se pierden. Son como el oxígeno que no se ve, pero cuya ausencia nos ahoga. Además, recalcó la importancia de preservar la institucionalidad y asegurar la autonomía de los poderes públicos, pues “su deterioro progresivo culmina en la amputación completa de los derechos”, al punto que en Venezuela el estado se transformó en una estructura de crimen organizado cuya economía “es como el dark web, que se alimenta por el narcotráfico, el terrorismo, y el contrabando”.

Toda democracia requiere reglas de juego equitativas cuya legitimidad presupone el pleno respeto a quien no es parte de la mayoría, algo que ha estado ausente del proceso constituyente, y que muchos esperaban ratificar en la pasada

elección parlamentaria. Sin embargo, la ciudadanía fue más sensata y optó por un virtual empate que nos alejó de esa pretensión avasalladora. La elección presidencial puede consolidar esa determinación. Los dos años que mediaron entre la extrema violencia desatada en octubre de 2019 y estas elecciones, como en el poema de Mistral, dieron cuenta que los chilenos aspiran a un país distinto, en orden, paz y libertad.

El temple de Chile puede superar el inhóspito paisaje de la violencia y nuestro voto, frenar aventuras totalitarias similares a la de Venezuela, Cuba y Nicaragua. En palabras de la hoy convencional Patricia Politzer, quien en 1984 escribió “Miedo en Chile”, debemos “construir una democracia en serio, sin verdades absolutas, sin ideologías que estén por sobre las personas” y “sin que se denigre o descalifique, simplemente porque el otro es diferente o no piensa del mismo modo”. El futuro Presidente tendrá en ello una gran responsabilidad.

El tiempo en las bastillas

27 de diciembre de 2021

Una opinión recurrente en estos días para explicar el resultado de la elección presidencial plantea que -más allá de los aciertos del adversario- el error radicó en optar por un candidato tildado de “cavernario”. Se le atribuye a la mirada conservadora de José Antonio Kast y a su consistencia histórica parte de la culpa, obviando su notable votación, casi idéntica a aquella con la cual el Presidente Piñera fue electo en 2017.

Hay en este razonamiento miopía política para eludir responsabilidades mayores. El error es muy anterior, se evidenció en las primarias y aunque duela hay que explicitarlo. ¿Por qué se insistió con un candidato como Joaquín Lavín, cuyo empeño electoral se remonta al siglo pasado y que también encarnaba un ideario conservador pero adobado de cosismo municipal? ¿Por qué se impulsó a un independiente que provenía de la vereda del frente para asumir las banderas? Claramente existía una gran confusión.

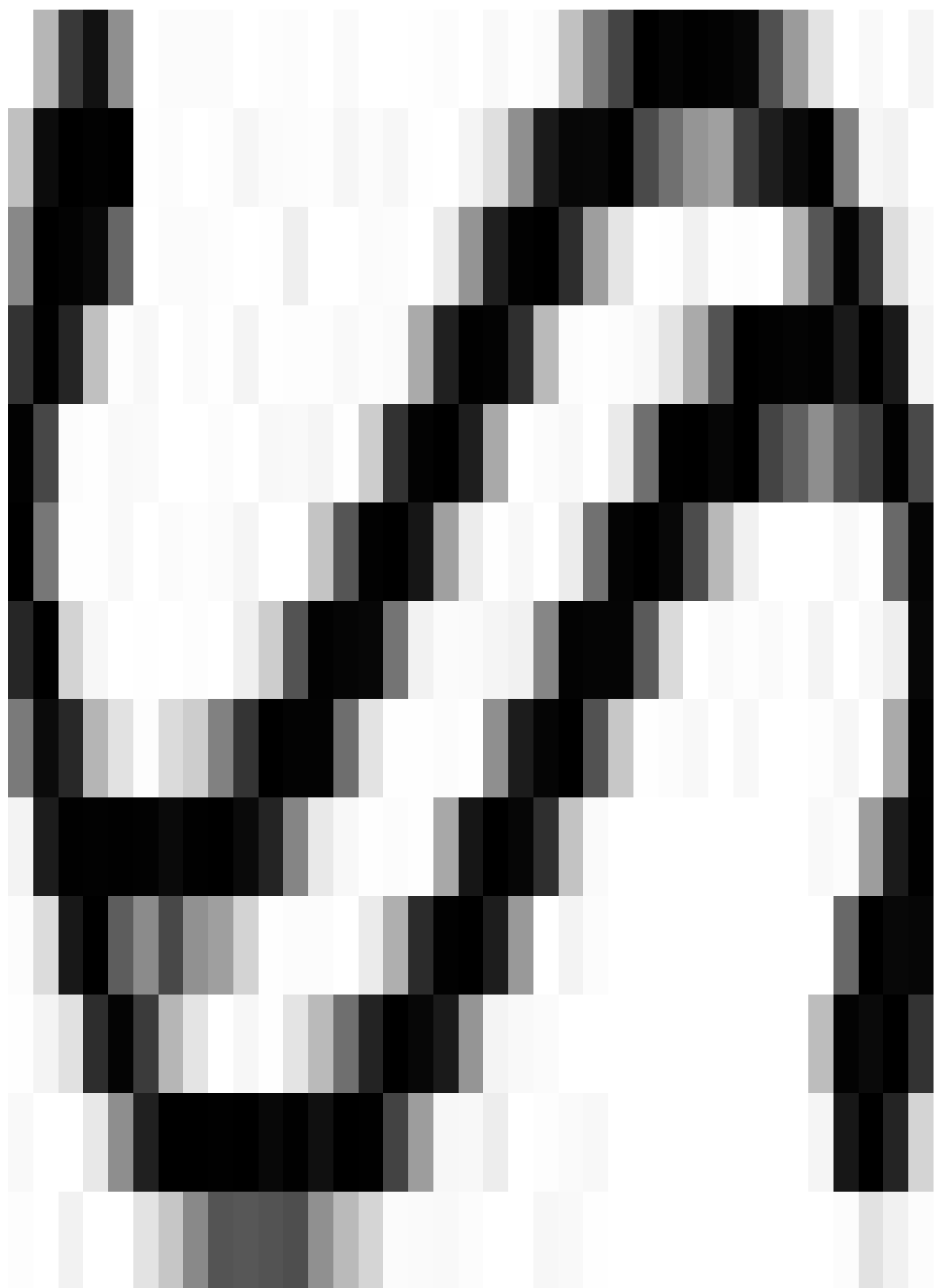
Aquí está la esencia del problema. La centroderecha ha sido incapaz con sus propias ideas de encarnar un proyecto país, un relato, una épica que convoque al nuevo Chile. No es suficiente votar contra las ideas de otros, es importante sumar gente a las ideas y proyecto propio. Con hidalguía hay que admitir que en ello el FA y Boric han sido especialmente hábiles. Han intentado entender las demandas de la ciudadanía y ofrecer respuestas a ellas. Fue la ausencia de proyecto país lo que hizo que la disputa presidencial se redujera casi a un fenómeno de caudillismo que bien pudo liderar Sichel o Lavín y cuyo desenlace hubiera sido el mismo. En eso Kast -el más improbable de los caudillos- al menos ofreció un proyecto -conservador y si se quiere antiguo, pero honesto- que apeló al orden y la seguridad y a un país en tranquilidad, que no alcanzó para ganar, pero permeó el programa vencedor.

Así queda la sensación que mientras un sector más radical se reunió en torno a un proyecto movilizador, la centroderecha -y también la centroizquierda- fueron incapaces de hacer lo propio. Mientras unos se aferraron a la utopía de su proyecto para llegar al poder, los otros se aferraron al poder por el poder, sin contenidos, sin propuestas.

En el fondo, rápidamente olvidaron -o nunca entendieron- las demandas de octubre de 2019 y las lecciones de la elección de constituyentes. Olvidaron a una ciudadanía cansada y deseosa de nuevos liderazgos y desafíos, renuente a apoyar a quienes no traen aires de renovación. La derecha y centroizquierda están en deuda en esto y la travesía por el desierto será larga si no se hace el diagnóstico correcto y se convoca a un proyecto que apele a la mayoría de lo que Chile demanda.

En palabras del cantautor Fernando Ubierno, “Dicen que el tiempo guarda en sus bastillas/ Las cosas que el hombre olvidó/ Lo que nadie escribió/ Aquello que la historia nunca presintió”.

Otras columnas



No se vive solo de política y derecho

Análisis internacionales

La caída de Ícaro

23 de abril de 2019

Según la mitología griega, para huir de la isla de Creta, Dédalo fabricó alas para él y su joven hijo Ícaro, advirtiéndole que no volara muy alto, pues el calor del sol derretiría la cera, ni demasiado bajo, porque el mar mojaría sus alas. El mito enseña la virtud de la prudencia, condenando la irresponsabilidad y la temeridad, siendo tan malo aspirar a demasiado poco, como querer volar demasiado alto.

La inesperada y violenta muerte del ex Presidente de Perú Alan García, en el marco de la investigación del caso Odebrecht, desnuda con crudeza el fracaso del estado de derecho, cuando se abandona la prudencia en el actuar del sistema judicial.

Mucho se ha escrito en cuanto a que no es normal que un país encarcele o persiga criminalmente a todos sus expresidentes, pero poco se ha reflexionado en torno a lo que simboliza el suicidio de García en relación con la confianza en la institucionalidad de ese país, en el vigor de su democracia y el verdadero funcionamiento del sistema judicial y su Ministerio Público. Si quien ha detentado la máxima magistratura de un país y conoce por dentro su funcionamiento institucional, no confía en el estado de derecho, quiere decir que probablemente en el altar de la persecución criminal se pudieron sacrificar las mínimas garantías de todo ciudadano para enfrentar un proceso judicial, y muy particularmente aquella que dice relación con la presunción de inocencia.

En este sentido, la reflexión también alcanza a Chile. En efecto, la proliferación de causas con alto impacto mediático, la mayoría de ellas en el ámbito del loable combate a posibles delitos de corrupción o en materia de presuntos abusos sexuales, ha implicado que el Ministerio Público y nuestros tribunales de justicia se vean expuestos a expectativas procesales difíciles de alcanzar. Paradigmáticos son los fallos en el llamado "caso de la basura", en que dos alcaldes fueron absueltos y los jueces formularon serias críticas al actuar del órgano persecutor. El especial celo y vigor que en ocasiones se quiere exhibir, da cuenta de un

peligroso fenómeno, en el que se privilegia el tribunal de la opinión pública en lugar del tribunal de justicia. El éxito comunicacional releva al derecho a un segundo plano, demoliendo emocionalmente a quien debe probar su inocencia, pese a que, de acuerdo con nuestra ley procesal, ella se debe presumir. Vivimos entonces en una sociedad de culpables, sujetos al perverso escrutinio de terceros, sometidos al rigor de la calle y no de la justicia. Alan García, cualquiera fuera su responsabilidad en los hechos indagados en Perú, puso el dedo en la llaga, o la bala en la sien. Cuando la persecución penal no repara en las garantías de los ciudadanos, el estado de derecho fracasa, pero también fracasa cuando, por imprudencia persecutoria, un caso judicial se desmorona como el mitológico Ícaro.

Por Ruth Bader Ginsburg

21 de septiembre de 2020

En vísperas del año nuevo judío -Rosh Hashana- falleció la jueza de la Corte Suprema de los Estados Unidos Ruth Bader Ginsburg. La tradición judía enseña que los justos, aquellos que mejor encarnan la demanda de paz, iluminación y justicia, mueren precisamente al final de un año.

Ruth Bader Ginsburg trascendió por sus sentencias y muy especialmente por sus disensos. Su opinión fue permeando las posiciones mayoritarias con elegancia, al punto de transformar silenciosamente el debate jurídico y constitucional de los EE.UU. En su sencilla oficina colgaba un cuadro con un pasaje del Antiguo Testamento (Deuteronomio 16:20), “la justicia, solo la justicia, buscarás”, en el cual la reiteración de la palabra justicia refuerza su supremo valor.

Destacada liberal y feminista, defendió con firmeza pero sin estridencias las reivindicaciones de las minorías. Nunca temió expresar sus ideas y, por el contrario, vio en el genuino debate, aquel que se basa en la razón y el derecho, la forma de construir una mejor sociedad. Su entrañable amistad con otro fallecido juez, Antonin Scalia, el mayor exponente del ala conservadora de la Corte Suprema, fue una demostración de que es posible disentir sin agravios. El espíritu cívico con el que siempre enfrentaron los más difíciles conflictos judiciales, aquellos que ponen a prueba las posiciones valóricas de los jueces, ha sido un ejemplo para generaciones de juristas norteamericanos.

Quizás esa realidad suene lejana en nuestro país donde el disenso no se respeta. Las visiones valóricas y políticas no se explican sino que se imponen. La amistad cívica es vista con desconfianza. La moderación se tilda de fanatismo de centro y al que disiente se lo intimida. Un moderno puritanismo con olor a fascismo ha permeado en quienes aparentan posiciones progresistas.

En palabras de Milan Kundera (“El arte de la novela”), se imponen los que

anhelan un mundo en el que se pueda distinguir con claridad el bien del mal, pues existe el deseo, innato e indomable de juzgar antes que de comprender. Hay un proceso de simplificación del debate de la mano de medios de comunicación y redes sociales. Son lo que Kundera denomina “termitas de la reducción” y que en base a “clichés” aceptables para la mayoría permiten que órganos persecutores y fiscalizadores exorbiten impunemente sus competencias.

Es el “barullo de las respuestas simples”. Cualquiera se transforma en experto de un día para otro. Quien es hábil en la ironía y la alquimia de argumentos tendenciosos, astuto en redes sociales o dispone de vitrina televisiva, se erige en autoridad. Las pasiones propias de estos tiempos hacen inaccesible la reflexión racional. Por lo mismo es deseable que en Chile podamos comprender antes que juzgar. Como enseñó Ruth Bader Ginsburg, allí radica la verdadera justicia.

Antisemitismo

El fantasma de Diana Aron

18 de noviembre de 2011

En ocasiones la historia nos sorprende con sutilezas, oportunismos, y hasta crueles coincidencias. Ello es precisamente lo que ha ocurrido con el inaudito homenaje organizado al coronel (R) Miguel Krassnoff.

Precisamente hoy, 18 de noviembre, se cumplen 37 años desde el día en que la joven periodista Diana Aron Svigilsky fuera secuestrada mientras transitaba por Av. Ossa, en dirección a la casa de unos amigos. En la ocasión fue baleada, trasladada a Villa Grimaldi primero y luego a una clínica clandestina de la DINA, perdiéndose todo rastro de la misma.

Por el secuestro, tortura y posterior desaparición de Diana Aron, el ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago Alejandro Solís condenó a quince años de prisión precisamente al “homenajead” coronel (R) Miguel Krassnoff. Dicha sentencia forma parte de los 144 años que el referido Krassnoff purga actualmente en Punta Peuco.

Los relatos que constan en el proceso judicial dan cuenta que éste participó de las torturas a la joven periodista con especial encono, por ser ella una mujer de izquierda y judía. Así, al grave atropello a los Derechos Humanos de que fue víctima Diana Aron, se sumó el antisemitismo del hechor. Más de alguien describió lo ocurrido entonces como un “festín antisemita” y, de hecho, un testimonio recogido en el libro “Confesiones de un torturador” de Nancy Guzmán resulta escalofriante: “Krassnoff la agredió con tal brutalidad que le produjo una hemorragia que todo el suelo quedó con un charco de sangre que debe haber sido parte del feto que perdió por culpa de los apremios... Krasnoff salió de la sala de tortura con las manos ensangrentadas gritando: Además de marxista, la conchesumadre es judía.... hay que matarla”.

De allí que frente a este vergonzoso homenaje, el recuerdo de Diana Aron asome como un fantasma para todos aquellos que participaron en su secuestro, tortura y

desaparición forzada, y sirva más que nunca de testimonio a Chile entero. Diana Aron, a 37 años de su desaparición, nos recuerda a todos que estos brutales actos delictuales, no pueden ser tolerados, aceptados, justificados ni por cierto homenajeados.

Resulta inconcebible que en Chile todavía algunos (aunque sean pocos) relativicen las graves violaciones a los Derechos Humanos cometidas. Sin distinciones políticas se deben repudiar dichos hechos tanto por quienes sabiendo de los mismos los ignoraron, como por quienes tardíamente se enteraron de ellos.

Pueden existir diferentes aproximaciones y puntos de vista para explicar por qué Chile en esos años llegó a tan dramático abismo, pero debe existir consenso nacional que estas graves violaciones a los Derechos Humanos de muchos ciudadanos resultan repudiables. Sólo una sociedad con memoria histórica y arrepentimiento sincero será capaz de evitar que atrocidades como las que sufrió Diana Aron vuelvan a repetirse.

**Esta columna se publicó en el blog de Cooperativa.*

<http://blogs.cooperativa.cl/opinion/gabriel-zaliasnik/>

Del fantasma de Diana Aron al fantasma de Proskurov

21 de noviembre de 2011

En mi última columna, “El fantasma de Diana Aron”, escribía sobre el insensato homenaje y lanzamiento de un libro en honor al condenado coronel (R) Miguel Krassnoff, afirmando que, en ocasiones, la historia nos sorprende con sutilezas, oportunismos y crueles coincidencias. Ello en alusión a que este grave episodio tenía lugar en el aniversario número 37 del secuestro de la joven periodista Diana Aron.

Para mi sorpresa, las crueles coincidencias no se agotaron en ese hecho. Por la tarde del mismo día que escribí la columna, leí en un diario vespertino las declaraciones del ex ministro del gobierno militar Alfonso Márquez de la Plata, quien señalaba haber conocido a Krassnoff con ocasión de la visita a Chile de un grupo de cosacos que condecoraron al general Pinochet en la Fundación que lleva su nombre. En aquella oportunidad habrían rendido especial tributo a Krassnoff por ser nieto del líder cosaco Piotr Krasnow, añadiendo: "Miguel Krassnoff es descendiente de famosos cosacos. Su abuelo y su padre fueron colgados en la Plaza Roja por combatir el comunismo".

La forma con que Márquez de la Plata aludía a los antepasados de Krassnoff -“famosos cosacos”- me inquietó. Históricamente, la “fama” de los cosacos siempre se relacionó con su participación en cruentos y sanguinarios hechos, y muy especialmente en matanzas contra los habitantes judíos de Rusia y Ucrania durante la época zarista como en los años siguientes a la Revolución Rusia de 1917. De hecho, prácticamente toda mi familia paterna fue asesinada en lo que se conoció como el “Pogrom de Proskurov” el 15 de febrero de 1919.

¿Sería entonces posible que el abuelo de Krassnoff fuera efectivamente un importante líder cosaco y, si era así, habría participado de hechos como los que marcaron el destino de mi familia?

Me aboqué obsesivamente a revisar la información disponible y, para mi sorpresa, esta es la historia que precede al Coronel (R) Miguel Krassnoff:

Su abuelo Piotr Krasnow fue un criminal de guerra que dirigió a los Cosacos del Don, en Ucrania, siendo responsable de numerosas matanzas -pogromos- en contra de los habitantes judíos de esas zonas. Junto a otros criminales cosacos como Semeon Petlura, condujeron -entre 1918 y 1920- más de 1.300 pogromos, asesinando a cerca de 150.000 judíos. Entre estas masacres destacaron las de Kiev, Sarny, Ovruc, Tetiev, Cherkowsky y Proskurov. En esta última fueron asesinados 1.600 judíos, entre ellos, como lo anticipé, toda la familia de mi abuelo paterno, quien emigró a Sudamérica como único sobreviviente de aquella sangrienta orgía antisemita.

Con el advenimiento de Hitler al poder, y particularmente con ocasión de la invasión nazi a la ex Unión Soviética, Piotr Krasnow, en su calidad de líder cosaco en el exilio, acordó con el general alemán Helmuth Von Pannwitz la incorporación de unidades cosacas al bando alemán, organizando la 1ª División de Caballería cosaca del Ejército Alemán. Entre dichos soldados se encontraba precisamente el padre del coronel (R) Miguel Krassnoff, Semeon Krasnow. En el año 1944 la mayor parte de estos soldados cosacos se incorporó a las sanguinarias Waffen SS, las tropas de elite de Hitler a cargo de la implementación del genocidio contra el pueblo judío.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, tanto Piotr como su hijo Semeon Krasnow se entregaron al ejército inglés en Austria, el que, en cumplimiento de los acuerdos de Yalta, los envió junto a otros prisioneros de guerra a la ex Unión Soviética para su juzgamiento. Tanto el abuelo como el padre del coronel (R) Krassnoff fueron enjuiciados por crímenes de guerra, traición a la patria y colaboración con el enemigo, siendo condenados por el Tribunal Supremo de la URSS a la pena de muerte y ejecutados en definitiva por fusilamiento -no colgados- en el patio de la Cárcel de Lefortovo -y no en la Plaza Roja- en enero del 1947.

Claramente la relación de hechos que proporcionó Marquez de la Plata fue insuficiente o acomodaticia. Ni el padre ni el abuelo fueron “colgados en la Plaza Roja por combatir el comunismo”. Fueron juzgados como partícipes de crímenes de guerra junto al ejército de la Alemania Nazi al que voluntariamente se integraron y apoyaron.

Lamentablemente, ni Piotr Krasnow ni Semeon Petlura ni otros líderes cosacos pioneros del terror masivo que impregnó a Europa a partir de la I Guerra Mundial fueron juzgados por las matanzas previamente realizadas en contra de la indefensa población judía de Rusia y Ucrania. Sin embargo, así como el fantasma de Diana Aron apareció para reivindicar la memoria histórica de nuestro país, el fantasma de Proskurov, la aldea ucraniana de mi abuelo paterno, también emergió para reivindicar su propia memoria.

**Esta columna se publicó en el blog de Cooperativa.*

<http://blogs.cooperativa.cl/opinion/gabriel-zaliasnik/>

Boric y el antisemitismo

8 de octubre de 2019

La semana pasada se celebró Rosh Hashana, el año nuevo judío. Se trata de una de las festividades más importantes del calendario hebreo y, como es tradicional, la Comunidad Judía de Chile, que en el pasado me correspondió presidir, comparte sus tradiciones. En ese contexto se le hizo llegar un pequeño y tradicional obsequio -un frasco con miel- a distintas autoridades del país, sin distinciones ideológicas o políticas, entre ellos el diputado Gabriel Boric, reafirmando el compromiso en este nuevo año con la construcción de una sociedad más inclusiva, solidaria y respetuosa. Ello, en la esperanza que sea un año dulce para todos en Chile.

La reacción del diputado ante este gesto de hermandad entre chilenos resultó inesperada y desafortunada. En redes sociales respondió que la comunidad judía debía primeramente exigir a Israel “que devuelva el territorio palestino ilegalmente ocupado”. Con ello el diputado culpó colectivamente a chilenos de origen judío por las acciones de otro estado, Israel. Para muchos el episodio puede parecer una mera anécdota propia de posiciones ideológicas enfrentadas o diferencias respecto del conflicto de Medio Oriente. Sin embargo, ella no se puede soslayar ni minimizar. Se trata de un episodio -que quizás ni el propio Boric advirtió- de manifiesto antisemitismo. En efecto la definición internacional de antisemitismo adoptada por la Unión Europea y muchos otros países precisamente incluye el culpar colectivamente a los judíos por las acciones de Israel.

En la narrativa de Antón Chejov, cuando en un capítulo el autor dice que el protagonista colgó un arma en el muro, en el siguiente o subsiguiente dicha arma necesariamente debe haber sido empleada. En otras palabras, cada acontecimiento es relevante para el drama, y se transforma en apropiado predictor que permiten prevenir o anticipar acontecimientos no deseados.

Eso es precisamente lo que ocurre con fenómenos como el antisemitismo, la intolerancia y la discriminación. Cuando aparecen y toleran, comienzan a permear la sociedad en cuyo seno se han nutrido.

Por lo mismo, cuando una autoridad, en este caso un diputado, postea un evidente mensaje antisemita, es relevante denunciarlo públicamente de manera que a futuro ello no dé lugar a episodios mucho más graves como ocurre en otras latitudes. Louis Brandeis, ministro de la Corte Suprema de los Estados Unidos, señalaba que “la mayor amenaza para la libertad es la indiferencia de la gente”. En tiempos en que el discurso de odio se propaga en todos los ámbitos del debate se debe estar alerta a las señales de intolerancia de cualquier clase; a la hostilidad racial, étnica o religiosa que solapadamente muchas veces se difunde por ignorancia o indiferencia, ya que, cuando la sociedad lo advierte, muchas veces ya es demasiado tarde. Se han socavado los pilares de la convivencia social.

Auschwitz

27 de enero de 2020

Se cumplen 75 años de la liberación del campo de exterminio nazi de Auschwitz. La magnitud del horror sin precedentes del Holocausto en que seis millones de judíos fueron asesinados ahoga cualquier intento de pensar en otro tema. Quizás por ello Bauman afirmó que "el holocausto es una ventana y no un cuadro. Una ventana por la que se vislumbran cosas que suelen permanecer invisibles", y que por lo mismo uno debe recurrentemente mirar pese a la distancia del tiempo y no olvidar.

El mundo de Auschwitz "está más allá del lenguaje, es la frontera donde están las alambradas del lenguaje" (Piglia). Por eso, solo la permanente vigilia de los sobrevivientes nos empuja a asomarnos a la ventana para visibilizar "un acontecimiento difícil de entender con los términos al uso". Auschwitz encarnó un acontecimiento que Amos Oz denominó intemporal, pues "todos los hilos de la continuidad judía y de existencia humana se rompieron de golpe. Salvo las palabras". Son las palabras las que preservan la memoria. Solo las palabras pueden permitir el verdadero testimonio ya que "en el 'planeta de las cenizas', los moradores no tenían nombres, ni esposas, ni padres, ni hijos. La identidad desaparecía".

Sin embargo, cada vez son menos los sobrevivientes. En Chile el año pasado nos dejaron dos entrañables seres humanos que encontraron refugio en nuestro país, David Feuerstein y Elie Alevi. Ellos dieron sentido a su sobrevivencia asumiendo la dura tarea de contar la historia, haciéndonos a todos "sobrevivientes" y enseñando que el odio al otro nada aporta, lección que en el Chile de hoy parece indispensable. Del mismo modo, cuando nuevamente el antisemitismo, la xenofobia, la intolerancia y el desprecio por el otro inflaman en el mundo las pasiones de quienes detentan visiones o ideologías totalitarias, somos nosotros los responsables de preservar la memoria del mayor genocidio

moderno, recordar y no olvidar.

Sirva entonces esta conmemoración para hacer una pausa y reflexionar. Para mirar la historia a los ojos y comprender que allí donde el hombre deja de ser hombre, la sociedad se desgarrar. El proceso de deshumanización sistemática condujo al homicidio en masa llevado adelante por el nazismo. Cada sobreviviente ha sido no solo una huella de vida, sino que un testigo único de la forma en que se puso en movimiento y llevó adelante un proceso industrial de aniquilamiento del hombre. Al decir de Primo Levi en su obra "Si esto es el hombre", "nos damos cuenta de que nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la destrucción de un hombre. En un instante, con intuición casi profética, se nos ha revelado la realidad: hemos llegado al fondo". La tradición judía enseña a usar la memoria, no para odiar, sino que para mirar al futuro y salir del fondo. David y Elie, sobrevivientes de Auschwitz, fueron un ejemplo de ello.

Iom Ha'Shoa

20 de abril de 2020

Hoy se conmemora el día de recordación del Holocausto, Iom Ha'Shoa. Han transcurrido 75 años desde el término de la Segunda Guerra Mundial. A medida que las tropas aliadas liberaban un campo de exterminio tras otro se reveló la magnitud del asesinato en masa cometido en forma planificada, racional y calculada. Se trata de una fecha que en medio de la actual crisis sanitaria podría pasar inadvertida pese a que se recuerda el genocidio de seis millones de judíos a manos de la maquinaria nazi. Auschwitz, Bergen-Belsen, Buchenwald, Mauthausen, Sobibor, Treblinka son parte de un diccionario de la muerte que nos recuerda la profunda barbarie en la que cayó el ser humano. De allí la importancia de recordar.

El fallecido escritor israelí Yehuda Amichai en el poema “Los Judíos” escribe: “Los Judíos no son un pueblo histórico/ Y ni siquiera un pueblo arqueológico/ los Judíos son un pueblo geológico/ con fracturas y derrumbes y estratos ardientes de lava/ Sus crónicas han de ser medidas con diferente escala”.

Esta singular metáfora de “un pueblo geológico”, expresa sin lugar a dudas una profunda verdad: la historia del pueblo judío es un relato de fracturas y de calamidades. “Es el paisaje de un desastre geológico” y en dicho desastre, la Shoa u Holocausto tiene especial singularidad y relevancia, al extremo que requiere de permanente recuerdo y estudio.

Sin embargo, el Holocausto no solo es un episodio de la historia judía, sino que debe estudiarse en el contexto más amplio de nuestra historia humana. En efecto, “el Holocausto se gestó y puso en práctica en nuestra sociedad moderna y racional, en una fase avanzada de nuestra civilización y en un momento culminante de nuestra cultura y, por esta razón, es un problema de esa sociedad, de esa civilización y de esa cultura” (Baumann). Por lo mismo, la memoria

histórica debe incidir en la conciencia y acción de las instituciones y de los integrantes de nuestra sociedad. En consonancia con ello, recordar es un imperativo que nos concierne a todos.

La transmisión o política de la memoria, de la herencia, como una cadena que une generación tras generación, representa, al decir del filósofo Jacques Derrida, el horizonte de un deber de justicia y de una responsabilidad sin fondo tanto ante los fantasmas de aquellos que todavía no han nacido como de quienes ya han muerto. Se trata de un deber de los sobrevivientes, entendiendo por tales a quienes continuamos viviendo y no solo a quienes escaparon de la muerte a manos del nazismo. Por ello, ni aún en momentos tan excepcionales y extraordinarios como el actual, podemos silenciar y olvidar esta fecha. La tragedia del Holocausto nos impulsa a no tolerar la indiferencia ética y la deshumanización que captura el lenguaje y el debate en nuestra sociedad. En palabras del historiador Ian Kershaw “la carretera a Auschwitz la construyó el odio, pero la pavimentó la indiferencia”.

La bitácora antisemita de Jadue

30 de noviembre de 2020

El antisemitismo es la hostilidad hacia los judíos basada en una combinación de prejuicios religiosos, raciales, culturales y étnicos que a lo largo de la historia se ha expresado de distintas formas. En lo religioso, su corolario fue la Inquisición y desde una perspectiva racial culminó con el Holocausto a manos del nazismo. En su forma actual, se manifiesta como antisionismo, esto es, negar al pueblo judío el derecho a su autodeterminación.

En ese marco, la bitácora antisemita de Daniel Jadue es extensa. Ella data de toda una vida, la enmascara de antisionismo y la justifica en su antipatía hacia Israel. Repasarla sirve para discernir qué esconde un aspirante presidencial, pues en sus entrevistas y apariciones públicas este decisivo componente moral es minimizado o ignorado. Por ejemplo, hace pocos días en un programa televisivo se le consultaba por su visión sobre la autonomía del Banco Central, el derecho de propiedad y el proceso constituyente, pero nada sobre su arraigado antisemitismo.

Basta una rápida revisión en Google para reconstruir su silenciado perfil antisemita. En reiteradas ocasiones ha expresado que miembros de la comunidad judía son agentes extranjeros o que los alumnos del Instituto Hebreo reciben formación militar en Israel. Se trata de una clásica forma de antisemitismo que reprocha a los judíos deslealtad con la patria.

Otra tradicional afirmación antisemita usada por Jadue en julio de este año es la existencia de una conspiración judía para tomar el control de medios de comunicación. Con ello evoca un prejuicio que está presente en el infame y falso libelo de “Los Protocolos de los Sabios de Sion”.

Como es propio de todo antisemita, el Holocausto judío tampoco escapa a su discurso. Hace 10 años, en su columna “Israel y los 33 de Atacama o cómo

rentabilizar el drama”, Jadue se burló del Holocausto aseverando que se lucraba con los 6 millones de judíos asesinados para obtener “una tremenda utilidad económica y financiera” y un “cheque en blanco canjeable permanentemente por impunidad”.

También en la Ley Antidiscriminación o Ley Zamudio quedó registro de la judeofobia de Jadue. En efecto, consta en la historia de la ley que este se opuso vigorosamente a la inclusión del antisemitismo como una hipótesis de discriminación.

En una democracia sana, el antisemitismo de un candidato presidencial debiera mover a amplio debate, sin embargo, en Chile se le ignora casi deliberadamente. Élisabeth Roudinesco, en “El Inconsciente explicado a mi nieto”, señala que hoy el antisemitismo se manifiesta “por medio de lapsus, de negaciones, de juegos de palabras. El inconsciente le juega malas pasadas a los antisemitas, y todo el mundo lo ve y lo oye”, como cuando una persona quiere probar que no es antisemita afirmando que tiene “amigos judíos”. Jadue también recurre a esa insuficiente respuesta.

La judeofobia de Jadue

28 de noviembre de 2021

El chiste no es particularmente divertido, pero envuelve una enseñanza sobre el absurdo del antisemitismo, atingente en momentos que se conoce la biografía de Daniel Jadue elaborada por sus compañeros del Liceo Alemán. En ella lo definen ya en su adolescencia como “un antisemita”, ven en su futuro la posibilidad de “limpiar la ciudad de judíos” y sugieren como regalo práctico “un judío para hacerle puntería”. Lo anterior no pasaría de una racista y discriminadora burla si lo que los amigos advertían no hubiera sido luego una constante en la vida pública de Jadue. En efecto, era un afinado prólogo de su trayectoria vital.

El anuario ha sido actualizado recientemente por la organización internacional de Derechos Humanos Centro Simón Wiesenthal, que destacó al precandidato presidencial en el Top Ten de los antisemitas del mundo, dudoso honor pero elocuente manifestación de la gravedad de sus reiterados dichos anclados en añejas teorías de conspiración judía y control de medios de comunicación.

Pero, ¿qué impide a muchos distinguir los claros trazos de judeofobia que ya manifestaba Daniel Jadue al egresar del Liceo Alemán? La apatía general no puede explicarse solo en el paso del tiempo ni tampoco relativizarse a la luz de las características propias de un anuario juvenil. En palabras de Magris, la ambigüedad es un pretexto de los débiles para disimular su incapacidad de discernir, tal como un daltónico que ve en la hierba y en las amapolas colores indistinguibles. Hay también en el silencio lo que Adorno y sus colaboradores en el Instituto de Investigación Social de Fráncfort denominaron antisemitismo secundario, una forma sutil de odio a los judíos que se articula como una “opinión no-pública” y que solo esporádicamente se manifiesta de manera explícita.

Es cierto, han transcurrido años, pero el prejuicio de Jadue no ha amainado; por el contrario, se ha sofisticado, burlando los cuestionamientos e incorporando nuevos componentes a medida que las circunstancias históricas le ofrecen diferentes pantallas de proyección. Sin embargo, en palabras de Arendt, todas las explicaciones dan la impresión de ser “apresurada y fortuitamente concebidas, para velar un tema que tan gravemente amenaza nuestro sentido de la proporción y nuestra esperanza de cordura”. De allí que el antisemitismo de Jadue no por absurdo mute en irreal.

#WeRemember/ #Recordemos

24 de enero de 2022

Todos los años en esta fecha, que coincide con la liberación del campo de concentración y exterminio de Auschwitz-Birkenau, se conmemora el Día Internacional en Memoria de las Víctimas del Holocausto instaurado por las Naciones Unidas. Se trata de una fecha propicia para hacer una pausa, reflexionar y recordar a los millones de víctimas del nazismo y honrar a los supervivientes que frustraron las maquinaciones de sus opresores, llevando al mundo un mensaje de vida y esperanza. Lamentablemente con los años van desapareciendo los testigos directos de estos hechos.

Por ello se han impulsado diversas iniciativas para evitar que el paso del tiempo y la trivialización de la barbarie permitan minimizar, negar u olvidar el enorme genocidio. Entre ellas hay una que se llama #WeRemember o #Recordemos, en la que se invita a usar ese hashtag y publicar una foto en redes sociales en recuerdo de las víctimas.

Otra iniciativa es la Alianza Internacional para el Recuerdo del Holocausto, conocida por su sigla en inglés IHRA, creada en 1998 a instancias del entonces Primer Ministro sueco Göran Persson e integrada por 35 países en calidad de miembros permanentes, y 9 como observadores. Su foco está en la educación e integración de políticas públicas a partir de la trágica experiencia del Holocausto judío. Preservar la memoria del horror es indispensable para evitar su reaparición. En palabras de Persson, “el futuro al que damos forma ahora, es el pasado que compartiremos mañana”.

Anima por ello saber que el futuro ministro de Educación Marco Antonio Ávila participó activamente en un reciente seminario de la Unesco, “Educar sobre el Holocausto y los genocidios en América Latina y el Caribe”. En la ocasión expuso que “el estudio de los genocidios, y en particular del Holocausto, es una

oportunidad para que uno tome consciencia de la escalada que significó este y otros actos de violencia, y entender cómo se inician de manera progresiva desde procesos que parecen pequeñitos, como el proceso de discriminación, con discursos basados en falsedades y mitos que se van desarrollando gradualmente hasta llegar a la aniquilación de personas”.

En este sentido, haría bien el nuevo gobierno en sumar a Chile como estado miembro de la IHRA -como ya lo es Argentina-, y adoptar su definición internacional de antisemitismo. Sería una potente señal que posicionaría a Chile en el concierto de países comprometidos con la educación contra el totalitarismo y recuerdo de las víctimas del Holocausto, y un enorme paso desde una memoria meramente comunicativa a una memoria cultural (Clément Chéroux).

Así como las señales económicas son relevantes, también lo son las señales culturales. Un Chile inclusivo y tolerante requiere de un mínimo piso compartido. Educar sobre el Holocausto apunta a ello y así lo entiende el nuevo ministro de Educación.

Homenaje a mi padre Naum (Z.L.)

Gauchos judíos

23 de octubre de 2011

Llueve. Parece un diluvio. Hace sólo instantes brillaba un sol que encandilaba, pero de un minuto a otro el cielo se torna gris, y luego virtualmente negro. En el horizonte un resplandor ilumina. Son relámpagos de increíble dimensión, como si un meteorito se estrellara. Parece que anochece en estas lejanas tierras del norte de la provincia de Santa Fe, en Argentina.

El silencio del campo envuelve sobrecogedoramente, solo interrumpido por atronadores truenos. Pensar que hace solo unas horas, sentado en la galería de una tribuna techada, el ruido, el barullo de centenares de gauchos participando de un remate en la sociedad rural de San Cristóbal apenas permitía concentrarse. Es un remate especial: miles de terneros nacidos este pasado invierno son disputados entre los presentes. El martillero es un artista que, micrófono en mano, trata de persuadir a los gauchos que aumenten su oferta. Hay que aprovechar, dice. Después de la reelección de Cristina nadie sabe qué ocurrirá. Agrega: “Para qué tener plata en el banco, ¿o se olvidan del corralito? Mejor tener estos terneros en vuestros corrales, no sean boludos”.

Y así, lote tras lote, van siendo adjudicados. Uno se lo lleva el gringo del fondo - aquí le dicen gringos a los inmigrantes piamonteses- y otro se lo lleva Blumenthal; el siguiente es para Ariel, dice el rematador, y nuevamente Blumenthal. El último lote -el corral 78-, compuesto de 12 terneros que no pesan más de 160 kilos, es para Naum, anuncia satisfecho el martillero.

Los gauchos de extraños apellidos sacan cuentas. No saben si pagaron o no buen precio. Dudan. Se quejan. Afirman que el mercado ganadero está intervenido. Que a expensas de ellos Cristina busca mantener bajos los precios de la carne para el consumo interno. Por eso es mejor dedicarse a la soja. Mal que mal, Argentina, otrora el granero del mundo, se ha transformado en uno de los grandes productores mundiales de soja abasteciendo a los inagotables mercados asiáticos.

Sin embargo, estos gauchos se resisten. La mayoría de ellos tiene un denominador común que se intuye a partir de sus nombres y apellidos. Son gauchos judíos. Son hijos, nietos y bisnietos de los primeros inmigrantes judíos que llegaron a la Argentina a partir de 1870. Venían arrancando de las persecuciones zaristas en Rusia y Ucrania. Son hijos, nietos y bisnietos de aquellos que dejaron atrás pueblos como la imperecedera Anatevka de “El violinista en el Tejado”, para reiniciar sus vidas en la pampa argentina, en la “Cuenca del Salado”, transformándose sin proponérselo en gauchos ganaderos. Muchos llegaron de Proskurov y Odessa, a orillas del Mar Negro.

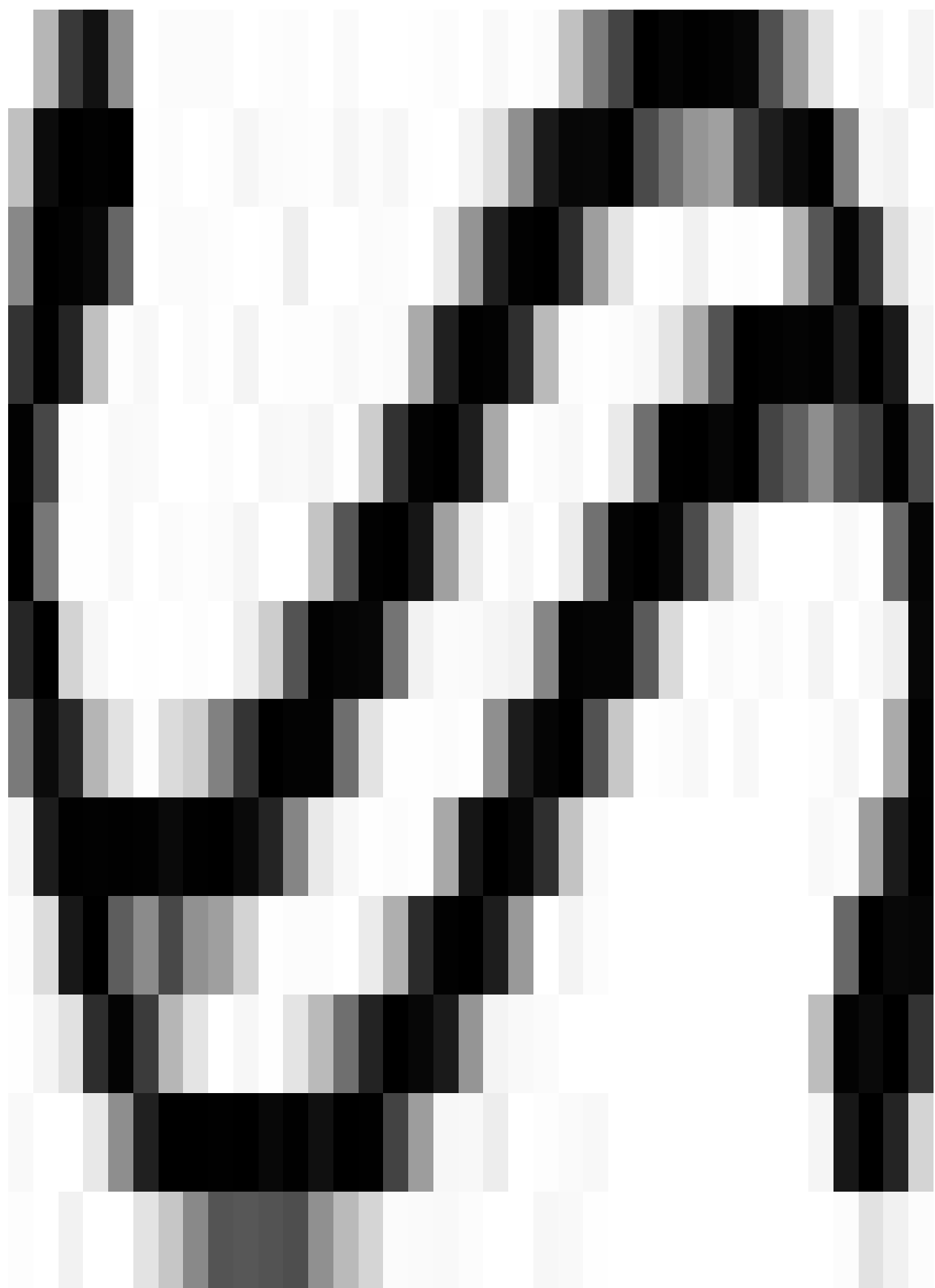
De entre ellos, un grupo de 824 personas -136 familias- desembarcaron del vapor Wesser un día 14 de agosto de 1889 en el puerto de Buenos Aires y, tras haber sido defraudados por un supuesto agente del gobierno argentino que les había vendido campos en Europa, partieron hacia el norte. Al llegar a destino, se alojaron en un galpón junto a la línea del ferrocarril durante semanas. Varias familias se establecieron en viejos y destartados vagones de carga. Abandonados a su suerte, carecían de casas y campos, no poseían siquiera implementos de labranza. Tampoco alimentos. De ahí en más surge una historia de hambre, soledad y sufrimiento sin fin que da paso a la creación de pueblos enteros donde se asientan estos inmigrantes. De entre ellos, destaca sin lugar a dudas Moisés Ville, para muchos la Jerusalem de la Argentina, una pequeña aldea judía que llegó a tener 6.000 habitantes a mediados del siglo pasado, y que hoy, como si la modernidad nada alterara, con orgullo resiste estoicamente, pese a que muchos de sus hijos se marcharon a las grandes ciudades o emigraron tras la creación del estado de Israel.

Amaina la lluvia y camino unas cuadras a la panadería de Urban que todavía funciona con un horno a leña. Paso por la Biblioteca Municipal Baron Hirsch, por el Teatro Municipal Kadima (que en hebreo quiere decir “adelante”), una verdadera joya arquitectónica; por la restaurada sinagoga principal y la deteriorada Sinagoga Obrera. El propio Urban me atiende: “¿Cómo estás chileno? ¿Llevarás Kamish, leicaj y strudel como lo hacía siempre tu padre?”. No puedo resistirme y así lo hago: repito la rutina de mi padre como queriendo reafirmar su presencia, como queriendo decir que mi querido viejo, un verdadero gaucho judío sigue más presente que nunca.

**Esta columna se publicó en el blog de Cooperativa.*

<http://blogs.cooperativa.cl/opinion/gabriel-zaliasnik/>

Epílogo



Pensar al límite

Son tiempos difíciles. Qué duda cabe. A lo largo de este libro, recopilando columnas de opinión escritas en estos últimos años, en las que reflexioné en torno a situaciones propias de la contingencia e inherentes a nuestro estado democrático de derecho, resulta posible dimensionar la magnitud de la crisis que atraviesa Chile. Se trata de una crisis política y de orden público que se fue gestando paulatinamente con la progresiva erosión de nuestro estado de derecho y del entendimiento compartido de los rasgos mínimos de una democracia compleja.

A nadie debiera entonces sorprender lo anterior. Es evidente que Chile vive hace ya largo tiempo una sequía del pensamiento que a su vez se traduce en anomia e inacción en todos los estamentos políticos e institucionales llamados a impulsar el desarrollo de nuestro país y su gente.

El proceso constituyente -que a la fecha de publicación de este libro habrá generado una propuesta de nueva Constitución para ser plebiscitada en el mes de septiembre de 2022- intentó ser una respuesta a dicha crisis, pero probablemente, como ya se advierte, termine siendo sólo una etapa más de la decadencia institucional y parte de un peligroso derrotero totalitario. A estas alturas resulta claro que al menos esta eventual nueva Constitución no será la solución que muchos anhelábamos, pues fue capturada por una radical política identitaria que pretende arrasar con nuestro tejido nacional. El proyecto, cuyo borrador ya conocemos, fracasó a la hora de recoger una amplia legitimidad ciudadana, limitándose a imponer normas y conceptos desde una trinchera ideológica y partisana.

En una antigua entrevista, el connotado filósofo chileno Jorge Millas decía que gran parte de su obra estuvo dedicada a “pensar la peligrosa experiencia humana, vivir en sociedad y a recomendar algunas precauciones contra nuestra natural antropofagia, disimulada a veces con lindos nombres, como hambre de justicia, sed de infinito y amor a la patria”.

Las palabras de Millas parecen más vigentes que nunca. En nuestra natural

antropofagia se debilitó a la clase política mediante irreflexivas críticas y persecuciones penales ideologizadas. En paralelo, la parálisis legislativa impulsada por amplios sectores de nuestro Congreso Nacional no solo dio cuenta de una oposición poco constructiva, sino que reflejó la ausencia de ideas propias que pudieran ser defendidas con vigor en el marco del debate legislativo. Se abusó de las acusaciones constitucionales contra el Presidente de la República, ministros de Estado y jueces. Detrás de esto último se escondía un ostensible deseo por debilitar la separación de poderes e intervenir políticamente el Poder Judicial, afectando su imparcialidad e independencia. Ello, pues los jueces, como es obvio, se pronuncian en temáticas relevantes para el Estado de Derecho y para la convivencia en la que se sustenta nuestro modelo de sociedad democrática. Ese poco disimulado propósito se expresa ahora de manera patente en el proyecto de nueva Constitución.

En el fondo, estamos ante lo que Daniel Innerarity denomina “la paradoja del último vagón”. Con ella alude a un viejo chiste en el que las autoridades ferroviarias, tras descubrir que la mayoría de los accidentes de trenes afectaban especialmente al último vagón, decidieron suprimirlo.

Ahora se pretende fragmentar el territorio, incorporar una ambigua noción de plurinacionalidad que se superpone a la nación chilena, eliminar el Senado, intervenir el Poder Judicial y en general suprimir todos los vagones institucionales que a lo largo de la historia actuaron como sanos contrapesos democráticos.

Jorge Millas consideraba que la cualidad que mejor definía a los chilenos era “el sentido de una prudente y sobria orientación democrática de nuestra vida”, explicando que habíamos logrado establecer un consenso, “un hábito de respetar normas, de respetarse las personas, de concederse márgenes de libre expresión y de libre iniciativa para todos los habitantes”.

¿En qué quedó aquello?

La democracia en estos últimos años se hizo indolente y no mantuvo la necesaria vigilancia. Las instituciones y los actores políticos no percibieron, como aquel joven zorro de la fábula de La Fontaine que proporciona el título a esta obra, que las huellas y señales sólo conducían hacia el interior de la cueva del león enfermo, y ninguna en sentido contrario.

Por lo mismo, es tiempo que ejercitemos la reflexión y el pensamiento en el límite de sus posibilidades. Replantearnos de cara al futuro, y hacer de esta prolongada “crisis” una oportunidad de pensar entre todos en el Chile que queremos. El proceso constituyente pudo ser esa oportunidad pero la desperdiciamos. Tendremos que explorar, por lo mismo, nuevos senderos, nuevos caminos, hasta dar con la necesaria salida. Lo hicimos en el pasado, lo haremos en el futuro.